



BIBLIOTECA DE LA
CIUDAD AUTÓNOMA DE
GUATEMALA



ALUMINUM



PQ6560

F5

C.1

NOM

122861

010301



PQ 6560

o FS



FONDO LINGÜÍSTICO
VALVERDE Y TELLEZ

132864

ADVERTENCIA

DE LOS EDITORES.

—o—

PENSANDO que *El moro expósito* formaría dos volúmenes regulares, nos propusimos publicarle solo; pero al estar impresos los cinco romances, cantos ó divisiones, que con el prólogo debían componer el tomo primero, resultó ménos abultado de lo que habíamos creído. Suplicamos pues al autor, que nos facilitase algunas de sus composiciones inéditas, que ya conocíamos, para llenar la mitad del segundo volumen, en cuyo caso incluiríamos hasta ocho romances en el otro. Puso alguna dificultad en acceder á nuestros deseos; porque los suyos eran de que el público juzgase, si había ó no acertado en la tentativa de tomar un rumbo, nuevo entre nosotros, y un metro no acostumbrado para esta clase de poemas, sin implicar al *Expósito* en la censura, que sin duda merecerían otras obras ménos estudiadas.

Nosotros sin embargo insistimos en nuestra demanda, aspirando á hacer patente, que si el poeta [®] había adoptado el cuarteto endecasílabo, era solo por reputarlo el más á propósito para su asunto. La octava evita ciertamente el martilleo del asonante y se hace á la larga mas soportable al oído;

010391

pero por lo mismo que requiere mas artificio, y mayor pompa y ornato, se deslien sobrado los pensamientos, se hace difícil el cambio de tonos, y camina la narracion con poca rapidez. Cójase cualquiera canto del *Orlando* de Ariosto, modelo inimitable de la variedad de estilo, y se verá que puede conservarse todo lo esencial de él en muchos ménos versos, poniéndolo en romance heróico, que si se traduce en el mismo metro del original. Cier- to es tambien, (para no salir de la obra que ahora publicamos) que si quisiéramos exornar con viñetas los sucesos que el texto comprende, encontraría proporcionalmente muchos mas asuntos un buen pintor en el *Expósito* que en la *Florinda*. Lo que en nuestro sentir no debe atribuirse, sino á que el metro ofrece ménos obstáculos al progreso de la accion, cuando el estro poético no se ve arredrado por el consonante, por el corte del pensamiento, exigido casi de necesidad al fin de dada octava, por la estructura característica y amanerada de esta clase de estrofas, y por el cuidado de reservar lo mas fuerte de lá imágen ó sentencia para el pareado.

Aunque la ley que se ha prescrito al autor del *Expósito*, de variar la asonancia en cada uno de sus doce dilatadísimos romances, para evitar la monotonía, manifiesta suficientemente, que no ha recurrido á aquella con el fin de eludir las dificultades del consonante; nunca es superfluo presentar muestras indubitables de que la rima rigurosa no

le da la tortura que experimentaba Meléndez. Basta leer las fáciles octavas de la *Florinda* y los dulces y cantables versos de *El sueño del proscripto*, para convencerse de que los estrechos límites de la consonancia nunca ponen en prensa sus pensamientos. Obsérvase por el contrario sobra de lozanía, cúmulo acaso excesivo de imágenes, y aquel abandono en escoger los consonantes, que caracteriza á Balbuena, á Jáuregui, al fecundo Lope y á cuantos han versificado con larga vena. Se imbuyen estos de una idea, van á ponerla en verso; é impelidos por el entusiasmo que los agita hasta llegar al fin, no pueden pararse á elegir los medios. Pasado aquel calor, la correccion es casi imposible: las producciones del ingenio se parecen á las estatuas de bronce, que ó salen bien acabadas al vaciarlas, ó es necesario rehacerlas. El que no aproveche los momentos de verdadera inspiracion, ó no los tenga, podrá componer obras eruditas, de estudio y de lima; pero jamas le venerará la posteridad como un esclarecido ingenio. Si Cervantes no hubiese asido la feliz ocurrencia de pintar- nos á su *hidalgo manchego*, ejecutando el plan segun en la cárcel lo concibió, su nombre sería otro de los muchos que han hecho célebre nuestra literatura de principios del siglo XVII, sin ocupar, como ahora, un asiento destinado para él solo en el templo de la inmortalidad.

Entre las composiciones que agregamos en este *Apéndice*, nos merecen particular predileccion los

Romances, género de poesía peculiar de nuestra nación, y que no se cultiva aun con la frecuencia y esmero que debiera. Después que los buenos poetas, de que España siempre abunda, repitan el ensayo de nuestro amigo, se estará en el caso de juzgar con mejores datos, si el romance octosilabo renueva siempre en nuestra mente el recuerdo de las jácaras y tonadas populares, como algunos críticos lo han sentado. Nosotros léjos de encontrar reminiscencia ninguna inherente á su estructura, vemos que se acomoda con igual docilidad á los asuntos festivos y jocosos, que á los de mas elevado coturno; pues si nos divierten los chistes de Góngora y Quevedo, también suspende agradablemente nuestro ánimo el romance de *Angélica y Medoro* del primero, y no falta sublimidad á muchos de los históricos antiguos, aunque no sostengan el tono noble y grandioso, que campea en los del conde de Villamediana, *Don Alvaro de Luna* y *El alcazar de Sevilla*. Con lo cual se prueba además, que no necesitamos recurrir á la mitología, ni á siglos remotos, ó á hechos de historias extrañas, para captar la atención de los lectores, á quienes deben interesar con preferencia los sucesos que están en la esfera de su creencia y costumbres, y los sacados de los anales de su propia patria, particularmente si ha trascurrido el tiempo preciso, para que los personajes no sean juzgados con la parcialidad, de que no podemos prescindir respecto de nuestros contemporáneos, ó de los que lo han sido de nuestros padres.

¿Y por qué no han de conmovernos asuntos mas recientes? Sépanse manejar con tino, y todo el mundo se revestirá de las pasiones y afectos del poeta, cuando nos describa las sensaciones, que en el pecho de una mujer enamorada excita la vista de un *Sombrero*, ó la desesperacion del jóven, á quien *La vuelta deseada* á su patria hunde de improviso en la mayor de las desdichas. Por grandiosos que sean los objetos, por mucho que tenga de terrible un acontecimiento, ó por mas que esté envuelto en misteriosa oscuridad; nunca se disimula la falta de destreza en quien lo refiere, ni puede encubrir semejante defecto la clase de metro que adopte. Lo que hay de consiguiente que pedir al poeta, es que verdaderamente lo sea; es decir, que con su vuelo fogoso y casi divino nos arrebatase consigo á las regiones que cruza, nos divierta cuando rie, nos arranque lágrimas con su dolor, y nos haga estremecer, si las desgracias de su patria, la crueldad de los hombres ó la injusticia de la suerte le obligan alguna vez á prorumpir en gritos de indignacion.

Creemos no equivocarnos al anunciar, que las composiciones que ofrecemos al público de nuestro amigo, no obstante que pertenecen á géneros tan diversos, llevan todas el sello del espíritu creador que anima á los vates, y que están llenas de pasiones afectuosas y de toques, no ménos profundos que delicados; al paso que la versificación es fluida, y el lenguaje el que le han enseñado nues-

tros excelentes maestros. De estas apreciables dotes apenas se descubría uno que otro destello en los dos tomos de poesías, que en 1820 dió á la luz en Madrid, coleccion cuyos ejemplares quisiera reunir el autor (segun varias veces nos lo ha repetido) para entregarlos á las llamas. Por donde se ve confirmada la observacion, que hemos hecho en otra parte, de lo mucho que ganan los hombres trasplantados de su pais, combatidos por la adversidad ó por las vicisitudes de los acontecimientos, y separados de la monotonía de la vida doméstica. Lo poco conocidos que son todavía entre nosotros los escritores *románticos*, así ingleses como alemanes, y la timidez con que han tenido que caminar nuestros poetas de la edad presente; han sido las dos causas principales de que se hayan dedicado con profusion á asuntos frívolos, poco dignos de las Musas del siglo decimonono. No debe por lo mismo extrañarse, que sean tantas sus odas á las bailarinas y actrices; ni la abundancia de sus sonetos á cumpleaños, nacimientos y bodas; ni que tan de continuo pidan zelos ó un millon de besos á esas zagalas de farsa, que desdican de nuestras costumbres, no ménos que de nuestras ideas. Por fortuna parece que no está ya léjos el día, en que descansando el Gobierno en la conciencia de que trabaja quanto puede por que prospere y sea dichoso el pueblo, le verá sin susto gozar de una racional libertad; al mismo tiempo, que la religion, estable é impasible, como su divino Autor, no ape-

lará, para reunir á los hombres en su gremio, á otras armas, que á la persuasion revestida de toda la dulzura de la caridad cristiana.

Aun entónces siempre hallarán los jóvenes grandes ventajas en abrazar un método de vida, que ensanche é illustre el campo de su imaginacion; les haga sacudir el polvo de la escuela, para que abandonando la senda de la fria imitacion, den fisonomía propia á sus pensamientos, escribiendo no por recuerdos sino por inspiracion, y de consiguiente con originalidad; y los familiarize insensiblemente con los hombres y libros de la Eúropa culta. Fuera de su país no pueden dejar de leer á Beranger, de estudiar á Manzoni, y de meditar á lord Byron. Aficionándose á ellos, conocerán, que mucho de lo que les parece bueno en nuestro Parnaso, sobre todo en el moderno, no son mas que traducciones, descoloridas ó exageradas; copias, mas ó ménos felices, de los latinos, italianos y franceses; muy en general pura *palabrería* en estilo *bombástico*, y cuando mas composiciones de la clase de la *Florinda* y del *Epitalamio*, escritas á la verdad con gallardía, gala y fluidez, pero que manifiestan la tiránica influencia del gusto llamado *clásico*, y que el autor aun no se atrevía, cuando las hizo, á desamparar la senda arbitrariamente marcada por los preceptistas. A medida que se ha desembarazado de tales andaderas, y que se ha atrevido á sacar las imágenes, símiles y colorido de su corazon y del tesoro inagotable de

la naturaleza, y no de lo que otros han dejado escrito; su tono se ha robustecido, ha ganado mucho en valentía y originalidad su pincel, y no parece ya el poeta de 1820, ni siquiera en las odas *A las estrellas*, *Al faro de Malta* y *A su hijo Gonzalo*. Es por tanto de esperar, que la juventud española no tardará en reconocer con él, que las luces y necesidades de nuestra época están clamando por que se sacendan los grillos que el culto ciego del *clasicismo* nos había impuesto; y cuando, á despecho de la escuela del siglo de Luis XIV, logre la independencia del pensamiento, como conquistó la nacional contra las huestes de Napoleon, no podrá menos de repetir con nosotros, que en medio de pocos bienes, los males, los mas grandes males nos han venido siempre de nuestro vecinos.

Paris, 1^o de diciembre de 1833.

Nunca hubiera pensado probablemente en dar al público la *Florinda*, escrita mucho ántes que *El moro expósito*, y cuando aun tenían en mi modo de escribir influencia las impresiones recibidas desde la infancia y un gusto diferente del que ahora me domina. Pero accediendo á los deseos de mis amigos, los editores, no he podido excusarme de que salga á luz, solo para completar este segundo tomo. Para ello la he revisado, reduciendo á cinco los ocho cantos de que constaba. No obstante de que he procurado hacer las supresiones de modo que formé un todo no interrumpido lo que ahora se imprime, debe mirarse siempre como fragmentos, no como una obra completa; y puedo asegurar á mis lectores, que si ganan muy poco con los trozos que aquí se publican, pierden de seguro ménos con los suprimidos.



CANTO PRIMERO.

—o—

EL BANQUETE Y LA PRISION.

I

CASI en mitad de la extendida España,
De Toledo saluda las almenas,
Y los peñascos do se empinan, baña
Tajo, que envuelve en oro sus arenas;
Y luego entre tomillos y espadaña,
Y por feraces márgenes amenas
Deslizándose, gira sosegado
Sobre un risueño y delicioso prado.

II

Rica verja de bronce los confines
De un anchuroso espacio en él cercaba,
Do entre bosques, estanques y jardines
Un palacio soberbio descollaba.
Sus cuadras y dorados camarines
El balconaje liberal mostraba,
Al esplendor de antorchas y blandones,
Que ardientes alumbraban los salones.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Cervantes y Tollez

III

Era el alcázar de Florinda : había
 Una cena magnífica dispuesta,
 Para pasar hasta la luz del día
 En gozo y en placer, en danza y fiesta.
 En medio de un salón, que de armonía
 Llenaba suave combinada orquesta,
 Las regaladas mesas se encontraban,
 Y exquisitos manjares presentaban.

IV

En su reedor prelados, personajes,
 Caballeros, señoras, dueñas, damas,
 Ostentando riquísimos ropajes,
 Y acaso ardiendo en amorosas llamas ;
 Hidalgos, escuderos, guardias, pajes,
 De oscuros nombres y dudosas famas,
 Esperaban al rey, por tributarle
 Obsequio, y de su amor felicitarle.

V

Que, oh mengua ! por su mal aquella corte,
 No era ya digna del linaje godo ;
 De aquel que tuvo á la virtud por norte,
 Virtud con que venciera al orbe todo ;
 Pues olvidada de su antiguo porte,
 Dormida de los vicios en el lodo,
 Cercada se verá, cuando despierte,
 De un mar de sangre, cautiverio y muerte.

VI

Llega el rey con su hermosa ; altos sitaliaes
 Bajo dosel de púrpura ocuparon,
 Y magnates y damas principales
 Con vivas su presencia celebraron :
 En oro y preciosísimos cristales
 Manjares deliciosos circularon,
 De mil blancas antorchas á las lumbres,
 Que brillaban por muros y techumbres.

VII

Galan y enamorado era Rodrigo,
 Y rey que los reparos atropella,
 Queriendo al orbe todo hacer testigo
 De su ventura y amorosa estrella ;
 Y la severidad del tiempo antiguo
 Con ceño mira y desdenoso huella ;
 Que el que adora á una linda y alta dama,
 Goza también en publicar su llama.

VIII

Estaban á la mesa Alfonso, Eurico,
 Y Rugero, Armengol, Teudo y Favila,
 Y Wala descendiente de Alarico ;
 Gala, Eduvígis, Toda y Pudentila,
 Y cuantos de linaje claro y rico
 En su centro tener la corte estila ;
 Y todos al monarca celebrando,
 Y á Florinda bellísima admirando.

IX

Opas tambien, hermano de Witiza,
De Toledo arzobispo, cuyo osado
Pecho ambicion indómita esclaviza,
Llegó al festin despues de comenzado;
Y aunque el semblante y el mirar suaviza,
Cauto, sagaz y á bandos avezado,
Su palidez, sus ojos y su frente
Muestran que su interior combates siente.

X

Mezclado entre la turba, que asistía
Como cortejo, escolta y aparato
De los magnates, que en la sala había
Disfrutando el festin y el regio plato;
Un incógnito entróse, á quien cubría
Armadura completa sin ornato,
La espada en cinta y baja la visera,
Cual si un soldado de la guardia fuera.

XI

A uno de los pilares arrimado,
En que estribaba el arteson del techo,
Estaba, del bullicio separado,
Con los brazos cruzados sobre el pecho;
Y como en él ninguno ha reparado,
De cuanto pasa en torno, está en acecho;
A la dama y al rey atento mira,
Y se le abrasa el corazon en ira.

XII

Alzase, del monarca confidente,
El jóven Teudo, ilustre y generoso,
Que á Gala amaba; invoca de repente
La atencion del concurso numeroso;
Y un tazon de oro y piedras resfulgente
De jerezano néctar espumoso
Llena, y dice: " Brindemos, ó señores,
" Por el rey, por Florinda y sus amores."

XIII

Y Rodrigo el primero el labio toca
Al rico cerco que el tazon orlara,
Y de Florinda la divina boca,
En donde la del rey, tambien tocara;
Y dando vueltas el licor se apoca
De mano en mano, hasta que al cabo pára
En las trémulas ya del viejo ilustre
Ruben, hebreo, de las ciencias lustre.

XIV

Era docto Ruben en las estrellas,
Insigne en nigromancia; y se decía,
Que lo futuro conociendo en ellas,
Venideros sucesos predecía;
Que un familiar espíritu sus huellas,
Sujeto siempre á su saber, seguía;
Que sombras evocaba, y que los puros
Astros obedecian sus conjuros.

XV

En la corte alto crédito gozaba
 Por su edad grave y su profunda ciencia,
 Y en el banquete silencioso estaba,
 Con modesto ademán y continencia.
 La barba que en el pecho le ondeaba,
 Cual blanca nieve, daba á su presencia
 Gravedad y decoro, y un ropaje
 Ancho, negro y talar era su traje.

XVI

Apénas el tazon toma espumante,
 En pié se pone pálido y temblando,
 Sus ojos lanzan fuego, y palpitante
 Lo arroja, la ancha mesa salpicando;
 Y con voz ronca al trueno semejante,
 "O Dios!" exclama, "ó Dios! qué estáis brindando?
 "Sangre llena esta copa, sangre, y miro
 "Sangre do quiera que la vista giro."

XVII

"Esta opulenta mesa se convierte
 En espantable y espaciosa tumba:
 El horrendo alarido de la muerte
 En estas altas bóvedas retumba...
 Varones, desechad el sueño inerte:
 De la guerra el estruendo en torno zumba.
 Ay! son lutos las galas y libreas,
 Y estas antorchas funerales teas."—

XVIII

Callaron todos, y Rodrigo helado
 Torna los ojos á Florinda bella,
 Y en su faz el terror viendo pintado,
 Al mágico maldice y á su estrella;
 Y de mil pensamientos contrastado,
 Pálido de su amada el rostro sella,
 Y sus lágrimas bebe, y con los brazos
 Le ciñe el cuello en ardorosos lazos.

XIX

Cuando de pronto aquel desconocido,
 Que armado y encajada la visera,
 Entre la muchedumbre confundido,
 Apoyado al pilar permaneciera;
 La brilladora espada embravecido
 Empuña, y saca de la vaina fuera,
 Y á la mesa se lanza fulminante,
 Atropellando cuanto ve delante.

XX

Una estocada furibundo tira
 Contra el pecho del rey, ronco gritando:
 "Teme, tirano, la celeste ira,
 "Que mi brazo terrible está animando."
 A un lado el cuerpo súbito retira
 Rodrigo, y en la silla hirió, quedando
 En su espaldar riquísimo clavada
 La vengadora fulminante espada.

XXI

Dió la bella Florinda un grito agudo,
 Creyendo que su amante fuera muerto :
 Levántase el monarca airado y mudo :
 Tiembla don Opas demudado y yerto.
 Agítase el concurso, y al saúdo
 Incógnito, con ciego desconcierto,
 Se arrojan Teudo y otros personajes,
 Ayudados de guardias y de pajes.

XXII

Al ver su rostro,alzada la visera,
 Lanza un grito Florinda y viene al suelo,
 Que hondo desmayo de ella se apodera ;
 Queda Rodrigo cual inmóvil hielo ;
 Tiembla Teudo el osado ; Opas se altera ;
 Húndense todos en espanto y duelo,
 Pues de Florinda al padre venerando,
 Al conde don Julian, están mirando.

XXIII

Halla el viajero en la desierta arena,
 Do imperios yacen del perdido oriente,
 Inculta soledad de escombros llena,
 De ruinas que el tiempo hundi6 inclemente :
 Tendido el roto mármol, donde apenas
 Los rastros del cincel la edad consiente,
 Columnas derribadas y arquitrabes,
 Ya nido á sierpes y á nocturnas aves :

XXIV

Y destructoras yedras y bastardos
 Musgos brotar por juntas y labores,
 Sus hojas escondiendo y tallos pardos
 Del arte sobrehumano los primores :
 Y alzarse mira solitarios cardos
 Sobre ricos mosaicos de colores,
 Y oye cual llora tanto desconcierto
 La voz desconsolada del desierto.

XXV

Pero en medio del campo de la muerte,
 Del estrago del tiempo desastroso,
 Triunfador de la edad y de la suerte,
 Ve enhiesto en bronce livido coloso,
 (que mas que el mármol el metal es fuerte)
 Y en él yedras y musgo ponzoñoso
 Prender no logran, ni saciar su saña
 De los siglos voraces la guadaña.

XXVI

Así en la corrupcion que á España inunda,
 Solo se mira libre de su estrago
 El conde don Julian, cuya profunda
 Virtud vence del vicio el torpe halago.
 Llora la destruccion que le circunda,
 Llórala, sin saber, ay ! que el aciago
 Dia se acerca, en que su honor le quite,
 Y en crímenes sin fin le precipite.

XXVII

En vano opone su virtud sublime
Y su ejemplo á la furia de los vicios,
Que á su patria infeliz hunde y oprime,
Llevándola á espantosos precipicios;
Pues nada alcanza, despechado gime,
Y tiempos esperando mas propicios,
Retirado en el Bétis entre tanto
Oculta su dolor y justo llanto.

XXVIII

Solo anhelaba (es padre y es prudente)
A Florinda sacar, á su hija hermosa,
De Toledo infeliz, y del torrente
De vicios de la corte peligrosa;
Pues cumplió el tercer lastro, y eminente
Crece en beldad, y aunque alta y generosa
Brilla en virtud, es prenda la hermosura,
Que do escándalos hay, no está segura.

XXIX

¡Y cuán leal su corazon le advierte!....
Padre infeliz!.... pues ya la infortunada
Hora llegaba en que enemiga suerte
Preparaba á Florinda recatada
Amor, deshonor, perdimiento y muerte;
Y para él la senda desastrada,
Por do traicion, venganzas y maldades
Van á la execracion de las edades.

XXX

—En su alcázar antiguo la doncella,
Entre damas ilustres, y al cuidado
De dueña venerable, creció bella,
Separada del mundo depravado.
Allí mas pura que lucente estrella,
Y con nombre de todos respetado,
Inocente, feliz, sola vivia,
Y de la corte ni aun hablar oía.

XXXI

Estaba cual la rosa del desierto,
Que nace, brilla, y su esplendor lozana
Ostenta y su fragancia al cielo abierto,
Al rojo despuntar de la mañana,
Ignorando si el mundo está cubierto
De otras rosas tambien, y si la humana
Industria en los verjeles á las flores
Cautiva, por gozar de sus olores.

XXXII

¡Cuántas veces la luna plateada,
Al asomar por cándido celaje,
Reflejando en la cumbre empizarrada
Del alcázar y altísimo almenaje,
Junto al muro sorprende disfrazada
La persona del rey, en tosco traje,
Luz lejana observando sin juicio,
O algun vago rumor por un resquicio!

XXXIII

Y tal vez descuidada la divina
 Beldad, que un rey la acecha, simple ignora,
 Y pulsa con la mano alabastrina
 El arpa de marfil, dulce y sonora ;
 Y en delicada voz (porque imagina
 Que nadie ha de escucharla) encantadora
 Himnos tan puros, como lo es su pecho,
 Al cielo envía, al recogerse al lecho.

XXXIV

El amador, temblando, la vihuela
 Melancólica y dulce requiriendo,
 Que ha escuchado su acento le revela,
 Amorosas endechas respondiéndolo ;
 Y como, simplecilla ! no rezela
 Las redes que el amor le está tendiendo ;
 Que es de algun jardinero el canto entiende,
 Y á la letra y la voz incauta atiende.—

XXXV

A la corte á brillar sale Florinda
 Por su mal ; que la cándida azucena
 Vive, y vive gentil, lozana y linda
 En el repuesto de la selva amena ;
 Pero de allí arrancada, á que se rinda
 Su alta beldad natura la condena,
 Por mas que brille una hora en el florero
 Y la envanezca aplauso pasajero.

XXXVI

El aura del deleite suave y blando
 La doncella infeliz goza, y no advierte
 Que su noble virtud se va agotando,
 Porque respira el aire de la muerte.
 Ya el retiro apacible despreciando,
 Y la pureza de su antigua suerte,
 Discrecion y beldad lucir le agrada,
 Y el verse en concurrencias celebrada.

XXXVII

El árbol mas altivo y generoso,
 Que en el bosque entre mil se alza y descuella,
 Por mas que se defienda desdeñoso
 Del atractivo de la yedra bella ;
 Cuando al abrazo aleve y engañoso,
 Los que en torno le cercan, cedep de ella,
 No escapa de sus nudos, y enredado,
 Cual los demas, parece sofocado.

XXXVIII

Florinda arde, infeliz ! noble combate
 Contra el amor su virtuoso pecho ;
 Mas quien de combatir con amor trate,
 Solo trata de ser roto y deshecho.
 Su invencible poder la fuerza abate
 Que la doncella opone sin provecho ;
 Y por Rodrigo se le abrasa el alma,
 Logrando amor la triunfadora palma.

XXXIX

Ay! cayó al fin!... Levántase orgullosa
 Antigua torre que la edad venera,
 Triunfó de asaltos mil firme y gloriosa,
 Y encumbra su almenaje á la alta esfera:
 El suelo tiembla acaso, y poderosa,
 Sobre su inmensa basa persevera;
 Ni de los siglos el rigor sañado
 Romper sus gruesos murallones pudo.

XL

Pero humilde tal vez nace en la sierra
 Escaso arroyo, y corre y se encamina
 Al pié del templo fuerte de la guerra,
 De la torre que al cielo se avicina;
 Y baña en derredor su seca tierra,
 Y con clara corriente cristalina
 La adula reflejándola, y mil flores
 Produce en sus cimientos vividores.

XLI

Al mismo tiempo, mudo y alevoso,
 Lentamente socava los sillares,
 Que el fiero empuje de huracan sañoso
 Resistieron, y esfuerzos militares;
 Y de las yerbas que brotó en el foso,
 Con la raíz, las piedras angulares
 Penetra, y las quebranta, y al fin hunde
 El torreón, y en polvo lo confunde.

XLII

—Y el padre desdichado!... Pronto aviso
 Le dió don Opas, con infame intento
 De ponerle en tan alto compromiso,
 Y hacerle de sus iras instrumento.
 Corrió don Julian; voló, que quiso
 El daño prevenir; pero al momento
 Llegó, infeliz! en que Florinda es dama,
 Y nada puede restaurar su fama.

XLIII

En una fuerte torre aprisionado
 Se ve, como leon que en jaula estrecha
 Ruge en furor ardiendo, y despechado
 Terrible fuego por los ojos echa.
 En ella entró, y en ella encarcelado
 Quedó, (visto lo poco que aprovecha
 Ni sangre, ni virtud, ni valentia)
 Al despuntar la luz del nuevo día.

XLIV

“Yo lo vi, yo lo vi: destino horrible!
 Mi alcázar, que fué templo esclarecido
 De virtud y de honor incorruptible,
 En lupanar infame convertido,
 Y á mi vil ofensor aborrecible,
 De esa inicua mujer, que mi hija ha sido,
 Entre los brazos.... Cielos!... y aun respira!...
 Y yo no estoy vengado!... oh negra ira!”

XLV

“Día de maldición eterna fuera
 Aquel que padre me llamé : maldito
 El instante en que vi la luz primera,
 Y de mi enlace el sacrosanto rito.
 ¡No llega, justo cielo, hasta tu esfera
 De mi dolor el clamoroso grito !....
 O Dios, ¡por qué mi brazo mas certero
 No supo fulminar el noble acero ?”

XLVI

“Godos, godos ! salid del sueño insano ;
 Ved manchadas mis canas virtuosas
 Por vuestro aleve y bárbaro tirano.
 Temblád los que tenéis hijas hermosas :
 ¡No me escucháis, y mi lamento en vano
 Se pierde entre estas sombras pavorosas,
 En donde, sin venganza es ya mi suerte
 En infamia esperar la tarda muerte !”

XLVII

“No será ; que en el alma aun tengo brio
 “Para librarme del Destino horrendo.”—
 Así dijo, y bañado en sudor frío,
 En desesperacion y en ira ardiendo,
 Los brazos tiende con intento impio
 Por las ciegas tinieblas, y cogiendo
 Una daga que oculta guardar pudo,
 Grita ronco, empuñándola sañudo :

XLVIII

“Pues que no supo castigar mi espada
 “Al mortal, que ofenderme osó el primero,
 “Acabe mi existencia degradada ;
 “Durar no debe en deshonor tan fiero.
 “Líbrame de esta vida emponzoñada,
 “Rompe mi corazon, tajante acero.”—
 Dice, y alzando la resuelta mano
 Va á esconder en su pecho el hieirro insano.

XLIX

—Sí, cuando la esperanza, del mezquino
 Mortal último apoyo, atroz tleserta,
 Y de reparacion no hay ya camino,
 Y de oprobio la vida está cubierta ;
 Baje el hombre al sepulcro, que el Destino
 A él le llama, con voz terrible y cierta.
 ¡Mas quién puede perder toda esperanza
 En mundo tan sujeto á la mudanza ?

L

Tenerla debe el que agraviado arde,
 Guardarla debe el que infeliz respira,
 Y de firme constancia hacer alarde
 Cuando á la suerte embravecerse mira :
 Aunque es valor morir, es de cobarde
 Pecho tambien, si á la venganza aspira,
 Buscar la muerte, pues reposo alcanza
 Solo el que muere, pero no venganza.

LI

—Ya el despechado conde en golpe horrendo
Va á desgarrar su corazón ardiente,
Cuando de los cerrojos el estruendo
Inesperado escucha de repente,
Y que las dobles puertas van abriendo,
Y lentos pasos que se acercan, siente,
Y de lejana luz el brillo escaso,
Por los resquicios penetrando acaso.

LII

La acción suspende atónito, y, “La suerte
“Víctimas,” dice, “ofrece al brazo mío :
“Vengan, y cara comprarán mi muerte.
“Gracias, cielos, os doy, doblad mi brio :
“Antes, agudo acero, de esconderte
“En mi pecho infeliz, copioso río
“De sangre verterás de infame bando ;
“Y soy feliz, pues moriré matando.”—

LIII

Acia la puerta arrojase furioso
Para herir al que osare entrar delante :
El rumor de los pasos pavoroso
Se acerca con la antorcha relumbrante :
Caen las pesadas barras, el mohoso
Cerrojo tardamente, rechinante
Resbala en las argollas resonando,
Las bóvedas su estruendo duplicando.

LIV

Ya se estremece la ferrada puerta,
Y sobre goznes del orin pesados,
Gimiendo ronca y tarda, queda abierta,
Y los ojos del conde deslumbrados,
Pues de lámpara escasa á luz incierta,
Cuando espera encontrar hombres armados,
Ve una hermosa mujer con blanco velo,
Que parece venir del alno cielo.

LV

Tal vez al desdichado á quien oprime
La maldad de la tierra, así piadoso
Del pesar un momento le redime
El encanto del sueño delicioso ;
Y en él, en forma angélica y sublime,
Le envía el justo cielo bondadoso
Virgen celeste, que de luz vestida,
Con purísimos gozes le convida.

LVI

Mudo y absorto don Julian quedara,
Y á doblar la rodilla se previene,
Cuando el velo cayendo de la cara
De la beldad, que á consolarle viene,
Ve á los reflejos de la antorcha clara,
Que pálida y temblando ante sí tiene
A Florinda infeliz, á su hija hermosa,
Que ni labio ni planta mover osa.

LVII

Reconócela el conde desdichado,
Y lanza un ronco horrisono alarido,
Que conmoviera el torreón alzado,
Por los lúgubres ecos repetido;
Y con el brazo inexorable armado
Del hierro matador, enfurecido
Acia Florinda bárbaro se lanza
Ciego, á empezar en ella su venganza.

LVIII

Pero, ay! al descargar el golpe fiero,
Pierde su furia la indignada mano,
Y desmayada suelta el crudo acero,
Que es padre al fin el irritado anciano;
Y dando otro alarido lastimero
La espalda y rostro vuelve, y al cercano
Muro lo aplica y de la luz lo oculta,
Y en horrendo silencio se sepulta.

LIX

Florinda no respira, y fria y yerta
Su planta vacilar misera siente:
En el umbral se apoya de la puerta,
Y en ella inclina la marchita frente;
Cuando el padre, cual suele el que despierta,
De horrendo sueño, dice de repente
Con ronca y honda voz, y acento oscuro,
Y sin el rostro despegar del muro:

LX

“Complácete, malvada; tu obra mira,
Si es que á gozarte en mi deshonra vienes.
Aquí al que quiso la celeste ira
Que te engendrara, para afrenta tienes.
Mas por que con la infamia que respira
Tu corrompido pecho, no envenenes
Esta mansion de honor, huye al momento,
Pues para herirte me faltó el aliento.”—

LXI

“Señor, que de otro modo, ay Dios! no osa
“Esta infeliz llamaros,” con turbada
Voz le dice Florinda temerosa;
“A salvar vuestra vida idolatrada,
“A daros libertad vine anhelosa.”—
“Devuélveme mi honor, infortunada,
“Que vida y libertad sin él no quiero.”—
Interrúmpela airado el padre fiero.

LXII

“Señor,” la jóven sollozando exclama,
“Si es que puede mi sangre, sangre impura,
“Vertida restaurar mi nombre y fama,
“Este pecho rasgád con mano dura,
“Matád á esta infelice que os infama;
“Herid, herid, señor; mas de esta oscura
“Prision salid, salvád, ay! vuestra vida,
“Con mi muerte en su honor restablecida.”—

LXIII

Así diciendo se derriba al suelo,
 Las trémulas rodillas abrazando
 Del padre, hundida en erudo desconuelo,
 Y un torrente de lloro derramando.
 Misero el padre, convertido en hielo
 Se alza del muro, mírala, y temblando
 Ya va á echarle los brazos; mas le agita
 De repente el furor que su alma irrita.

LXIV

A la infeliz Florinda de sí arroja,
 Y en tierra la confunde con fiereza.
 Ella los piés paternos besa y moja,
 En ellos inclinanda la cabeza.
 El padre... es padre al fin.... Tanta congoja
 Templá ya de sus iras la braveza;
 Gime en el interior de su hondo pecho,
 En contraste tan áspero deshecho.

LXV

Ya mas no pudo el desdichado conde,
 No pudo mas; y con entrambas manos
 En su rostro las lágrimas esconde,
 Y todos sus esfuerzos, ah! son vanos;
 Que el corazón mas duro al fin responde
 De natura á los ecos soberanos,
 Y de lo mismo que ejecuta ajeno,
 A su hija estrecha en su abismado seno.

LXVI

Y, "Sí," dice, "sí, aun puedes, hija mia,
 "Lavar tu honor, mi bendicion ganarte,
 "Enmendar el baldon, á que á la impia
 "Suerte plugo indignada condenarte;
 "Y de tu madre.... oh Dios!... la sombra fria,
 "Que miro cuál te sigue á toda parte,
 "Pronta, qué horror! á maldecirte airada,
 "Tener reposo y paz, verse aplacada."

LXVII

"Alzate, jura por el cielo santo,
 "Jura ante el Dios terrible y justiciero,
 "Ejecutar al punto, al punto, cuanto
 "De ti exigir por desagravio quiero:
 "Lo juras?...—Y Florinda en mudo espanto
 Tiembla, y en lloro amargo y lastimero
 Se deshace. Y, "Lo juras, infelice?
 "Lo juras?" otra vez el padre dice.

LXVIII

Entónces ella, lánguida, marchita,
 Con débil y honda voz, "Padre, lo juro,"
 Prorumpo; y tal horror su pecho agita,
 Que viene á dar de espaldas contra el muro.
 Sin verlo don Julian, se precipita
 Sobré la daga que en el suelo duro
 Yace á sus piés, la coge, y de esta suerte,
 Ronco prosigue y respirando muerte:

LXIX

“Cumple, hija de mi amor, tu juramento :
Toma esta aguda vengadora daga,
Y tu brazo con ella en el momento
Del vil Rodrigo el corazón deshaga.
Vuela, y cuando tornares, y sangriento
Muestre que á tu ofensor dió justa paga ;
Por tu esfuerzo traerás restituida
Honra á tu padre, y libertad y vida.”—

LXX

No las celestes bóvedas rompiendo,
Con repentino trueno resonante,
Rayo trisulco y vengador, cayendo
A los piés de la dama palpitante,
Su corazón hundiera en tan tremendo
Espanto, como el nombre de su amante
Del padre en boca, y el mandato horrible,
Y el juramento bárbaro y terrible.

LXXI

Y trémula, y bañada en sudor frío,
Y cárdeno el semblante, y erizados
Los cabellos, y en fuego hondo y sombrío
Reluciendo los ojos espantados,
Ni ve, ni habla, ni escucha. El conde impío
Mírala ; y sus furoros renovados,
La ase del brazo, y con feroz acento,
“¡Faltas,” dice, “infeliz, al juramento ?”....

LXXII

“Mi honor y el tuyo á restaurar te niegas ?....
“Te gozarás en mi suplicio infame ?....
“O la suya, ó mi muerte : no hay mas treguas :
“O mi sangre, ó la suya se derrame.”—
Y Florinda, “¡A qué Furias, ah ! me entregas ?”
Dice, “oh padre !.... si padre es bien te llame.
“Que horror !.... ¡yo asesinar á mi Rodrigo !”—
“Tuyo !!!” el padre gritó, “yo te maldigo.”

LXXIII

Mortal desmayo á tan terrible acento
A la dama infeliz sobrecogiera :
Véla caer el padre, y al momento
Revuelve contra sí la daga fiera ;
Cuando llega don Opas sin aliento,
De su sañudo brazo se apodera,
Y, “Salvaos,” esclama, “de la muerte,
“Venid, ó conde, aprovechad la suerte.”—

LXXIV

Empero el arzobispo, que no había
En el tendido bulto reparado,
Míralo, y pierde toda su osadía,
De que aquella es Florinda cerciorado.
Y, “¡A do, padre infeliz, tu saña impía
“Te condujo ?” prorumpie horrorizado.
Y gime don Julian, y dice fiero :
“Mi maldición ha sido, no mi acero.”

CANTO SEGUNDO.

LOS PRESAGIOS.

I

Con un potro, un arnes, y un escudero,
Que el arzobispo al conde ha procurado,
Libre acia el claro Bétis va lijero,
De intentos de venganza acompañado :
Que el pensamiento siempre lisonjero
Nueva esperanza ofrece á su cuidado
En deudos y en amigos, y no duda
Que hallará en ellos importante ayuda.

II

Ya la incansable voladora Fama,
A cuyos ojos nada oculta el mundo,
Y cuya voz confusa se derrama
Por cuanto cercan cielo y mar profundo ;
Del atrevido rey la amante llama,
El agravio del conde furibundo,
Y en el festin su arrojó infortunado,
Ha por España toda publicado.

III

Y toda España (oh síntoma de muerte!)
Burló tal vez de la afliccion paterna.
; Triste del pueblo, á quien su triste suerte
Tanto á la infamia y corrupcion prosterna,
Que necio rie y necio se divierte
Con los vicios de aquel que le gobierna,
De un anciano en la faz al ver el lloro,
Y ultraje torpe al femenil decoro !

IV

—Del Bétis olivoso á la ribera
El conde llega, y á Hispalis famosa,
Y á su palacio, donde inquieto espera
Sus gentes ver en turba numerosa ;
Pero una y otra luz pasa lijera,
Y en soledad se mira congojosa,
Y ni deudos, ni amigos, ni parciales
Del alcázar penetran los umbrales.

V

Qué es esto ?... dónde están ?... desventurado !
Hé aquí los hombres, don Julian : advierte
Cuál los que te cercaban fortunado,
Huyen, cuando contraria ven tu suerte.
Favor, gloria, poder te roba el hado ;
No hay ya de ti esperar, no hay ya temerte ;
Y cuantos por muy tuyos se vendieron,
De tu fortuna, y no de ti lo fueron.

VI

Aunque el desaire advierte, su venganza
Le inspira disimulo : con presteza
Convoca, aun alentado de esperanza,
De Hispalis y Vandalia á la nobleza.
Mas pronto en tierra ve su confianza ;
Cobarde abatimiento, vil bajeza,
Degradacion, infamia, vicios, dolo,
Esclavos sin pudor hallando solo.

VII

Gime el padre infeliz, y su hondo pecho,
Ya espantoso volcan, rabia respira ;
Y temblando de horror y de despecho,
Así ronco exclamó y ardiendo en ira :
“ Patria infeliz !... tus hijos ¿qué se han hecho?....
“ Dó están?... dó están?... ¿son estos que aquí mira
“ Mi indignacion, esclavos de Rodrigo ?....
“ Si estos tus hijos son, yo te maldigo.”—

VIII

Al atroz frenesi que su alma irrita,
Su alcázar abandona, á Hispalis deja,
En caballo veloz salta, y le agita,
Y los ijares con furor le aqueja,
Y en busca de la mar se precipita ;
Pues su rencor ardiente le aconseja
De Hesperia huir, para buscar el modo
De exterminar al rey y al pueblo godo.

IX

Llega al último termino de España,
A las costas que el mar sañudo azota,
Y en las arenas que hervoroso baña,
El potro deja, que cansado trota.
Tiende la vista á la húmeda campaña,
Y una pequeña barca, no remota,
Amarrada descubre en la ribera,
Entre las algas y la espuma fiera.

X

Comenzaba la noche, ronco el viento
En nubes oscurisimas bramaba ;
El mar con sordo son y movimiento
Espantosa borrasca presagiaba ;
Mas no desiste el conde de su intento,
Y arrojarle á las ondas solo ansiaba ;
Tanto le era la patria aborrecible :
¡ Ay del que llega á estado tan terrible !

XI

Era el batel de humildes pescadores,
Que en un chozo inmediato se acogian,
Cuando del mar horrendo los furores
El sustento buscar les impedian.
De la hoguera los rojos resplandores,
A que las pobres redes recorrian,
Llamaron la atencion del conde fiero,
Y al albergue infeliz marchó lijero.

XII

Halla á los pescadores, que asustados
De su aspecto temblaron pavoroso ;
Y mándales audaz, que apresurados,
Aprestando la barca, al proceloso
Mar se entreguen, y á climas apartados
Le conduzcan al punto. El peligroso
Aspecto de las ondas y los vientos
Muéstranle, que es contrario á sus intentos.

XIII

Pero empuñando la fulmínea espada,
Obedecer sin replicar ordena.
Van á la barca, que aunque está amarrada,
La resaca la arrastra por la arena.
Era horrenda la noche, contrastada
Del hervoroso mar la playa truena,
La atmósfera se envuelve en negra bruma,
Silba ronco huracan, brama la espuma.

XIV

Otra vez, " Ay, señor, que nos perdemos !"
Dícele con pavor la pobre gente ;
Y otra vez don Julian, haciendo extremos,
" Al mar, al mar, " les grita bronceamente.
Izan la entena pues, mueven los remos,
La frágil barca los embates siente,
Cércala espesa niebla, y ciego el conde
Huye de España, sin saber á dónde.

XV

—Y Florinda ? y Rodrigo !...infortunados !...
Amanse cual jamas por desventura ;
Abismos son sus pechos desdichados,
Volcan sus almas, su pasión locura ;
Y á infortunios y horrores entregados,
Luchan, cual frágil nave en noche oscura,
Contra ásperos bajíos, azotada
Del huracan y de la mar hinchada.

XVI

Sienten inexorable á toda hora,
Que sus entrañas miseras aprieta
Una mano de hierro abrasadora,
Que arterias y pulmones les sujeta ;
Y que sus corazones vengadora
Punza invisible bárbara saeta :
Respirar quieren, y les huye el aura,
Que cuanto vive, plácida restaura.

XVII

Anhelante Rodrigo y pavoroso,
Y tal vez inducido y acosado
De superior impulso misterioso,
Por tenerlo ya el cielo decretado ;
Su horrendo afán, su estado desastroso
Y las desdichas que aun le guarda el hado,
Consultar con Ruben ansioso anhela,
Y en busca suya corre y se desvela.

XVIII

Desparecido de la corte había
 Desde el festin infausto el docto anciano,
 Y que escondido estaba, se decía,
 Consultando los libros del arcano,
 En un antiguo alcázar, que existía
 De luengos siglos en mitad de un llano,
 Inmediato á los muros de Toledo,
 Inspirando su mole pasma y miedo.

XIX

Era pública fama, que encantado
 De asombros y prodigios lleno estaba ;
 Del curso de los tiempos injuriado.
 Horrible aspecto aterrador mostraba ;
 De zarzales y arenas rodeado,
 Nadie acercarse á su contorno osaba :
 De él huían ganados y vaqueros,
 Y tornaban la faz los pasajeros.

XX

Contábase que acaso en la sombrosa
 Noche salian de él largos gemidos,
 Y de horrenda batalla desastrosa
 El rumor de las armas y alaridos.
 Y que si con la niebla tenebrosa
 Iban por desventura acia él perdidos
 Viajeros ó pastores, no volvían,
 Y en sempiterno olvido se escondían.

XXI

Confusa tradicion él ignorante
 Vulgo guardaba de que aquella fuera
 Mansion de antiguo sabio nigromante,
 Donde grandes tesoros escondiera.
 Otros aseguraban ser constante,
 Que tal encanto en el palacio hubiera,
 Que el que pudiera deshacerlo un dia,
 Nombre, aunque infausto, eterno lograría.

XXII

En él se hallaba pues el docto hebreo ;
 Y Rodrigo arrastrado por su estrella,
 Arde de consultarle en el deseo,
 Y ya los campos inmediatos huella.
 La blanca luna el resplandor febeo,
 Húmeda y silenciosa, sola y bella,
 Derramaba apacible en la llanura,
 Reinando de los cielos en la altura.

XXIII

Su luz resbala por el pardo muro
 Del inmenso edificio pavoroso,
 Que en parte viste yedra y musgo oscuro,
 Que en parte desconchado está y ruinoso.
 Almenas le ha robado el tiempo duro,
 En donde grita el cárabo medroso,
 Y leve niebla ciñe blanquecina
 La atalaya, que altísima domina.

XXIV

Alza los ojos y la faz turbada
Mudo el monarca, y la alta mole mira,
Y queda yerto, y con el alma helada,
Y su pecho oprimido no respira.
No osa mover la planta, que asustada,
Solo á retroceder temblando aspira ;
Mas prosigue, que el punto era llegado
Por el cielo inmutable decretado.

XXV

Penetra los espesos matorrales,
Que en torno borran el camino y foso :
El puente, que ha mil años las mortales
Plantas no osan pasar, huella medroso.
Los maderos podridos y puntales,
Con su peso cimbrando, rechinoso
Ruido forman : llega á la ancha puerta,
Y el pié á estampar en el umbral no acierta.

XXVI

Resuelto pulsa la mohosa aldaba ;
Mas de súbito espanto poseído,
La suelta, y acia atrás se retiraba,
Una vez y otra vez despavorido.
Al fin (que su Destino lo arrastraba)
Da un golpe á su pesar, que repetido
Por patios y ruinosos corredores,
Retumba en largos ecos bramadores.

XXVII

Ya la altísima puerta se estremece,
Y se abre lenta con fragor tremendo :
Oscuro el ancho pórtico aparece
Inhabitado y en silencio horrendo :
Por las junturas de las losas crece
Inculto yerba, frio verdin cubriendo
Gradas de roto mármol ; y aunque espanta
Su vista, el rey á hollarlas se adelanta.

XXVIII

Cuando el sabio Ruben, el docto anciano,
De amarillez y de dolor cubierto,
Y una pálida antorcha en la una mano,
Sale para atajar su paso incierto,
Y, “¿ A dónde, ó ciego rey, corres insano ?”
Le dice entre gemidos ; “¿ dó inexperto
“ Mueves la planta audaz? Ay ! que camina
“ A hallar tu fin, de España la ruina.”

XXIX

“ Huye, infeliz.— Mas pálido el monarca,
“ No, ” exclama, “ no, que á consultarte vengo,
“ Y en tu saber, que cielo y tierra abarca,
“ Cifrada solo mi esperanza tengo. (R)
“ Consuela mi afanar, ó que la Parca
“ Esta vida tremenda que mantengo,
“ Siegue piadosa, y cesen mis delirios,
“ Y mis remordimientos y martirios. ”—

XXX

“Desdichado!” responde el docto hebreo:
 “Mis labios sella el áspero Destino,
 “Que potente se opone á tu deseo.
 “Respetá humilde su querer divino:
 “Nada puedo decirte; y cuando veo
 “Cercano, ay Dios! el fin de tu camino,
 “Que revelarlo y que salvarte pueda,
 “La fuerza de los astros me lo veda.”

XXXI

“Ay!...mas huye...no pierdas ni un momento;
 “Que el de la perdición está inminente.”—
 Rodrigo en espantoso desaliento,
 Por fuerza oculta detener se siente.
 Vuelve el mágico á instarle; cuando el viento
 Retumba con los sonos de repente
 De una campana del torreón, que había
 Siglos que nadie resonar oía.

XXXII

A cuyo áspero horrisono tañido
 El virtuoso Ruben desconcertado,
 “Ya no hay reparación,” dando un gemido
 Exclama; “no, que el término es llegado.
 “Entra, si estás de esfuerzo aperebido:
 “Toma esta antorcha, y un arcon cerrado,
 “Que encontrarás, descubre: en él tu suerte:
 “La mia es bajar al reino de la muerte.”—

XXXIII

Despareció Ruben: Rodrigo helado
 Tiembla, y por mano oculta irresistible
 Para retroceder se halla atajado,
 Entre las sombras y el silencio horrible;
 Y ya, del mismo miedo arrebatado,
 Resuélvese á apurar su hado terrible:
 Que desesperacion suele y denuedo,
 En apuro final, tornarse el miedo.

XXXIV

Abrense con fragor antiguas puertas,
 Y el rey pasa atrevido los umbrales,
 Formando sombras con la antorcha inciertas
 Columnas y arruinados barandales.
 Arcadas atraviesa descubiertas,
 Patios llenos de lodo y matorrales:
 Sobre quebradas losas se acelera,
 Y hállase en la magnífica escalera.

XXXV

Mansa, de mármol negro y ancha asciende,
 De polvo, do estampada no ve huella,
 Cubierta toda. Osado el paso tiende
 Por una y otra de las gradas de ella:
 En lo alto un largo corredor se extiende,
 Y por atravesarlo se atropella;
 Y en la anchurosa cuadra entra, temblando
 Y atónito su espacio registrando.

XXXVI

El artesón altísimo aparece
De espectros y de sombras habitado.
De oro y mármol el muro le parece,
Pero uno muerto, y otro deslustrado;
Y en medio de la sala se le ofrece,
Del polvo de la edad entapizado,
Un ancho arcon de cedro, carcomido
Y de mohosas barras guarnecido.

XXXVII

Se acerca yerto, frío, palpitante,
Y la fuerza del astro que le inclina,
Presta á sus brazos el vigor bastante,
Y el arca á descubrir se determina.
Ya la pesada tapa alza anhelante,
Que en los gonces tardísimos rechina;
Y del oscuro seno,alzada apena,
Con son de nube que inflamada truena,

XXXVIII

Entre humo denso y llama aterradora,
Cual es la de las iras del Eterno,
Fantasma colosal, reina y señora
De los vicios que aborta el hondo averno,
Alzase; y á Rodrigo vengadora
Se acerca, con sonrisa del infierno,
Y, esgrimiendo un buril de brasa ardiente,
Exterminio grabó sobre su frente.

XXXIX

Y largo estruendo, horrendo resonando,
Cual le oyó el orbe nuevo al alarido
De Leviatan y de su horrible bando,
Por la alta diestra de Miguel vencido;
O cual le escuchará, cuando temblando
Vuelva á ser nada, y del Criador olvido;
El encantado alcázar se estremece,
Y como polvo, y humo desaparece.

XL

Hállase el rey en la mitad de un llano,
Do descuellan sepulcros suntuosos,
Que de voraz incendio no lejano
Alumbran resplandores espantosos.
Torna absorto la faz, y el toledano
Muro, y sus altos templos, y famosos
Palacios reconoce, que en horrendo
Fuego desolador están ardiendo.

XLI

Y siente que sus plantas humedece
Sangre que empapa cálida la tierra;
Y que acia el sur retumba y sordo crece
Clamor de trompas y rumor de guerra;
Y ve que á todos lados se aparece,
Inundando llanura, monte y sierra,
Tropel innumerable de escuadrones
De extrañas y fierísimas naciones.

XLII

El exterminador ángel extiende
 Sus alas sobre ellos, y los guía
 Con la espada de Dios. Delante hiende
 Bramador huracán la niebla fría,
 Y en pos su espesa y negra sombra tiende
 La noche del error, donde la impía
 Esclavitud y la barbarie viven,
 Y á devorar al orbe se aperciben.

XLIII

Quiere el misero huir al acercarse
 La fiera multitud, mas de repente
 Ve las antiguas losas quebrantarse :
 Oye gemir las urnas sordamente ;
 Y mira de sus senos levantarse,
 Ceñida aun de oro y de laurel la frente,
 Las sombras de sus ínclitos mayores,
 Clavando en él los ojos vengadores,

XLIV

Y esconderse en la niebla vagarosa,
 Gimiendo, y exclamando en roncós gritos :
 " Maldición, maldición para el que osa
 " Nuestro sueño turbar con sus delitos,
 " Hundiendo en noche horrenda y desastrosa
 " Patria, y honor, y sacrosantos ritos." —
 Más resistir el infeliz no pudo,
 Y vino al suelo desmayado y mudo.

XLV

En él por largo tiempo ni aun respira,
 Casi cadáver insensible, helado :
 Y cuando en sí volvió, solo se mira,
 Tendido en medio del desierto prado.
 Atónito en reedor los ojos gira ;
 Y no hallando el alcázar encantado, (1)
 Ni rastro alguno de él, se alza y de miedo
 Ahogado el corazón, huye á Toledo.

XLVI

—Florinda en tanto por la selva umbrosa,
 Que su palacio y su jardín cercaba,
 Como ni un punto la infeliz reposa,
 Con su querida Elvira paseaba ;
 Y en inquieto silencio, congojosa,
 Con lloro amargo de dolor regaba
 Ambas mejillas, aunque mustias, bellas,
 Lamentando el rigor de las estrellas.

XLVII

A un dulce pajarillo, que volando
 De árbol en árbol y de rama en rama,
 Melancólicos trinos gorjeando,
 Sus penas templa, y la atención le llama,
 Sigue embebida en el acento blando,
 Y en pos se enselva la afligida dama ;
 Y sin notarlo, léjos los confines
 Deja de su palacio y sus jardines

XLVIII

Y hállase en un collado delicioso,
Manso dominador de la ancha vega,
Que el aurífero Tajo caudaloso
Grato enriquece y apacible riega ;
Y do en chozas humildes al reposo
Sencillo pueblo pastoril se entrega,
De inocencia y candor acompañado,
Y de sus fieles perros y ganado.

XLIX

¡ Oh, cuán hermosa, y pura, y refulgente
Brilla la luna en el zafir del cielo,
Rielando en la plácida corriente,
Y aljofarando el esmaltado suelo !
¡ Qué bálsamo respira el fresco ambiente !
¡ Qué silenciosa paz, cuánto consuelo
Del misero mortal presenta al alma
El campo delicioso en noche calma !

L

Y tú, apacible y regalado sueño,
Consolador del mundo ; tú que miras
Con espantado y pavoroso ceño
Las pasiones, y de ellas te retiras ;
¡ Cuán suave, coronado de beleño,
Con alas silenciosas mudo giras
Por la fresca, adormida y ancha vega,
Que á tu encanto dulcísimo se entrega !

LI

Huyes de los soberbios artesones,
Do brilla el oro en cimbras y en follajes ;
Huyes de los armados galeones,
Y de los eminentes almenajes ;
Y buscas las pacíficas regiones,
Donde chozas humildes de ramajes
Albergan el candor y la inocencia,
Y en ellas ejercitas tu influencia.

LII

El orgulloso y bárbaro tirano,
Que de púrpura y oro oprime el lecho,
Tu dulce néctar solicita en vano,
De rezelo y pavor henchido el pecho.
Ya ve la daga en sobornada mano,
Ya el rayo vengador hendiendo el techo,
Ya á impulso popular rotas y abiertas
Cobardes guardias, reforzadas puertas.

LIII

El que sigue feroz al duro Marte,
Abrumado del peso de la malla,
Temeroso procura desecharte
Al rayo de Lucina en la muralla ;
Y el que del globo en la remota parte
El oro busca y con la mar batalla,
Si la codicia no, la voz del noto
Le despierta ó el grito del piloto.

010391

LIV

Al sencillo pastor, tranquilo en tanto,
Ni ambicion ni codicia le desvela,
Ni odio le turba, ni le inquieta espanto,
Ni envidia vil, ni pérfida cautela;
Y desde que la noche tiende el manto,
Hasta que el pajarillo canta y vuela
Risueño saludando á el alba pura,
Goza en tus brazos celestial dulzura.

LV

El mágico poder obra en la dama
Del feliz espectáculo que admira,
Y el consuelo en sus venas se derrama
Con el aura inocente, que respira.
Siéntase pues sobre la fresca grama,
La mano asiendo de su amada Elvira,
Y en éxtasis, que templá sus dolores,
Enjúganse sus ojos brilladores.

LVI

Cuando oye de los perros vigilantes,
Muestras de lealtad, fieles ladridos,
Y á los rayos de Cintia rutilantes,
Sobre yerbas y flores esparcidos,
A un zagal (que con pasos anhelantes
A uno de aquellos chozos reducidos
Se acerca silencioso) ve la dama,
Y su muda atencion despierta y llama.

LVII

Y en seguida, de un rústico instrumento
La blanda melodía resonando,
Conmovió suave al adormido viento,
Voz á la vega y á la noche dando;
Y un delicioso enamorado acento,
A la par de la música sonando,
Hijo de una pasión, sencilla y pura,
Así esparció á las auras su dulzura:

LVIII

“ Mi consuelo, mi dicha encantadora,
Mas linda que la flor del verde lino,
Y mas lozana que la fresca aurora,
Que al sol siembra de rosas el camino;
Dulce zagala, á quien mi pecho adora,
Por mi feliz, dulcísimo Destino:
¡ Ay, cuánto tarda el venidero día,
Que anhelo pase, por llamarte mía !”

LIX

“ ¡ Oh, cuán gallarda ante el altar sagrado
Mañana á dar el premio á mis amores,
Dirigirás el paso recatado,
La sien ceñida de fragantes flores;
Y de la rosa el brillo retratado
En tu inocente faz, con los colores
Del púdico rubor, tu mano tierna
La dicha hará de tu pastor eterna. ”

LX

“ Mas bella que la luz de hermoso dia
 En el zafir del Tajo retratada,
 Es tu cándida frente, Alcina mia,
 Que parece azucena anacarada ;
 Y el negro manto de la noche umbría
 No ostenta en primavera sosegada
 Lucero brillador, ni el mayor de ellos,
 Que se compare con tus ojos bellos. ”

LXI

“ ¡ Como Lauso sin ti vivir pudiera,
 Encanto, eterno bien del pecho mio,
 Mas dulce á mi anhalar, que en la pradera
 Es el nuevo alcaçel á mi cabrío ?
 La vida sin tu amor, ¿ que me sirviera,
 Dueño de mi existencia y mi alvedrío ?
 Solo á adorarte el hado me destina,
 Para amarte nació, gallarda Alcina. ”

LXII

“ Ah ! cuán dichoso por la selva y prado
 Al rojo amanecer los dos saldremos,
 Confundidos en uno ambos ganados,
 Y los pintados riscos buscaremos ;
 Y entre amores sabrosos, y envidiados
 Del cielo y de la tierra, pasaremos
 Dias felices, horas placenteras,
 En estas dichosísimas riberas ! ”

LXIII

“ Qué regalos tendrás del amor mio !...
 No brillará en la selva flor temprana,
 Que no adorne tu frente ; cabe el rio
 Conchas te cogeré cada mañana ;
 Y en cuanto arrullen por el bosque umbrío,
 En la pompa del álamo lozana,
 Tórtolas blancas, tenderé mis redes ;
 Y ya contarlas como tuyas puedes. ”

LXIV

“ Un cervatillo con la piel manchada
 De rojo y gris, y con el lomo pardo,
 Que encontré la otra siesta en la enramada,
 Para ofrecerlo á tu beldad, lo guardo
 En el redil, do encierro mi manada :
 Custodiado lo tengo, y solo aguardo
 A que pazca y que trisque : cuando sea
 Tuyo, Alcina, verás cuál te recrea. ”

LXV

“ Y en cuanto el sol su luz tienda en el llano,
 He de plantar (en sitio que encubierto
 Esté del soplo ardiente del solano,
 Y de la escarcha del invierno yerto) ®
 Un almendro, que pronto alze lozano
 Gallarda cima de verdor cubierto,
 Y acuerde en las tempranas primaveras
 Nuestras delicias del amor primeras. ”—

LXVI

Cesó la voz, y el eco sonoroso
Aun los últimos sonos repetía,
Mientras ufano aquel pastor dichoso
Con guirnaldas el tosco umbral vestía ;
Cuando por él saliendo el dueño hermoso,
Que su llama honestísima encendía,
Ternezas se dijeron con amores,
Cuyo susurro resonó en las flores.

LXVII

Tan inocente amor, dicha tan pura
Compara á los abismos de su pecho
Florinda, y el raudal de la amargura
Hierve en su corazon, roto y deshecho :
Que solo el que es dichoso, la ventura
De los demas contempla satisfecho ;
Pero, ay ! al infeliz dichas ajenas
La furia le redoblan de sus penas.

LXVIII

Y con ojos que el llanto no humedece,
Y que de aquellas chozas no retira,
Mármol yerto la misera parece,
Reclinada en el seno de su Elvira ;
Hasta que recordando, se estremece,
Rompe en ardientes lágrimas, suspira,
Y prorumpe con voz que conmoviera
Al cielo, si piedad en él hubiera :

LXIX

“ Lo ves ?.... lo ves ?.... oh ciego, injusto hado!
Ay !.... el amor los hace venturos ;
El mismo amor, que tiene destrozado
Mi pecho con tormentos espantosos.
¿ Por qué esta diferencia, cielo airado ?
Unos aman, y amando son dichosos,
Y otros aman, y amando los confundes,
Y en mar horrendo de dolor los hundes, ”

LXX

“ Como á mí, triste !.... Cual si crimen fuera
Verse mi corazon á amor sujeto,
O del mortal en manos estuviera
Elegir para amar hora y objeto.
Todo lo rige la celeste esfera :
Inevitable al hombre es su decreto :
Si el cielo con pasiones nos ostiga,
¿ De qué delito luego nos castiga ? ”

LXXI

“ ¿ Es que en la corte y entre jaspes y oro
Todo es maldad y horrores, y conserva
El hado de sus dichas el tesoro
Para las chozas de ramaje y yerba ?
¿ Y por qué á mí infeliz á eterno lloro
Me hizo á la luz nacer la suerte acerba
En Toledo, en alcázares dorados,
Y no en las selvas y apacibles prados ? ”

LXXII

“Alejémonos, ay! de estos lugares;
 “Que tanta dicha me desgarró el alma,
 “Y aun temo con mis hórridos pesares
 “De esa mansion feliz turbar la calma.”—
 Dijo, y á los etéreos luminares
 Alzó una y otra sudorosa palma,
 Llenas de llanto las mejillas bellas,
 Como favor pidiendo á las estrellas.

LXXIII

Apoyada levántase en su Elvira,
 Y volviendo los ojos de la vega,
 Angustiada á su alcázar se retira,
 Y ya á los bosques inmediatos llega.
 Advierte en ellos que á lo léjos gira,
 Con paso incierto entre la sombra ciega,
 Un silencioso bulto, que la espanta,
 Y lanza un grito, sin mover la planta.

LXXIV

A cuyo acento viene presuroso
 Aquel objeto que su horror motiva;
 Quiere Florinda huir, y en el herboso
 Suelo su propio asombro la derriba;
 Cuando halla que es Rodrigo, que anheloso,
 Yerto el cabello, helada la expresiva
 Frente, los ojos secos y espantados,
 Sostiénela con brazos desmayados.

LXXXV

Rodrigo el infeliz, que abrir no osa
 Los labios de terror, y que en horrendo
 Secreto guardará la temerosa
 Vision, de que turbado viene huyendo:
 Ni sabrá cuál la vega es deliciosa,
 Que su amada Florinda ha estado viendo;
 Que el temor de aumentar su mutua pena,
 A silencio azaroso los condena.

LXXXVI

Abrázanse gimiendo, y fugitiva
 El aura compadece sus dolores:
 La selva los contempla compasiva,
 Y sin piedad los astros brilladores;
 Mientras cruel de su esplendor los priva
 La luna, que nacer vió sus amores,
 Pues, funesto presagio! el rostro oculta
 En negra nube, que el terror abulta.

CANTO TERCERO.

LA VENGANZA.

I

VIENTO setentrional, sopla, y gallardo,
Aunque crespes del mar las turbias ondas,
El seno abulta de las lonas pardo,
Sin que la tierra nebuloso escondas.
No te demuestres á mi anhelo tardo,
Que á mis ruegos es justo correspondas,
Pues cantando el rigor de mi fortuna,
En Albion te adormecí en tu cuna.

II

Sí, ya á mis ojos férvido horizonte,
Entre celajes de risueña grana,
Cumbres azules de lejano monte
Muestra al primer albor de la mañana.
Terreno es español.... Alma, dispónte,
Dispónte á recibir el premio ufana
De tu constancia y padecer, gozando
De amor y de amistad el beso blando.

III

Salve, costas amadas!—Desdichado!....
¡Misero yo que en ilusión perdido,
Pude un momento la crueldad del hado
Dar, y mi suerte bárbara al olvido!....
¡Ay, el tiempo dichoso aun no es llegado!
Una tremenda voz hiere mi oído,
Voz de infortunio, de despecho y muerte:
¡Oh, cuán terrible es la sañuda suerte!

IV

Siniestra voz con temeroso acento,
“Huye, infelice,” desde allí me grita,
“Que á ver tu patria por mayor tormento
“Tu Destino cruel te precipita;
“Mas no la pisarás: que el rauda viento
“Que hincha tus lonas y la mar agita,
“Te arrebatá, infeliz! á otras arenas,
“En donde arrastres tu destierro y penas.”—

V

Dó volveré los ojos? Tú, desnudo,
Abila, de verdor, tú, cuya frente
De ásperas rocas Hércules membrado
Alzó, abriendo camino al mar rugiente:
Permite á un desdichado, á quien sañudo
Destino acosa, la angustiada mente
Y la vista tender, para consuelo,
Por tu gran mole que se eleva al cielo. (2)

VI

Mas, oh prodigio!... ¡á quién allá en tu cumbre,
 Cual fantasma de muerte, alzarse veo,
 Y de sus ojos la tartárea lumbré
 Sobrepujar el resplandor febeo,
 Como en noche fatal la muchedumbre
 De estrellas vence, ardiendo en apogeo,
 Sobre la rotas nubes desiguales,
 El sangriento Oríon, nuncio de males?

VII

Ay, que es el conde don Julian! Airados
 El viento y mar, de la tartesia arena
 A los montes del Africa abrasados,
 Le condujeron á llorar su pena;
 Y desde allí, con ojos inflamados,
 Y alma de anhelo vengativo llena,
 Miró al traves de las cerúleas olas,
 Y maldijo las costas españolas.

VIII

Allí en la cumbre de los riscos yerta,
 Su alarido atronando la montaña,
 De aquella playa bárbara y desierta
 Las sierpes, con pavor, tiemblan su saña;
 Y allí le mira el sol cuando despierta,
 Y allí, cuando de luz los orbes baña,
 Y allí desde el ocaso al fin del día,
 Y allí una y otra vez la noche fría.

IX

Allí tambien le encuentra un mensajero,
 Que en pequeño batel de alado pino,
 Desde España, cortando el golfo fiero,
 Con carta y órden de don Opas vino;
 Del vil don Opas, que logró mañero
 Saber dó el conde gime peregrino;
 Y en carta astuta de este modo escrita,
 A la venganza y la traicion le incita:

X

“Del Africa arenosa las regiones
 De gloria inundan, y de honor sedientas,
 Nuevas valerosísimas naciones;
 Y tú su vecindad por nada cuentas?
 ¿No ves que serán tuyos sus pendones,
 Si á su ambicion y arrojo representas,
 Cuán cerca les ofrece la Fortuna
 A España rica y sin defensa alguna?”

XI

“Marcha en su busca, su valor enciende,
 A su cabeza ponte, y sin tardanza
 El corto espacio de los mares hiende,
 Y á las béticas playas te abalanza.
 Harto te digo: de tu mano pende
 O restaurar tu nombre y la venganza
 Tener, que tu manchada gloria exige,
 O morir en la afrenta: conde, elige”...

XII

Más no leyó : las canas venerables
De la rugosa frente se erizaron,
Y sus ojos, con fuego formidables,
Al mensajero infame fulminaron ;
Y asordando los piélagos instables
Con voces, que cual trueno retumbaron,
“¡ Yo á mi patria traidor ! yo contra España !!!”
Dijo, y huyó por la áspera montaña.

XIII

Mas, ay ! vano es huir : consigo lleva
El consejo fatal, y allá en su pecho
El oculto veneno entró y se ceba,
Y ya en su corazon el daño ha hecho.
Así en vano á escapar el ciervo prueba
Del dardo que el costado le ha deshecho ;
Que no ya el dardo cortará su vida,
Sino la yerba que dejó en la herida.

XIV

Conócelo el astuto mensajero,
Sagaz cual su señor, y al conde airado
No intenta perseguir, ántes lijero
Torna á surcar el piélagos salado :
Tál diestro agricultor con cierto agüero,
Cuando en terreno fértil ha sembrado,
Ya no se afana mas, porque el tributo
Sabe que le ha de dar la tierra en fruto.

XV

Solo el conde en el áspero desierto,
Vuelve á mirar la seductora carta,
Y nuevo horror le inspira y desconcierto,
Y otra vez de ella el pensamiento aparta :
Que jamas corazon de honor cubierto,
Aunque la patria lo destrozé y parta
Con vil persecucion y ofensa grave,
Hacerla presa de extrangeros sabe.

XVI

Tal crimen es, que de pensarlo, el conde,
Aunque irritado, tiembla ; y en su pecho
A Opas maldice, y al papel en donde
Ofrece tal venganza á su despecho.
¿ Mas de virtud humana quién responde,
Cuando en horrenda tempestad deshecho
El huracan de las pasiones ruge,
Y audaz la embiste con furioso empuje ?

XVII

Casi cien giros completado había
La tierra en derredor del sol ardiente,
Desde la fuga y el famoso día
En que Mahoma trastornó el oriente ; (3)
Y en que hermanando astucia y osadía,
Alzó arrogante la soberbia frente,
Cual hombre celestial, y cual profeta,
Que de Dios los decretos interpreta.

XVIII

Obediencia, y amor, y ciego culto
Halló entre gentes rudas, que pensaron
Que el mismo Dios en él hablaba oculto,
Y sus dogmas y leyes abrazaron;
Y cundiendo en los pueblos el tumulto,
Que las nuevas doctrinas motivaron,
Llenó su nombre y gloria el hemisferio,
Que absorto vió nacer un nuevo imperio.

XIX

Un nuevo imperio, que cual suele acaso
Rauda torrente en turbio remolino,
Rompiendo el dique, por el campo raso
Extender bramador su ancho camino;
O como en el desierto tiende el paso
Sobre la llana arena el torbellino;
Nació, creció, elevóse y furibundo
Combatió al cielo, estremeciendo al mundo;

XX

Pues Mahoma exaltando las pasiones
De las gentes del sur, y en fanatismo
Abrasando encendidos corazones,
Hizo temblar al firmamento mismo:
Tornó tímidos siervos en leones,
Inflamó astuto en bélico heroísmo
Pueblos supersticiosos, y con ellos
De altas naciones oprimió los cuellos.

XXI

¡Tánto puede el saber ó la fortuna
De un hombre solo!.... y tánto que aun enciende
Su excelso influjo sin mudanza alguna
En la estirpe feliz que de él descende.
Así el imperio de la media luna,
Muerto Mahoma, en nueva gloria espande,
Y ven del islamismo las falanjes
El fértil Nilo y opulento Ganges.

XXII

—Muza conduce al último occidente
Sus vencedoras huestes y pendones,
Y hace que postren al Coran la frente
Garamantas y etiópicas naciones,
Y el pardo bereber y el libio ardiente;
Y cubre con invictos escuadrones
La Tingitania y la Numidia, y huella
Las costas, do el Atlántico se estrella.

XXIII

Costas, cuya conquista (ya mirando
La Africa toda á su poder sujeta,
Y sometida del Califa al mando,
Y al culto y á la ley del gran Profeta)
A su hijo Abdalazis encarga, ansiando
Con paterna afición, justa y discreta,
Que se ensaye en la lid, y adquiera gloria,
Completando su acero la victoria.

XXIV

Así Getulia por sus montes mira
 Rey de las selvas al leon sañudo,
 Despues que destrozar, ardiendo en ira,
 Ganados, perros y pastores pudo;
 Cuál de la lid sangriento se retira,
 Y á sus cachorros con rugido agudo
 Incita á que en los restos fuerzas prueben,
 Y en la matanza y destrucción se ceben.

XXV

Jóven Abdalazis, y aleccionado
 Del padre triunfador en la alta escuela,
 De fortuna y valor acompañado,
 Al ensayo feliz ansioso vuela;
 Y cual rayo en las nubes engendrado,
 Corre, llega, combate, vence, asuela,
 Y ornado de laurel, de gloria lleno,
 Torna al abrigo del paterno seno.

XXVI

Con lágrimas de gozo el padre anciano
 Al jóven vencedor los brazos tiende,
 Y gracias rinde al cielo soberano,
 Que en hijo tal su noble sangre enciende;
 Y por festejo del valor temprano
 Que en el mancebo triunfador esplende,
 Y de ver completada la conquista,
 Fiestas y juegos bélicos alista.

XXVII

No léjos de la playa, en que las olas
 Del paso hercúleo brillan, y do enfrente
 De las cercanas playas españolas
 Abila se avecina al sol ardiente,
 Bajo la insignia de las crespas colas
 Júntase ufana la guerrera gente,
 Que de Mahoma sigue los pendones,
 Humillando al Corán tantas naciones.

XXVIII

Y con ellos los pueblos africanos,
 Descendencia de Agar, llegan ansiosos,
 Ya humildes á los ritos mahometanos,
 A presenciar los juegos suntuosos,
 Que en unos valles y apacibles llanos,
 De palmas y naranjos olorosos
 Ornados en reedor, el sarraceno
 Va á celebrar, de sus conquistas lleno.

XXIX

Preside el campo Muza, coronado
 De los rayos espléndidos de gloria,
 Que á su cabello venerable han dado
 La constante fortuna y la victoria;
 Y en segundo lugar (si lo es su lado)
 Brillan, dignos tambien de alta memoria,
 Los otros adalides, campeones,
 Honor de los lunados escuadrones.

XXX

A contender los premios se presenta
 La flor del Asia y Africa, gallarda
 Lozana juventud de honra sedienta,
 Y á quien tan alta gloria el cielo guarda :
 Cuál en potro feroz, que fuego alienta
 La carrera del viento juzga tarda,
 Y cuál ostenta luchador robusto
 Fuerzas, que al mismo Alcides dieran susto.

XXXI

Quién disputa el acierto en la saeta,
 Los golpes quién de ponderosa maza ;
 Este al toro feroz postra y sujeta ;
 Aquel al bravo tigre despedaza :
 Otros con ágil pié tocan la meta,
 Y todos muestran en la extensa plaza
 Fuerzas, y robustez, y valentía,
 Destreza, emulacion, alta osadía.

XXXII

Allí, excelso Tarif, la gruesa lanza
 Tu brazo triunfador vibró membrudo,
 Y tanto trecho rehilando alcanza,
 Que do llegó, ninguna llegar pudo ;
 Y allí con harto orgullo y confianza
 Tu cuerpo colosal muestras desnudo,
 O Zegrí, que desprecias arrogante
 De Abencerraj los miembros de gigante.

XXXIII

A ambos en espantosa lucha mira
 Desde zenit el sol, y ambos deshechos
 Ardéis sañudos en rencor y en ira,
 Y en fuertes lazos os tenéis estrechos.
 El odio innato, que bramando gira
 Por vuestras venas y encendidos pechos,
 Tal fuerza os da, que iguales en la gloria,
 No queda por ninguno la victoria.

XXXIV

Ya los astros os tienen destinada
 Generacion, do se conserve y crezca
 Esa rivalidad envenenada
 Tanto, que envidia su heredad parezca ;
 Y un tiempo ha de llegar en que Granada
 De vuestros nietos al furor perezca,
 Cuando discordia atroz así los ciegue,
 Que vuestra sangre sus palacios riegue. (4)

XXXV

Tambien tú, Abhen-Halí, jóven lozano,
 De alfanje damasquino haciendo prueba,
 Revuelves el corcel con blanda mano,
 Llamando la atencion tu gloria nueva.
 Ay ! que víctima á ser de amor insano
 Tu destino cruel te arrastra y lleva
 A Córdoba famosa, do tu suerte
 Será amar, tener zelos, darte muerte.

XXXVI

Sí, yo mismo en el muro derruido
De aquella insigne Córdoba, do el cielo
Me dió el nacer, y que jamas olvido,
He visto las señales de tu duelo.
Aun de tu ingrata Zaida allí esculpido,
Sin que lo ultraje de la edad el vuelo,
Vive el nombre, que trémulo escribiste
Con la daga, que en ti despues hundiste.

XXXVII

Lo he visto, y no sin lágrimas; el pardo
Musgo las letras casi borra, y crece
De yedra y zarza matorral bastardo,
Que de aquel sitio el defensor parece.
Alza la crencha solitario cardo
Sobre tu ignota tumba, y resplandece
En las piedras tu sangre, mancha oscura,
Que allí á despecho de los tiempos dura.

XXXVIII

¡ Cuántas veces tu historia dolorosa,
Infante tierno, me acalló en la cuna !
¡ Cuántas despues, ya jóven, con medrosa,
Planta, al reflejo de la opaca luna,
Visité aquel lugar, donde reposa
Tu ceniza infeliz !... Y aun noche alguna
Mi mente oyó gemidos aterrada,
Y creyó ver vagar tu sombra helada. (5)

XXXIX

Quince veces el astro refulgente,
Centro del mundo y causador del día,
La vega iluminó, donde eminente
El valor musulman resplandecía ;
Y ya alzando la voz y la alta mento
Hafiz, el noble vate, en quien ardía
La llama celestial, con sacro verso
Cantaba tanta hazaña al universo.

XL

Cuando el conde infeliz encaminado
Del gran rumor y estruendos militares,
Solo, se acerca á la llanura armado,
Por desusadas sendas y ramblares :
Llega, y la inmensa multitud pasmado,
Oculto en los cercanos olivares,
Contempla ; y su designio atroz le espanta,
Y aun indeciso suspendió la planta.

XLI

Lanzando empero un hórrido alarido,
Cual espíritu réprobo, que mira
Que ha para siempre la mansion perdido
De la Misericordia, ardiendo en ira
Prosigue, de los astros compelido ;
Entre la muchedumbre mudo gira,
Y en medio de la liza se presenta,
La vista universal teniendo atenta.

XLII

Su deslustrado peto opaca lumbre
 Lanza, como siniestro meteoro,
 Que del cóncavo cielo en la alta cumbre
 Arde de los planetas entre el coro.
 De sus áridos ojos la vislumbre
 Brilla, y la faz, que moja escaso lloro,
 Como fuego infernal: barba y cabello
 El seno escarcha, y emblanquece el cuello.

XLIII

Suspéndese el concurso inmenso, y mudo
 Su extraño aspecto admira y continente.
 Él con espada bate el ancho escudo,
 Y tiembla y calla sin alzar la frente;
 Cuando de pronto encárase sañudo
 Al asiento de Muza preeminente,
 Y en ronca voz, que ensordecer pudiera
 Al huracan, habló de esta manera:

XLIV

“Egregio capitán, claros varones,
 Dignos de dominar toda la tierra,
 Nuevas valerosísimas naciones,
 Cuyo poder al universo aterra;
 ¡En inútiles pruebas, y en funciones
 Desperdiciáis el tiempo, que á la guerra
 Deberiais consagrar y á la victoria,
 Y á completar vuestra naciente gloria!”

XLV

“¡Pensáis que los destinos esplendentes,
 Que os guarda el cielo en inmutable arcano,
 Llenos están, cuando aun existen gentes,
 No domadas al yugo mahometano?
 ¡Vuestros invictos ánimos valientes
 Caben solo en el ámbito africano,
 Y ese vuestro denuedo sin segundo,
 Que caber no pudiera en todo el mundo!”

XLVI

“Volád á donde os llama la Fortuna,
 No sea término el mar á vuestra saña,
 Y el pendon victorioso de la luna
 Amague á Europa, combatiendo á España.
 Vecina, rica, sin defensa alguna
 Se os ofrece; la luz del sol no baña,
 Ni mejor parte tiene el orbe todo:
 Venid, arrebatádla al débil godo.”—

XLVII

Hondo espanto su voz ahogó, y el hielo
 Pasmóle el corazón, cuando su boca
 Nombró á la patria, y temeroso al cielo
 Miró, sabiendo que su horror provoca.
 En el desesperado desconsuelo,
 Que confunde su aliento y le sofoca,
 Ve á la virtud que de él huye y se aleja,
 Y en la eternal reprobacion le deja.

XLVIII

Es tradicion antigua de que en tanto
Que el traidor alentaba al sarraceno,
Tembló la España toda, y negro manto
Robó el claro sol, bramando el trueno ;
Y que terror secreto y mudo espanto,
Cayendo repentino, turbó el seno
De cuantos godos en el orbe había :
¡ Tanto funesto fuéles aquel dia !

XLIV

Al respirar del conde el vil acento,
La inmensa muchedumbre el aire llena
Del confuso rumor, que forma el viento,
Cuando en los valles de Moncayo suena.
Todos gritan con bárbaro ardimiento :
“ A España, á España, el cielo nos lo ordena ;
“ Este del gran Profeta es mensajero ;”
Y todos arden en furor guerrero.

L

Solo el prudente Muza no responde,
Y aunque el ansia de gloria que le enciende,
En su faz generosa mal se esconde,
Acia su pabellon el paso tiende.
En tanto que cercando al fiero conde
La entusiasmada multitud, que entiendo
Ver en él un ministro del Profeta,
Le agasaja, le admira y le respeta.

LI

Mas él á todo obsequio indiferente,
Ni ve, ni escucha ; que su pecho insano
El peso abrumador del crimen siente,
Y torna mudo al olivar cercano :
Pues si remordimientos no consiente
Un gran delito en corazón humano,
Cierto terrible asombro siempre inspira,
Engendrador tal vez de mayor ira.

LII

Entró la noche, y solo y combatido
De varios encontrados pensamientos,
Como cedro en el monte sacudido
Por bramadores encontrados vientos,
Muza, adalid prudente y advertido,
Del conde recordando los acentos,
No acierta á decidir, y duda y vuelve,
O mientras piensa mas, ménos resuelve.

LIII

El silencioso sueño por la vega
Sus alas tiende, unidas de rocío,
Y al reposo dulcísimo se entrega
Y á la quietud el bárbaro gentío.
En la alta cumbre plácida despliega
Su lánguido esplendor, húmedo y frío,
Con tibias luces, la crecicente luna,
Protectora de la árabe fortuna.

LIV

Cuando Muza, agitado y cuidadoso,
 (Bien que el sueño halagase sus intentos,
 Renaciendo en las horas del reposo
 Sus altos ambiciosos pensamientos ;
 O bien que el cielo, airado y rigoroso,
 Avisos no omitiese ni portentos,
 Con que la destruccion, ya decretada,
 Precipitar de Hesperia desdichada)

LV

Vió vestirse de rayos esplendentes
 Las pardas sombras de la noche oscura,
 Y con lampos de luz resplandecientes
 El seno abrirse de la tierra dura ;
 Y entre vapores férvidos ardientes
 Alzarse á la region del cielo pura
 El formidable espectro de Mahoma,
 Cual númen infernal que el aire doma.

LVI

Armas, despojos, rayos de la guerra,
 Famas de altas naciones y fortuna
 Huellan sus piés, que estriban en la tierra,
 Mientras su frente escóndese en la luna.
 Arde el Coran, que al universo aterra,
 En medio de su pecho, cual laguna
 De encendidos metales, y parece
 Que á su presencia el orbe se estremece.

LVII

Muza pasmado la rodilla inclina,
 Postrando contra el suelo su semblante,
 Cuando la colosal diestro encamina
 El grave espectro, y le ase del turbante ;
 Y las nubes hendiendo, le avecina
 A Abila peñascoso en cortó instante,
 Y párase con él en la alta cumbre,
 Que temblando abortó tartárea lumbre.

LVIII

Y desatando allí con diestra fuerte
 El lauro eterno, que su frente orlaba,
 Lo arroja ; y como flecha de la muerte,
 Hendiendo el aire rápido silbaba,
 Siniestra luz lanzando : de tal suerte,
 Que mísero planeta asemejaba,
 A quien el Hacedor con ceño mira,
 Y que perdido los espacios gira.

LIX

Y salvando los mares espumosos,
 Cayó tronando en medio de la España,
 Cuyos campos y montes espaciosos
 Con pernicioso luz alumbró y baña.
 A los ojos de Muza codiciosos
 Patente haciendo en perspectiva estraña,
 Oh gran portento ! cuanto encierra y eria
 La goda miseranda monarquía.

LX

Allí campos y vegas abundantes,
Do opimas mieses el favonio ondea ;
Cumbres allá, donde árboles gigantes
Entre las nubes aquilon menea ;
Aquí llanuras, sotos y odorantes
Prados, donde agua hermosa serpentea,
Adornados de yerbas y de flores,
Poblados de ganados y pastores.

LXI

Allá contempla de ásperas montañas,
Por celestial disposición abiertas,
De ricos minerales las entrañas
Desde el cimiento hasta las cumbres yertas :
Allí mira cuál riegan las campañas,
De los dones riquísimos cubiertas
De Minerva y de Baco, estensos rios,
Que arrastran oro en sus raudales frios.

LXII

Y por do quier ciudades afamadas,
Altos templos, soberbios edificios ;
Mas de gentes cobardes habitadas,
Presa infeliz del lujo y de los vicios.
Las fortalezas ve desmoronadas,
Que del descuido infame dan indicios ;
Los arneses yacer de erin cubiertos,
E indómito el caballo en los desiertos.

LXIII

Absorto y en silencio sepultado,
Está el caudillo á la vision atento,
Del formidable espectro acompañado
Dominador de la region del viento ;
Y ante sus graves plantas prosternado
Anhela solo el escuchar su acento,
Pues, aunque en llama ardiendo está guerrera,
Solo una voz, solo un mandato espera.

LXIV

Al fin lo oyó, pues que con voz tronante
Cual la tremenda voz de los torrentes,
Gritó : " Allí está el laurel, y allí triunfante
" Lo hallarán, si lo buscan, mis valientes."—
No dijo mas : el trueno retumbante
Sonó, bramó la mar, los refulgentes
Astros escurecieronse, de guerra
Sintióse estruendo, y retemblo la tierra.

LXV

Cesó el prodigio : Muza confundido
Se halla en su pabellon ; mas tanto aliento
Dentro en su corazon siente encendido,
Que conoce el influjo del portento ;
Y saltando del lecho, " Obedecido
" Serás, ó gran Profeta," en alto acento
Exclama, y sale al campo, cuando el dia
Sus primeros albores extendía.

LXVI

Recorre la llanura : " Guerra, guerra,"
 Grita ; y las trompas guerra pregonando,
 El sueño perezoso de la tierra
 Van con las negras sombras disipando.
 El pueblo, al ronco son que en llano y sierra
 Retumba, diligente recordando,
 Repite el grito, y al caudillo aclama,
 Y en el furor armigero se inflama.

LXVII

Siente el conde el rumor, torna á la vega,
 Y al ver arder el pueblo mahometano,
 A la atroz esperanza su alma entrega
 De ver cumplido su rencor insano.
 Hiende la multitud, á Muza llega,
 Feroz le aprita la robusta mano,
 Y, " Yo," le dice, " yo seré tu guia,
 " Y tuya la española monarquía."—

LXVIII

Ya no hay reposo ; el campo sarraceno
 Hierve, y á preparar se precipita
 La audaz empresa ; que del ansia lleno
 De gloria, el furor bélico le agita.
 Tasca el potro de Arabia el duro freno ;
 El brillar del acero la luz quita
 Al mismo sol : el polvo al aire crece,
 Y retumbando el suelo se estremece.

LXIX

Los altos cedros y robustos pinos
 Que las cercanas cumbres adornaban,
 De las nubes altísimas vecinos,
 Y aquellos horizontes circundaban,
 Cediendo á la segur, los cristalinos
 Mares aborrecidos abrumaban,
 Convertidos en naves ; y las telas,
 Que el persa matizó, tórnanse velas.

LXX

Ya resuenan las rocas de las playas
 Al estruendo y guerrera gritería :
 El agua azotan las flexibles hayas,
 Y de hervorosa espuma se cubría :
 Cortan veloces las cerúleas rayas
 Las anchas proras ; y del mediodía
 Soplando el austro, entre calma y niebla,
 El mar de pinos y guerreros puebla.

LXXI

Poco el salobre espacio á tanta quilla,
 Y poco á tanta vela es todo el viento :
 Jamas vió el ronco mar sobre su orilla
 Tanto bajel, ni tan osado intento,
 Ni el sol eterno que en los cielos brilla,
 Empresa tal desde su firme asiento
 Espantado alumbró, ni vió la tierra
 Mas aparatos de esterminio y guerra.

LXXII

Alzate entumecido, y rebramando
 Hunde rugiente en tu abismo seno
 El colosal poder del fiero bando,
 Que va el órbe á dejar de asombro lleno.
 Tu irresistible empuje ; para cuándo,
 Y tu furor, que desconoce freno,
 Y con que cielo y tierras acobardas,
 Mar indomable y turbulento, guardas ?

LXXIII

Mas, ay ! que decidida la Fortuna,
 A cuya ciega ley sólo obedeces,
 Protege los pendones de la luna,
 Y paso por tu seno les ofreces ;
 Y no soberbio mar, sino laguna
 De tranquilo verjel, manso pareces,
 Que como claro espejo reverbera
 La plata y el zafir de la alta esfera.

LXXIV

Tal vez sobre las nubes vióse en vano
 A Ruben, entre espíritus impuros,
 Rombos trazando con la sabia mano,
 Para á su voz ligar los astros puros ;
 Mas sordo estuvo el elemento cano,
 Y el viento al gran poder de sus conjuros :
 Que no contrastan voluntad del cielo
 La ciencia humana ni el mortal desvelo.

LXXV

Dicen tambien, que al retemblar pasmado,
 Viendo venir la inesperada guerra,
 Calpe, inmenso peñon, que al cielo alzado
 Entre nubes la frente árida encierra ;
 Avanzóse acia el mar, desengonzado
 Por fuerza oculta de la firme tierra,
 Entrándose con pasmo de las olas,
 Como á guardar las costas españolas.

LXXVI

Mas crudo el cielo le detuvo el paso,
 Y enclavado dejóle, do al presente
 Un angosto arenal hundido y raso,
 Mar entónces, lo liga al continente.
 Allí, estéril y adusto, aun muestra acaso
 Aspecto aterrador, mirando enfrente
 Los africanos enemigos montes
 Alzarse en los cercanos horizontes.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 GENERAL DE BIBLIOTECAS

CANTO CUARTO.

LA BATALLA.

I

La noche horrenda que el monarca hispano
En el antiguo alcázar se introdujo,
Donde á saber misterios del arcano
La fuerza de los astros le condujo,
Fue la que á guerra al jefe mahometano
Movi6 del gran Profeta el alto influjo;
Y al mismo punto en que grit6 á la guerra,
Aquel alcázar confundióse en tierra.

II

Y ; ay, cuánto luto, abatimiento y llanto,
Nació en Toledo el azaroso día,
Que vió deshecho su temido encanto,
Pues que fugaz desaparecido había !
Pronto del jóven rey el ciego espanto
Los terribles secretos que escondía,
Descubrió, y pronto la lijera Fama
Por el reino infelice los derrama.

CANTO CUARTO.

91

III

Pesa el brazo de Dios irresistible
Sobre el pueblo español: ya su terreno
Gime y se agita con temblor horrible ;
Ya le confunde pavoroso trueno ;
Ya le turba un terror incomprensible ;
Ya el aire escucha de clamores lleno ;
Ya ve eclipsado el sol, ya opaca y muerta
La luna mira, y de vapor cubierta.

IV

Por mustias vegas y marchitos prados
Huyen de sombras leves y fugaces,
Que ver no es dado al hombre los ganados,
Con las fieras del monte haciendo paces.
Cruzan de noche entre hórridos nublados
Fantasmas blanquecinas, y en voraces
Llamas, que los mortales no encendieran,
Antiguas selvas con asombro ardieran.

V

Yace la plebe en vergonzoso miedo,
Que á la infame nobleza se difunde,
Y á los viles magnates de Toledo
El porvenir oscuro los confunde ;
Y como, do hay delitos, no hay denuedo,
En desaliento mísero se hunde,
Oh baldonosa suerte ! España toda :
; Quién conociera así la estirpe goda !

VI

Don Opas solo, (¡ oh fuerza incomprendible
Del espíritu atroz de la venganza !
¡ Oh de negra traición frialdad horrible,
Cuánto vuestro poder infieco alcanza !)
Don Opas solo, tanto y tan terrible
Presagio, lisonjero á su esperanza,
Con infernal placer mira y contempla,
Y para nuevos crímenes le templa.

VII

Y tú, que por tu mal naciste hermosa,
Y por serlo, culpable ; ¡ ay cuál espanto
Pinta tu faz marchita y congojosa,
Implorando piedad del cielo santo !
Tu estancia de oro y mármol te es odiosa ;
Tu lecho potro de tormento y llanto,
Fuego horrible tu amor, tu vida muerte :
Oh Florinda infeliz ! oh amarga suerte !

VIII

En vano cruzas con incierta huella,
Buscando algun consuelo, tus jardines,
Donde creciste candorosa y bella,
Envidia de azucenas y jazmines :
Do gozaste despues, por mala estrella,
El aura del deleite en los festines,
Y donde hora los zéfiros y flores
Te abruman y acrecientan tus dolores.

IX

¡ Ay, que no son los apacibles dias
En que con la virtud que respirabas,
Cuanto te circundaba, embellecias,
Y tus reflejos mismos disfrutabas !
Gozo del cielo en tu interior tenias,
Por eso en los verjeles lo encontrabas :
Huyó con tu virtud, y en vano vienes
En ellos á buscar lo que no tienes.

X

Tansolo al corazon que está inocente,
Son de placer la matizada alfombra
Del campo, el murmurar de la corriente,
Del bosque ameno la tranquila sombra ;
Pero al que atroz remordimiento siente,
Y un espantoso porvenir le asombra,
No alcanza su dulcísima influencia ;
Que no hay placer do falta la inocencia.

XI

¡ Miras llorando á la argentada luna ?
La misma es que te dió sus luces bellas
La noche aciaga, que falaz Fortuna
Te hizo perder de la virtud las huellas.
Ay ! juzgaste tu dicha cual ninguna,
Y que te la envidiaban las estrellas,
Al gozar de tu amante las caricias....
¡ Cuán caro es un momento de delicias !

XII

¿Mas qué escuchaste que te aterra, ó triste?—
 Un ruiseñor que entre los ramos trina.
 ¿Será aquel mismo que en la selva oíste,
 Cediendo á la pasión que te domina?...
 Cuando loca de amor te estremeciste,
 Son celestial y música divina
 En tu delirio pudo parecerte,
 Lo que ahora son de infierno y voz de muerte.

XIII

Y dó tu amante está?... dónde Rodrigo?
 De ti se aleja?...tu presencia evita?
 No es desamor, cual, por mayor castigo,
 Tu mente á imaginar se precipita.
 Es que la ira de Dios lleva consigo;
 Está en su frente la venganza escrita;
 Y por mas que en tu fuego se consume,
 Huye de tí, que tu beldad le abruma.

XIV

No lo advertiste anoche?...En sueño huido,
 En negra sombra y en silencio mudo
 Toledo estaba: de repente oído
 Fué en el palacio un alarido agudo.
 Teudo corrió al rumor despavorido,
 Y tú también, temiendo al hado crudo;
 ¿Y cuál los dos hallasteis á tu amante?
 ¿Qué os dijo su actitud y su semblante?

XV

Sobre el mármereo pavimento helado
 De un oscuro salon tendido estaba;
 El acero á mitad desenvainado
 Con mano incierta y trémula empuñaba;
 Con débil voz de pecho acongojado
 Hondo quejido apénas arrojaba:
 Llegasteis, y le alzasteis, y al momento
 Huyó, sin conocerte, á su aposento.

XVI

¿Qué pudo horrorizarle de tal suerte?—
 Nadie en palacio penetrado había.
 ¿Las alas del arcángel de la muerte
 Volar en torno de su frente oiria?
 ¿Soñó que estaba á punto de perderte?
 ¿Qué enemigos temió su fantasía?—
 Ni él lo dijo, ni nadie ha sospechado
 Qué asombro le condujo á tal estado.

XVII

¿Quién los abismos sondear consigue
 De un pecho donde hierven las pasiones,
 Cuando el rigor del cielo le persigue,
 Y le aterra con negras ilusiones?...
 ¿Y es por ventura extraño que atosigue
 A los contaminados corazones
 Roedor remordimiento, noche y día,
 Con cuantas sombras el espanto cria?

XVIII

Entre ellas vive el infeliz monarca,
 Y entre ellas los infames cortesanos;
 Y de Toledo habitan la comarca,
 Y corren á los pueblos mas lejanos:
 Que en cuanto el cetro de Rodrigo abarca,
 Los avisos del cielo soberanos
 Claros indicios dan de estar vecina
 Al imperio español grandre ruina.

XIX

Brama la guerra; el son de los clarines,
 Gran tiempo no escuchando, el armamento
 Manda, y de Hesperia á los remotos fines
 Llega en las alas rápidas del viento;
 Y aunque esparce el asombro en los confines
 Del imperio español, bastardo aliento,
 Que siempre el gran peligro inspira á todos,
 Las armas empuñar hace á los godos.

XX

Don Opas el traidor, que de concierto
 Con el pérfido conde está, procura
 Aumentar el terror y el desconcierto,
 Para ver su venganza mas segura;
 Y por si acaso en la nación despierto
 Del antiguo valor un resto aun dura,
 Que sus inicuos planes contradiga,
 Sagaz en prevenirlo se fatiga.

XXI

Astuto sus tesoros prodigando,
 El número acrecienta de parciales,
 Y fingiendo valor, y aparentando
 La palma merecer de los leales;
 Arma copiosa hueste y grueso bando,
 Y trueca las insignias patriarcales
 Por el arnes, nombrándose altanero
 De altar y trono el defensor primero.

XXII

Campo marcial, no corte, es ya Toledo;
 Todo es armas, penachos y pendones;
 Que el vicio torpe y vergonzoso miedo
 De honra y valor usurpan los blasones;
 Y aunque el arnes no basta á dar denuedo,
 Al vestirle los góticos varones
 Hácense jactanciosos é insolentes,
 Juzgándose invencibles y valientes. (6)

XXIII

Mas como suele en abrasado monte,
 Do altos cedros, arbustos, flores, grama,
 De humo y terror cubriendo el horizonte,
 Tragó voraz la assoladora llama;
 Algun roble encontrarse, que aun remonte
 (Bien que tostado y pobre de hoja y rama)
 La copa al viento; así en España había
 Tal cual varon con honra y valentia.

XXIV

Aunque pocos, las armas empuñaron,
 Y en patriotismo y en virtud ardiendo,
 Con lo mejor que en torno de sí hallaron,
 Pequeñísima hueste componiendo,
 A la defensa intrépidos volaron,
 A la patria sus vidas ofreciendo;
 Mas, ¡oh dolor! su esfuerzo y noble saña
 No son bastantes á salvar á España.

XXV

¡Ay del peñasco, que en la excelsa cima
 Socava el agua y saca de sus quicios!
 ¡Estorbo no hallará que lo redima
 De bajar á los hondos precipicios.
 ¡Ay del estado, cuyas basas lima
 El corroedor halago de los vicios!
 De pocos la virtud no lo sostiene,
 Si al exterminio despenado viene.

XXVI

—Entre tanto el valiente sarraceno
 Tala del Betis la apacible tierra,
 Sin encontrar á sus furiosos freno
 En altos muros, ni en fragosa sierra;
 Y verto deja su contorno ameno,
 Sembrando muerte, y oscuridad y guerra;
 Y hasta las torres de Hispalis famosa
 Temen la servidumbre desastrosa.

XXVII

Tadmiro en ellas refugiado clama,
 Varios mensajes al monarca envía,
 Diciendo, que cual suele en mies la llama,
 El bárbaro africano se extendía;
 Y el socorro urgentísimo reclama,
 A la corte culpando de tardía.
 Mueven por fin sus ruegos á Rodrigo,
 Y dispone marchar al enemigo.

XXVIII

Ya con Favila de las huestes parte
 A los bélicos campos se dirige:
 En pos agita el viento el estandarte
 Que con intento vil don Opas rige;
 Entre ilustres caudillos se reparte
 La fuerza goda, y lo florido elige
 El rey para su escolta, guardia y mando,
 Grave escuadron de próceres formando.

XXIX

Tiembla Florinda al acercarse el día
 De ausentarse su amor, porque en su idea
 Presentimiento triste la advierte,
 De cuál la suerte que le aguarda, sea.
 Sabe ya que su padre conducía
 De enemigos la bárbara ralea;
 Y de tan negro crimen, que la asombra,
 Causa fatal, y con razon, se nombra.

XXX

Y, "Si yo origen soy de tantos males,
 "Y de tantos delitos, infelice!
 "¡Por que las justas iras celestiales
 "En mí tan solo no descargan?" dice,
 Y demudan su rostro las señales
 Del despecho, y frenética maldice
 El punto aciago en que miró á Rodrigo,
 A quien mas ama, por mayor castigo.

XXXI

Ya en su delirio vencedoras mira
 Las góticas banderas, y pendiente
 De afrentoso cadalso cuál espira
 El padre, por su causa delincuente:
 Ya al sarraceno, respirando ira,
 De roja sangre abriendo ancho torrente
 En crudo encuentro, arrebatár triunfante
 Corona y vida á su adorado amante.

XXXII

Otras veces terrible le presenta
 Su atormentada y loca fantasía
 Al padre y al amante, que en sangrienta
 Lid se acometen con fiera impía:
 En lucha tan fatal, ¿á quien intenta
 Ayudar la infeliz? ¿por cuál envía
 Su voto al cielo? De las dos ¿qué espada
 De funesto laurel querrá adornada?

XXXIII

Entre las dos la mísera encontrarse
 Solo es justo que anhele, y el acero
 De la una y otra con furor cebarse
 Ver en su insano corazon primero;
 Y ansiando á las batallas arrojarse,
 Pide deshecha en lloro lastímoro
 A su amante, á su rey, que para escudo,
 Consigo la conduzca al trance crudo.

XXXIV

Pero el monarca, que en el alma lleva
 Presagios de exterminio y vencimiento,
 Y en su interior desmayo clara prueba
 De que apuró de Dios el sufrimiento;
 Aunque jamas á contrariar se atreva
 De su amor ni el mas leve pensamiento;
 ¿Cómo podrá, ó Florinda, complacerte,
 Llevándote á los campos de la muerte?

XXXV

Ya el sol anuncia el azaroso día
 De la separacion: las trompas suenan,
 Y la bélica turba y gritaría
 Calles y plazas de Toledo llenan.
 Relinchando con noble lozania,
 Potros, que en vano halagan ó refrenan,
 Con corvetas y saltos desiguales
 Encienden los hollados pedernales.

XXXVI

Huestes y numerosos guerrreadores
 Que al rey ayuden en tan grave empresa,
 Presentahe ciudades y señores
 De las ricas comarcas que atraviesa.
 Así los ríos hácese mayores,
 Y su caudal en el camino engruesa
 Con los arroyos, venas y torrentes,
 Que les dan sus raudales transparentes.

XXXVII

Altivo ya el monarca y orgulloso
 De ver tantas banderas á su mando,
 Los montes Marianos presuroso
 Pasa, del Bétis la masion bollandando:
 Del Bétis, que risueño y caudaloso
 Lo mejor de la España fecundando,
 Besa la regia planta, y le saluda,
 Y á sus hijos convoca á darle ayuda.

XXXVIII

Ya el regio carro rápido pasea
 Los campos encantados y verjoles
 De Turdetania, do Favonio ondea
 Selvas de olivos, bosques de laureles;
 Do jamas reina invierno, donde emplea
 Eternamente Flora sus pinceles;
 Donde el azahar las auras embalsama,
 Y altísimos ingenios Febo inflama.

XXXIX

Al fin Híspalis clara en sí recibe
 Al monarca y ejército potente,
 Y con apoyo tal torna y revive
 De su terror al áfrico inclemente:
 A sus valientes junta, y apercibe
 Armas, caballos, y tesoro, y gente,
 Mirando, del peligro ya olvidada,
 A la tierra, al infierno, al cielo en nada.

XL

A marchar contra el bárbaro agareno
 Se preparaba el godo poderío,
 Cuando el contorno de Híspalis ameno,
 Tembló, y la margen del hercúleo río,
 Porque parte del campo sarraceno
 Se acerca á provocar el desafío,
 Sangre, y terror, y esclavitud sembrando,
 Al ejército hispano despreciando.

XLI

Vense desde los altos torreones
 Olivares arder, pueblos, pensiles,
 Y entre el humo los árabes pendones,
 Y óyense llantos, voces, añafles.
 Huyen abandonando sus mansiones,
 Sus riquezas, sus huertas, sus rediles,
 Las miseras familias y ganados,
 De Híspalis á los muros asombrados.

XLII

Tal, cuando por diciembre turbio brama
 Guadalquivir, y la limosa orilla
 Rompiendo, en la ancha vega se derrama,
 Y el mas erguido alcor vence y humilla;
 Desde los mismos muros, (que alta fama,
 No ya poder, conservan) gran Sevilla,
 Pálidos vi buscar refugio en ellos
 A cuantos moran tus contornos bellos.

XLIII

—La afrenta el godo rey conoce y siente,
 De que no todo el grueso mahometano,
 Sino pequeña parte osada intente
 Correr, ante su vista, monte y llano.
 De purpúreo rubor tiñó la frente;
 Que el desprecio es dogal de un soberano,
 Y resuelve salir á dar castigo
 A la audacia del bárbaro enemigo.

XLIV

De los buenos y honrados caballeros
 Junta el corto escuadron; que en grandé apuro,
 No viles cortesanos lisonjeros
 Busca un monarca para estar seguro:
 Y á encontrar á los árabes guerreros,
 Pasa el rastrillo del hispálio muro,
 Pues desafiento entre sus godos mira,
 Y á entusiasmarlos con su ejemplo aspira.

XLV

De Tablada en los llanos espaciosos,
 Que por la márgen bética se extienden,
 Halla á los agarenos orgullosos,
 Que al verse acometidos se sorprenden,
 Mas no dejan la presa; valerosos
 A defenderla impávidos atienden,
 Y al pequeño escuadron cargan feroces,
 Con duras armas y tremendas voces.

XLVI

Trábase cruda lid, cuando aparece,
 Cual precursor del rayo en la tormenta
 Relámpago que ardiendo resplandece,
 Y el mundo asombro y confusion aumenta,
 El conde fiero. A su presencia crece
 De ambas partes la cólera sangrienta;
 Pero el del rostro la visera alzando,
 Con tronadora voz dijo gritando:

XLVII

“Pues, cual nunca esperé, tienes, Rodrigo,
 Fuerza y valor para esgrimir la espada;
 Ven á batalla singular conmigo,
 Y la lid se suspenda comenzada.
 Ven de mi brazo á recibir castigo....
 O ya que mi honra tienes mancillada,
 Y por ti mi virtud yace en el lodo,
 Quita la vida, á quien quitaste todo.”—

XLVIII

Calló, y á su señal el sarraceno
 Deja la lid y á un lado se retira.
 Al pronto queda el rey de asombro lleno,
 Mas la voz del honor lo torna en ira.
 Pone al valor de sus vasallos freno :
 La lanza arroja, de la espada tira,
 Y así gritando, con la espuela aflige
 El corcel, y acia el conde se dirige :

XLIX

“ Aunque al infame golpe del verdugo
 Debe un traidor morir, ya que ponerte
 “ Entre mis manos á los cielos plugo,
 “ Tendrás, sin merecerla, honrada muerte.”
 Dijo ; y dos bravos toros que aun al yugo
 Su furia no rindieron, de la suerte
 Que el conde furibundo y el monarca,
 El Tórnes ve lidiar en su comarca.

L

En despecho y venganza el conde arde,
 Y aunque al ocaso de la edad se inclina,
 Sin peligro encontrar que le acobarde,
 Ni un punto en fuerzas ni en valor declina.
 De pasadas hazañas hace alarde,
 Cual de antiguos trofeos parda encina :
 Parece escollo de templado acero,
 Y osténtase fortísimo guerrero.

LI

Vergüenza, orgullo, juventud lozana
 El alma encienden del monarca gozo :
 Desde los muros de Hispalis cercana,
 Que le contempla ve su reino todo ;
 Y que de un vil traidor la furia insana
 Es quien osa ultrajarle de tal modo :
 Y parece el valor que altivo ostenta,
 Laurel despreciador de la tormenta.

LII

Varias veces bramando se embistieron,
 Sin encontrar en su furor ventaja :
 Peligrosos fendientes repitieron
 Y agudos golpes con la punta baja.
 De sudor los caballos se cubrieron,
 Alzando espuma y ardorosa braja,
 Y al fin entre la gola y el almete
 Del conde, el rey la tersa espada mete.

LIII

Y cuando herido don Julian se mira,
 Aunque leve fué el daño, en su hondo pecho
 Gimió, y ardiendo en espantosa ira,
 Redoblando sus fuerzas el despecho ;
 Un golpe, y otro, y mil furioso tira
 Sobre el yelmo real, y á largo trecho
 El penacho y corona al aire saltan,
 Y el duro suelo con su brillo esmaltan.

LIV

Pierde aliento Rodrigo: el conde fiero,
 Al ver que el regio casco firme pudo
 Burlar el filo del tajante acero
 Y de su brazo el ímpetu sañudo;
 La espada cual diestrisimo guerrero
 Soltó, la maza enarboló forzudo,
 Y aunque el yelmo á su golpe se sostiene,
 A su golpe el monarca á tierra viene.

LV

A arrojarse sobre él precipitado
 Va el conde, y á dar fin á la contienda,
 Cuando de pronto un caballero armado,
 Que desde Hispalis viene á toda rienda,
 De broquel prevenido, y sin que al lado
 Lanza descuelle ó cimitarra penda,
 Y cuyo rostro la visera esconde,
 Lánzase entre Rodrigo y entre el conde.

LVI

Este, que á su victoria estorbos halla,
 Y quien se atreva á su furor, no advierte
 Que viene sin estoque á la batalla
 Aquel soldado; y respirando muerte,
 La maza esgrime, á cuyo golpe estalla
 (Que no es como el del rey templado y fuerte)
 El yelmo, y rotos el encaje y lazos,
 Casco y visera saltan en pedazos.

LVII

Y queda, oh confusion! queda patente
 De Florinda infeliz el rostro bello;
 Y de gallardos rizos el torrente
 Los hombros cubre y el armado cuello.
 Yelo y mortal palor muestra su frente,
 De desesperacion terrible sello,
 Y con agudo acento *Padre!* grita,
 Y al suelo cabe el rey se precipita.

LVIII

Don Julian, sorpreso, horrorizado,
 Un alarido arroja, vuelve el freno,
 Y huye, cual si se viera fulminado
 De ardiente nube al retumbar el trueno.
 Con su imprevista fuga amedrentado,
 El escuadron le sigue sarraceno:
 Quedan confusos los guerreros godos,
 Y á la dama y al rey acuden todos.

LIX

Los pechos solo, donde amor reinando
 El gran poder ostenta de su llama,
 Que las celestes iras despreciando
 Entre infortunio y crímenes se inflama;
 La emocion que Rodrigo probó, cuando
 Tornó á la vida en brazos de su dama,
 Lograrán conocer: pintarla excede
 Al poder que á mi labio se concede.

LX

Y cuál entre dulcisimas caricias,
De amargura mezcladas y de lloro,
Y entre atroces tormentos y delicias,
(Que tal contraste es del amor tesoro)
A tu amador atónito noticias,
Cómo á Toledo y sus salones de oro,
Mujer apasionada, abandonaste,
Y de él en pos venir perdida osaste;

LXI

Y cómo tu belleza encantadora
De Marte con las galas escondiste,
Y sin temer la guerra asoladora
A arrostrar su peligro audaz corriste;
Y cómo al ver la saña vengadora
De tu padre cruel te estremeciste,
Y entre tu amante y él fuiste muralla,
Termino dando á la feroz batalla;

LXII

Quede en su punto aquí, pues que mi acento
De intentar describirlo humilde cede:
Tanta fineza de amoroso aliento
Solo sentirse, y no pintarse puede.
Almas á quien el alto firmamento
De la ternura el don fatal concede,
Juzgád, ay! lo que pasa en dos amantes
Puestos en circunstancias semejantes.

LXIII

Mas dejemos de amor el eco blando,
Que la trompa guerrera el viento llena,
Los cristianos pendones convocando
Y las haces hispánicas ordena;
Y ya la márgen bética dejando,
A buscar á la turba sarracena
Marchan, y á decidir de fuerte á fuerte
En un combate la española suerte.

LXIV

De escuadras la confusa muchedumbre
Campos inunda, y montes, y riberas;
El polvo roba al sol su clara lumbré;
Llenan el viento lanzas y banderas.
Retumba el llano y la fragosa cumbre,
Y el ronco estruendo de las armas fieras,
De relinchos, de trompas y atabales,
A las bóvedas cunde celestiales.

LXV

Rodrigo, aunque abatida siente el alma,
Y poco en tanta multitud confia,
Y que ya de perder el cetro y palma
Cercano teme el desastroso día;
Aparentando del valor la calma,
Acia el campo fatal las haces guia,
Llevando á su Florinda hermosa al lado,
No ya encubierta en traje de soldado.

CANTO QUINTO.

EL EXTERMINIO.

A la entrada del campo y llano extenso,
Por dónde Guadalete se apresura
A dar al mar vecino humilde censo,
Entre adelfas, palmares y verdura ;
De huestes godas el concurso inmenso ,
Con las tinieblas de la noche oscura
Se detuvo, sentando sus reales
Sobre varias colinas desiguales.

II

De esparcidas fogatas los reflejos,
Que en el opuesto lado relucían,
Y de grande rumor confusos dejos,
Que el nocturno silencio interrumpían,
De que no estaba el enemigo léjos
A los caudillos godos advertían ;
Y á defender el campo cuidadosos
Con valladar atienden y anchos fosos.

III

Brilló la ansiada aurora en el oriente,
Y el gótico poder y el mahometano
Se encuentran acampados frente á frente,
Teniendo en medio el espacioso llano.
Ambos tocan al arma de repente,
Y la vaga region del viento vano
El son de trompas y añafles llena,
Y hórico tierra, y mar, y cielo atruena.

IV

La muchedumbre gótica contiene,
Si no asusta, á los árabes pendones :
De estos la fama y el valor detiene,
Y aun pasma á los hispanos escuadrones.
Ni el uno ni otro campo al llano viene,
Aunque uno y otro ordena sus legiones ;
Y largo tiempo en actitud guerrera,
Cada cual verse acometido espera.

V

Confusas voces alza el sarraceno,
Que cunden por las vegas y collados,
Como retumba pavoroso trueno
Entre los riscos de Pirene helados.
Hondo silencio de presagios lleno
Reina entre los hispánicos soldados,
Cual anunciando horripunda tormenta,
Calma pesada oscuro el aire ostenta.

VI

Pero Tarif, que la árabe grandeza,
De Muza en nombre, rige y acadilla;
Ordenando sus haces con destreza,
Y viendo el gran furor que en ellas brilla,
Las exhorta, y exalta su braveza
Empuñando la bárbara cuchilla;
Y su tremenda voz sonó de suerte
Que pareció trompeta de la muerte.

VII

Añafiles, bocinas, atabales
La atmósfera purísima atronando,
Y el grito de las furias infernales
Arrojan á la lid al fiero bando.
El monarca español en sus reales
Venir las huestes áfricanas mirando,
A ordenar la falange se apresura,
Para bajar también á la llanura.

VIII

La custodia del campo donde deja
Su repuesto, sus tiendas, su tesoro
Y á su hermosa Florinda, á quien aqueja
Hondo pesar y despechado lloro;
Encarga, en tanto que á lidiar se aleja,
Y á contrastar al denodado moro,
Al vil Vernulfo y al traidor don Opas,
Oh ceguedad! con sus infames tropas.

IX

Y desde el carro de marfil y acero
De cortadoras hoces erizado,
Que con son de borrasca, mas ligero
Que cierzo volador, recorre el prado;
De rico arnes, de claro reverbero,
Y de plumas y joyas adornado,
Cual era entre los godos uso antiguo, (7)
A sus huestes tambien habló Rodrigo.

X

Ya del acometer la seña dando,
Las numerosas haces precipita
Contra las tropas del contrario bando,
Que vienen á la lid con alta grita.
Nube de agudas flechas, que silbando
Cruzan de entrambas partes, la luz quita
Al sol, el viento gime, y la ancha tierra
Se estremece al bramido de la guerra.

XI

Cual de opuestas montañas se derrumban
Dos hinchados torrentes espumosos,
Y á los profundos valles, que retumban
Con su estruendo, despéñanse furiosos;
Y allí sus aguas, que bramando zumban,
Revuelven, y confúndense hervorosos,
Alzando blanca niebla; así corrieron,
Y así entrambas naciones se embistieron.

XII

Terrible fué el encuentro : parecía
 Que los montes riscosos y empinados,
 Llegado al universo el postrer día,
 Bajaban al abismo despeñados ;
 Y oyóse tal estruendo, cual se oiría
 Cuando, al ver sus cimientos quebrantados,
 Atlántida infeliz huyó del mundo,
 Tragándola voraz el mar profundo.

XIII

Nube densa de polvo al aire crece,
 Que cielo, tierra, mar borra y confunde :
 Cual relámpago el hierro resplandece,
 El rumor de la lid cual trueno cunde :
 ¡ Tal, cuando Marte atroz los embravece,
 Y su fuego Discordia les infunde,
 Y las insanas Furias los acosan,
 Tormentas contrahacer los hombres osan !

XIV

De las inmensas huestes de Rodrigo,
 Ya enardecidas en feroz combate,
 Aunque no son lo que en el tiempo antiguo,
 Y aunque sangre envenenada en ellas late,
 Ni el poder ni el furor del enemigo,
 El renacido y noble aliento abate :
 ¡ Tanto el llamarse godo y ser de España,
 Honra da en la ocasión, esfuerzo y saña !

XV

De abisinios y negros etíopes
 Desbandadas escuadras, do campean
 Estaturas y esfuerzos de Ciclopes,
 Cercar el flanco gótico desean ;
 Y girando en carreras y galopes
 Casi lo desbaratan y rodean ;
 Pero detienen su gallarda furia
 Los leves hijos del florido Turia,

XVI

Que unidos á los diestros baleares,
 Cuyas hondas jamas el tiro erraron,
 Saliendo de unas quebradas y ramblares,
 Sobre ellos de improviso descargaron ;
 Y con flechas y piedras á millares
 A los bárbaros rudos destrozaron,
 Que el Nilo en sus riberas ve feroces
 Insultar á la luz con necias voces.

XVII

Cerrada y gruesa hueste de egipcianos,
 Con largas picas y luciente malla,
 Intenta penetrar de los cristianos
 El poderoso cuerpo de batalla ;
 Mas su teson y esfuerzo serán vanos,
 Que el godo cual fortísima muralla,
 Restos de la romana disciplina,
 El choque á resistir se determina,

XVIII

En el ala siniestra en tanto audaces
 Al gétulo y masilio caballero
 Del Bétis cargan las ecuestres haces,
 Cubiertas de armas de templado acero.
 Unos y otros resisten pertinaces;
 Creco la llama del combate fiero,
 Y pretal con pretal, lanza con lanza,
 Terrible es de ambas partes la matanza.

XIX

El jóven Teudo con furor pelea,
 Y es su brazo ministro de la muerte:
 Un pezeño de Córdoba espolea
 Rugero, tan gallardo como fuerte.
 Aunque anciano, Tadmiro audaz rodea
 La aguda espada con dichosa suerte,
 Y á Moraicel, asombro del levante,
 Destrózale la adarga y el turbante.

XX

Malec asirio con Arnaldo cierra,
 Y con la cimitarra de Damasco
 (Que de temple mejor no entró en la guerra,
 Y que abriera un durísimo peñasco)
 Del alto petro le derriba en tierra,
 La pelta hendida y abollado el casco;
 Mas con la tersa espada de Toledo
 Dió Ervigio noble fin á tal denuedo.

XXI

Abencerraj, tremendo, en otra parte
 La maza esgrime de nudosa encina,
 Y á los furiosos golpes que reparte,
 Las góticas escuadras extermina.
 Ni detenerle consiguiera Marte;
 Pero Eurico, de fuerte coracina
 Vestido y de valor, á hallarle viene,
 Y con la pica su furor detiene.

XXII

Por donde el carro de Rodrigo pasa,
 No hay resistir, y rápido parece
 Bramador huracan que el monte arrasa,
 O llama que entre pinos se embravece.
 Por otra parte, cuanto encuentra, abraza
 De Tarif el alfanje, y resplandece,
 Como el rayo de Dios, cuando arruina
 Gigante torre ó colosal encina.

XXIII

Lago horrendo de sangre es la llanura,
 De armas y de cadáveres henchido;
 Es todo Guadalete sangre oscura,
 Y de él se aleja el mar estremecido.
 Aun indecisa la batalla dura,
 Y en medio de los aires suspendido
 El ángel del Señor, pasmado ignora
 A quién lleva la palma triunfadora.

XXIV

Igual á cada parte el sol fulgente
 Cinco veces miró la lid reñida, (8)
 Hasta que al fin por la cristiana gente
 Vió á la ciega Fortuna decidida.
 Desmaya roto el áfrico valiente,
 Victoria el pueblo gótico apellida,
 Y en todos lados las lunadas colas
 Póstranse á las banderas españolas.

XXV

Entónces los intentos infernales,
 Que desde tiempo tanto Opas medita,
 Descubre; y á Vernulfo y sus parciales
 Primero arenga, y contra el rey excita:
 Despues en cuantos guardan los reales,
 El miedo siembra, la codicia irrita;
 Y cuando al robo y la traicion provoca,
 Tu nombre, ó santo Dios! suena en su boca.

XXVI

“ ¡ Así la sangre goda se prodiga,
 Para que intruso rey en torpes vicios,
 Manchando el nombre de los godos siga,
 Y cavándole nuevos precipicios?
 Nuevos; pues aunque el triunfo se consiga
 Despues de tan costosos sacrificios,
 España queda en brazos de la muerte,
 Africa entera, y ofendida, y fuerte.”

XXVII

“ De Dios el brazo sus invictas haces
 Ha conducido de la España al suelo;
 ¡ Por qué pues demostrarnos pertinaces
 Contra inmutable voluntad del cielo?
 Lograr podemos ventajosas paces,
 Y hacer menor de nuestra patria el duelo,
 A Rodrigo vicioso abandonando
 Y á cuantos siguen su ominoso bando.”

XXVIII

“ En medio de tan recios temporales
 Salud busquemos, y aun fortuna nueva:
 Grandes tesoros hay en los reales,
 De la avaricia de Rodrigo prueba.
 Pues sudor vuestro son riquezas tales,
 Y lo propio cobrar nadie reprueba,
 Tomádlas sin tardar, cobrádlas luego,
 Y el campo y valladar consuma el fuego.”

XXIX

“ Estos soberbios pabellones ardan,
 Contra quien Dios pronuncia el anatema,
 Porque la causa vergonzosa guardan,
 Que nos ha puesto en la ocasion extrema.
 Qué?... aun piedad y respeto os acobardan!
 Yo os juro que de Dios la ira suprema
 Ministros de venganza os ha elegido:
 Incendiád este campo corrompido.”

XXX

“ Y volemós á unir nuestros pendones
 Con los del conde don Julian : el modo
 Es este de encontrar con las naciones,
 Que al cabo han de vencernos, acomodo.
 Sus fuertes y valientes escuadrones
 No se han movido contra el pueblo godo,
 Si en ayuda del conde, á dar castigo
 A los crímenes torpes de Rodrigo.”—

XXXI

Dijo, y robado el campamento habían
 Las tropas de traidores roto el freno ;
 Y en desórden confuso descendían
 A dar auxilio al conde y sarraceno ;
 Y altas llamas las tiendas consumían
 Dejando el campo de clamores lleno,
 Cuando empezó á mostrarse la Fortuna
 Contraria á los pendones de la luna.

XXXII

Las huestes vencedoras que escucharon
 A su espalda el rumor y vocería,
 A inesperado ataque imaginaron
 Que nueva gente bárbara venía.
 Tornan, y cuando atónitos miraron
 La llama que su campo consumía,
 Su arrojo triunfador espanto mudo
 Vuélvese, y hielo su ímpetu saúdo.

XXXIII

Nótanlo los vencidos musulmanos,
 Y aunque temen al ver en la llanura
 Nuevas huestes bajar de los cristianos ;
 Como el conde traidor los asegura,
 Alarido feroz alzan ufanos,
 Recobran luego su infernal bravura,
 Y mirando á su lado á los traidores,
 Tórnanse de vencidos vencedores. (9)

XXXIV

Ya no fué lid, fué bárbara matanza,
 Y exterminio y horror, y completarse
 De las iras celestes la venganza,
 Y el godo imperio en muerte desplomarse.
 Huye de toda Hesperia la esperanza,
 Ni ya de salvacion camino hallarse
 En el valor ó en la constancia puede,
 Que al Destino inmutable todo cede.

XXXV

Aun hay, aun hay, quien en furor ardiendo
 El nombre godo con teson mantiene,
 Y quien muerte á deshonra prefiriendo,
 Todo el poder de la Africa contiene.
 Donde Rodrigo asiste, allí el horrendo
 Combate encarnizado se sostiene,
 Mientras que los cobardes torpe muertos
 Hallan, huyendo en vano de la suerte,

XXXVI

¡ Mas quién es aquel jóven que el primero
 Con tal teson persiste en la batalla,
 Y contra el campo musulman entero
 Se ostenta, cual fortísima muralla ?...
 Desde el principio del combate fiero
 Turbantes destrozando, hendiendo malla,
 Fué brazo de la muerte, y ahora ufano
 Último apoyo del imperio hispano.

XXXVII

A un alazan fortísimo embravece,
 Que con feroz aliento el aura inflama :
 Su peto sol en el zenit parece,
 Sus ojos arden con celeste llama .
 Sobre su rico yelmo resplandee
 Claro lucero, que esplendor derrama,
 Y de su invicta espada en la cuchilla
 La hermosa luz de la esperanza brilla.

XXXVIII

Anhelosa le sigue á toda parte
 Con ojos que el dolor y el llanto empaña,
 Y sin que de él un punto los aparte,
 La sin ventura moribunda España.
 Tiembla de verle entre el furor de Marte,
 Aunque se goza al admirar su saña ;
 A él solo atiende en tan fatal desmayo :
 Ay, que es el gloriosísimo Pelayo !!!

XXXIX

Salve, hijo de Favila, á quien el cielo
 Destina á restaurar el nombre hispano :
 Hoy es el dia de exterminio y duelo,
 Y contrariar no puedes al arcano :
 El de reparacion y el de consuelo
 Brillará, y tu valor no será en vano :
 Guárdate, deja ya la lid perdida ;
 Que es de la patria tu preciosa vida.

XL

Ni de Pelayo la invencible lanza,
 Ni del honrado Ervigio y de los buenos
 El tenaz resistir dan ya esperanza
 De atajar á los bravos sarracenos.
 Espantosa es de godos la matanza,
 De la tierra infeliz los hondas senos
 Empapados en sangre retemblaron,
 Ayes tristes los aires asordaron.

XLI

A los remotos mares de occidente
 El sol horrorizado descendía ;
 En calma estaba el abrasado ambiente,
 Nube cárdena el cielo oscurecía ;
 De tarde en tarde lampo refulgente
 El lejano horizonte confundía ;
 Bramaba sordo el retumbante trueno,
 De terrores el mundo estaba lleno.

XLII

La cuadriga del carro del monarca
 Anhelante no encuentra ya camino
 Sobre tantos despojos de la Parca,
 Que embarazan el eje diamantino.
 En sangre la falcada rueda encharca,
 Y el pesado timon de fuerte pino
 Rompe, y tropieza respirando espuma,
 Y en vano el crudo latigo la abruma.

XLIII

El llanto del despecho la faz moja
 Del triste rey. De la corona rica
 Y del soberbio manto se despoja,
 Salta del carro, y sangre le salpica :
 El cetro, que el Señor le quita, arroja :
 Furioso empuña una fornida pica,
 Monta en caballo que aventaja al viento,
 Y corre al incendiado campamento.

XLIV

Mas dónde, dónde va !... Desventurado !
 Vuelve á morir, ó misero Rodrigo.
 ¿ No ves que el crudo cielo está cerrado
 A toda compasion para contigo ?
 ¿ Juzgas que algun consuelo te ha dejado,
 Y contra su furor algun abrigo ?
 Aun no conoces tu tremenda suerte :
 Solo un remedio ya te resta, muerte.

XLV

Cuando ves desplomarse tu alto imperio,
 Y cómo te han vendido los traidores ;
 La flor y gloria del distrito hesperio
 Yacer muertas de Marte á los furores :
 Tu patria en espantoso cautiverio,
 Y tu fama entregada á los horrores
 De eterna execracion ; ¿ juzgas que el hado
 El consuelo de amor te ha conservado ?

XLVI

En su seno la dicha encontrarías,
 Al lado de Florinda, en el desierto,
 Sin echar ménos los pasados dias,
 De tosca piel y oscuridad cubierto ;
 Y aun dulcísimas horas gozarías,
 Sin temer de Fortuna el rostro incierto,
 Como sueños viniendo á tu memoria
 Vagos recuerdos de tu imperio y gloria.

XLVII

Vagos recuerdos, que el crisol ardiente
 De recíproco amor purificando,
 El desprecio traieran á tu mente
 De mundo, hombres, riquezas, gloria y mando :
 Y que un momento aun tu tranquila frente
 De tinta melancólica bañando,
 Te hicieran en el seno de tu hermosa
 Verter alguna lágrima preciosa.

XLVIII

Del campo el fuego ya casi extinguido,
Al monarca infeliz fatal señuelo,
Preside entre fragmentos esparcido
A las venganzas últimas del cielo.
Ya han los feroces moros recorrido
Las cenizas y restos de aquel suelo,
Y entre troncos y telas abrasadas
Aun cebado sus bárbaras espadas.

XLIX

Allí queda ya solo el conde fiero,
Que de su horrendo crimen abrumado,
De la llama al reflejo postrimero
Las ruinas recorre ensangrentado;
Y entre tanto cadáver, que el acero
Y el incendio voraz han destrozado,
Nuevas de su hija inquiere sin provecho,
Agotando la copa del despecho.

L

Tal de tirano vil sombra sangrienta,
Entre sepulcros que pabló su ira,
Al lampo aterrador de la tormenta,
Acaso en la espantosa noche gira.
Allí del exterminio aun se alimenta,
Y sangre y rabia aun con furor respira;
O allí privada del descanso eterno
Apura los suplicios del infierno.

LI

Don Julian con ojos centellantes
Del regio pabellon ve la ruina,
Y sus muertas cenizas humeantes
Angustioso revuelve y examina
Entre cuerpos ha poco palpitantes,
Y entre espantables bultos imagina
Ver el cadáver de una hermosa dama,
Cuya cabeza consumió la llama.

LII

Pasmásele la sangre, y confundido
Sus miembros de sudor inunda helado;
Y tiembla, y pierde fuerzas y sentido,
Yerto el cabello, el corazón ahogado.
Aunque á saber no acierta quién ha sido
Aquel cuerpo infeliz medio quemado,
Conmoción horrorosa su alma agita,
Y gimiendo sobre él se precipita.

LIII

Hallarse allí con Julian pudiera
El infeliz Rodrigo, si ya el cielo,
Ablandado tal vez, no le opusiera
Piadoso estorbo á su engañado anhelo;
Pues ya casi en los límites se viera
De aquel fatal y desastroso suelo,
Cuando eseuadron de infieles sobrevino,
Que le embiste, atajándole el camino.

LIV

Aunque incógnito y solo allí se mira,
 Y sin mengua fugarse puede acaso,
 No olvida que fué rey; y ardiendo en ira,
 Trata de abrirse con las armas paso.
 A llegar á sus tiendas solo aspira,
 Qué aun humo esparcen por el aire raso;
 Y al potro acosa con la aguda espuela,
 Alto el escudo, en ristre la arandela.

LV

Mas, ay! que es uno, los contrarios ciento,
 Y ni pasó ni fuga encontrar puede.
 Revuelve á todos lados con aliento,
 Y en constancia y valor ni un punto cede.
 Aunque su decision y su ardimiento
 Al de un oscuro caballero excede,
 No acierta qué combate con Rodrigo,
 Y le cerca y le estrecha el enemigo.

LVI

Mas como allá en el circo sevillano
 Suele un toro retinto, cuando advierte
 Que la vida salvar intenta en vano,
 Cara vender la inevitable muerte;
 Y embiste audaz al peloton galano
 De hombres y de caballos, de tal suerte
 Que de sangre y despojos la ancha arena,
 Y de terror al gran concurso llena;

LVII

Fin glorioso el monarca así buscando,
 Vibra y revuelve la nudosa lanza,
 Y potros y ginetes arrollando,
 Muestra hasta dónde su denuedo alcanza.
 Dos, cuatro, seis infieles derribando,
 De los demas enciende la venganza,
 Que armas diversas con furor esgrimen,
 Y le estrechan, le atajan y le oprimen.

LVIII

Resiste en vano el despechado godo,
 Hasta que aun mas que herido, fatigado,
 Pierde el arzon, y en el sangriento lodo
 De fuerzas y sentidos cae privado;
 Así vencido y destrozado todo
 El bárbaro escuadron, apresurado
 De Guadalete las riberas deja,
 Y su hueste á buscar veloz se aleja.

LIX

Reina silencio grande en aquel llano,
 Do murió la española monarquía,
 Y donde hundido el godo soberano
 En desmayo letárgico yacía.
 El ejército altivo mahometano
 A Hispalis triunfador se dirigía,
 Los restos de la gótica grandeza
 Persiguiendo con hórrida fiereza.

LX

Ya de la oscura noche el carro lento
Se acercaba á los mares de occidente,
Cuando en sí torna y al vital aliento
El infeliz Rodrigo de repente,
Porque oye acaso un dolorido acento
Que conmoviendo el silencioso ambiente,
Cual débil voz de congojosa dama
Entre sollozos le despierta y llama.

LXI

Torna en sí, y recobrando sus sentidos
Ve una hermosa mujer y un noble anciano,
Ambos de blancas túnicas vestidos,
Que lentos cruzan por el aire vano;
Y sintiendo en el alma hondos latidos,
Reconoce el semblante soberano
De su Florinda en quien delante tiene,
Y que es Ruben el que con ella viene.

LXII

Acia su amor los brazos encamina,
Y estrecha, ay triste! el vagaroso viento:
Tiende á Ruben la mano, y blanquecina
Niebla encuentra, y no mas su amigo intento;
Pero una y otra sombra allí vecina
Siempre ve junto á sí, y el sordo acento
Oye con que una y otra sollozando,
Rodrigo! sin cesar están clamando.

LXIII

Advierte que al un lado se desvían,
Y que le llaman. Síguelas ansioso,
Pues gimiendo parece que porfían
En sacarle del campo desastroso.
Por entre los cadáveres le guían,
Y ya del Guadalete sanguinoso
Con ellas apartado, llega á un monte,
Cuando el alba argentaba el horizonte.

LXIV

La luz disipa el prodigioso encanto:
Queda Rodrigo solo; y su postrera
Fortuna, envuelta en misterioso manto
El cielo quiso que ignorada fuera. (10)
Quién podrá descubrirla?... No osa tanto
Mortal ninguno.... Pero no pudiera,
Amante y rey, en tan horrenda suerte,
Otra encontrar mas grata que la muerte.

COMPOSICIONES

SUeltas.

A LAS ESTRELLAS.

O resplandecientes astros, cuya lumbre
El manto oscuro de la noche esmalta,
Y que en los altos cercos silenciosos
Giráis mudos y eternos;

Y ó tú, lánguida luna, que argentada
Las tinieblas presides y los mares
Mueves á tu placer, y ahora apacible
Señoreas el cielo:

¡Ay, cuántas veces, ay! para mí gratas,
Vuestro esplendor sagrado ha embellecido
Dulces felices horas de mi vida,
Que á no tornar volaron!

¡Cuántas veces los pálidos reflejos
De vuestros claros rostros, derramados
Húmedos, resbalar por las colinas
Vi apacibles de Bétis,

Y en su puro cristal vuestra belleza
Reverberar con cándidos fulgores
Admiré, al lado de mi prenda amada,
Mas que vosotros bella!

Ahora al brillar en las salobres ondas,
Solo y mísero, prófugo y errante,
De todo bien me contempláis desnudo,
Y á compasion os muevo.

Ay! ahora mismo vuestras luces claras,
Que el mar repite y reverente adoro,
Se derraman tambien sobre el retiro,
Donde mi bien me llora.

Tal vez en este instante sus divinos
Ojos clava en vosotros, ó lucientes
Astros, y os pide con lloroso ruego,
Que no alteréis los mares;

Y el trémulo esplendor de vuestras lumbres
En las preciosas lágrimas riela,
Que esmaltan, ay! sus pálidas mejillas,
Y mas bella la tornan.

En mayo de 1834, á bordo del paquete inglés *Francis Freeling*, navegando de Gibraltar á Falmouth.

EL SUEÑO DEL PROSCRITO.

O sueño delicioso,
Que hace un momento tan feliz me hacías,
¡Huyes y me abandonas inclemente,
Y en el mar borrascoso
Tornas á hundirme de las ansias mías!....

Ay!... los fugaces cuadros que mi mente
 Ha un instante en tus brazos contemplaba,
 Los juzgué realidad; y mis pesares
 Y mi destino bárbaro olvidaba:
 Y ¿todo fué ilusión?... Vuelve, halagüeño,
 Vuelve, ó consolador, ó ansiado sueño.

Por tu mágico influjo llevado,
 Yo me he visto en mi patria adorada,
 No de sangre y de llanto inundada,
 No cubierta de luto y de horror;

Sino libre, triunfante, felice,
 Como un tiempo que huyó presuroso,
 Cual celaje risueño y hermoso,
 Al soplar huracán bramador.

Encantadas riberas de Bétis,
 Sacros bosques de adelfas y rosas,
 Apacibles colinas graciosas,
 Ha un momento que en vos me encontré;

Y tranquila ilustrando ese cielo
 De zafiro á la luna fulgente,
 Rielar en la riza corriente
 Resbalando por flores miré.

¡ Oh consuelo de todas mis penas
 A mi lado mi Angélica estaba,
 Que con voz celestial entonaba
 Dulces himnos de dicha y de amor;

Y yo ufano pulsaba la lira,
 A su voz y á su acento obediente:
 Y al oírnos el plácido ambiente,
 No agitaba ni rama ni flor.

¡ Cuántas sombras de amantes dichosos,
 Que otro tiempo aquel suelo habitaron,
 Juzgué ver que á los dos nos cercaron
 Escuchando la dulce canción!

Ah! mis penas horribles casaban,
 Y en mi vida feliz y contento
 Fuí jamas, como el corto momento
 De tan grata fugaz ilusión.

Pero, ay desventurado!
 Era sueño engañoso,
 Que voló presuroso,
 Y ahora es mayor mi mal!
 Son ilusión mis dichas,
 Son realidad mis penas:
 Así feroz lo ordenas,
 Oh Destino fatal.

Despierto súbito,
 Y me hallo prófugo
 Del suelo hispánico,
 Donde nací;
 Donde mi Angélica
 De amargas lágrimas
 Su rostro pálido
 Baña por mí.

EL SUEÑO DEL PROSCRITO.

En vez del bálsamo
Del aura plácida
Del cielo bético,
Que tanto amé ;
Las nieblas hórridas
Del frío Támesis
Con pecho mísero
Respiraré.

Londres, setiembre de 1824.

— o —

A LOS EXCELENTÍSIMOS SRES.

MARQUESES DE SANTA CRUZ,

EN LA BODA DE SU HIJA TERCERA,

DOÑA FERNANDA DE SILVA Y GIRON.

No sonará mi acento
En el nupcial festín. Ay !...no me es dado
Del insigne Mirisco (11) al dulce lado
Su cítara pulsar encantadora,
Y enriquecer el viento
Con altos versos y con voz sonora.

Oh ! si el poder del Númen que me inspira,
Y de amistad el fuego sacrosanto,
Que arde en mi pecho, á mi olvidada lira

Dieran tal vuelo y á mi rudo canto,
Que sus ecos llegaran
A la orilla del regio Manzanáres...
¡ Cuál mis fervientes votos resonaran,
Unidos de Mirisco á los cantares !

En el risueño día,
En que Fernanda tímida, inocente,
En las aras del Dios omnipotente
Jura constante amor á un tierno esposo,
Ilustre y venturoso ;
Yo su beldad y gracias cantaré.
Yo, que la vi de la apacible cuna
Salir del mar de Cádiz en la orilla ;
Y como al lado de la blanca luna
La estrella esplendorosa
De amor adorna el cielo y pura brilla,
Brillar al lado de su madre hermosa.
Yo, que en la márgen del soberbio Sena
La vi crecer, cual crece
Tallo gentil de cándida azucena,
Que el blando aliento de las auras mece.
Yo en fin, que cuando el áspero Destino
Me arrancó fiero á mis paternos lares,
Arrastrándome al hórrido camino
De amargura y dolor, del Manzanáres
La vi ninfa gentil ; y reclinada
De su madre adorada
En el cándido seno, parecía
Cabe rosa esplendente

Medio abierto pimpollo, que lozano,
Al rojo amanecer de hermoso día,
Muestra el matiz de pudorosa frente,
De perlas lleno y de beldad riente.

En el eco lejano
De mi voz sonaría
La dicha excelsa del esposo ufano,
Y de la abuela y padres la alegría,
Y la esperanza altísima, que nace
Con tan ilustre enlace,
De nuevos héroes á la patria mia.

Mas ay! mi voz ahogada
Del infortunio por la mano helada,
No puede allá volar, ni aspira á tanto;
Y acostumbrada al llanto,
No acierta á dar al viento
Dulces himnos de júbilo y contento.

Tranquilo vates que las cuerdas de oro,
De la patria en las selvas y jardines,
Os es dado pulsar, y en alto coro
Cantar la pompa y celebrar festines;
Alzad la voz, mientras airada suerte
Me condena al silencio de la muerte.

Al silencio!!! y por qué?... Cuando gozosos
Arder la sacra antorcha de Himeneo,
Y su tercer trofeo
Alzar Amor con lazos venturosos
Ven por tercera vez en sus salones

De Santa Cruz los ínclitos marqueses;
Cuando barras, castillos y leones
Esperan nuevos héroes, cuyas glorias
Reproduzcan altísimas memorias;
Yo olvido de Fortuna los reveses,
Arde mi mente en estro sacrosanto,
Brotó mi rudo labio son divino,
Y es á mi pecho necesario el canto,
Como el agua al sediento peregrino.

Si, cantaré: ¡ qué importa que no suene
Allá en Madrid mi dolorido acento?
¡ Qué importa que no llene,
Entre los brindis y el clamor sonoro
De himnos de gozo y voces de contento,
Un soberbio artesón de cedro y oro?
Sonar la voz del infortunio debe
Con mas solemnidad, y en otra escena,
Cuando amistad lo arroba y enajena,
Y á entonar cantos de placer se atreve.

Si, cantaré sobre estas, que combate
Roneo el púnico mar, peñas desnudas,
Y so la inmensa bóveda del cielo.
El santo fuego que en mi pecho late,
Engrandece mi voz, entre las mudas
Terribles sombras del nocturno velo,
Y las estrellas, contra mí sañudas,
Y la luna menguante
Iluminan mi pálido semblante,
Y brillan en las lágrimas que lloro,
Y de mi lira en el marfil y el oro.

Las gracias, los amores,
La virtud, la alegría
Vengan tan fausto día,
Fernanda, á celebrar ;

Y de virgíneas flores
Coronen tu alma frente,
Que como sol naciente
No halla en el orbe par.

El fuego honesto y puro
Que arde en tu pecho hermoso,
Mereciendo dichoso
Paterna bendición ;

Sea manantial seguro
De placeres sin cuento,
Y siempre con aumento
Arda en tu corazón.

Bendiga el santo cielo
Tu enlace y lo fecunde,
Para que en bien redunde
Del imperio español,

Que espera con anhelo
Bazanes y Girones,
Que lleven sus pendones
Por cuanto alumbrá el sol.

Girones y Bazanes,
Que cual Hércules nuevos,
Puedan, cuando mancebos,
La sierpe sofocar ;

Y entre sabios afanes
Crezcan, y á las Españas
Con virtudes y hazañas
Consigan restaurar.

Vence el rugir del mar mi altivo acento,
Y se dilata por su espacio undoso :
Sobre las alas rápidas del viento
Mi canto numeroso
Llega á las playa donde fué Cartago,
Y entre el estruendo vago
De las olas que rómpense en la arena,
O entre ásperos bajíos
Suenan los versos míos,
Y el dulce nombre de Fernanda suena.

Sopla el austro fogoso,
Y su nombre y mis versos arrebatá,
Entre celajes de luciente plata,
A la cumbre del blanco Lílibeo,
Cárcel ardiente ó bramadora tumba
De los furoros del audaz Tifeo ;
Y al nombre de Giron esclarecido
Que entre sus riscos cóncavos retumba,
Callan su ronco hervor y su ladrado
Scila y Caríbdis de respeto llenas,
Conmuévese Trinacria, y mis cantares
Ledas, cruzando los desiertos mares,
Repiten seductoras las Sirenas...

Mas ¡ qué rumor vecino,
Llenando al mudo viento,

Viene á turbar el éxtasis divino,
Y á sorprender mi entusiasmado aliento ?
¡ Es el breton soldado
Que en los adarves usurpados grita,
De orgullo, astucia y de opulencia armado ?

¡ Es el rudo piloto moscovita, (12)
Qué á zarpar se apresura
Entre las sombras de la noche oscura,
No para dar el rumbo al mar helado
Y saludar á su aterida tierra,
Sino á llevar el exterminio guerra,
Y el devorante fuego,
Mintiendo amparo al oprimido griego,
En sus toscos bajeles,
Pneados de ambicion y orgullo insano,
Al conducto otomano,
Y del torpe serrallo á los venjeles ?

No ; que es mas noble otruendo
El que en torno rimbomba y sordo cunde,
Pues nuevo ardor difunde
En mi mente, mi canto engrandeciendo.
De los sepulcros venerandos nace,
Que del gran Precursor el templo santo,
Que Malta alzara en su pasada gloria,
Ornan el pavimento y rico muro
De terso mármol y de bronce oscuro,
Entre lauros eternos de victoria
Y nobles timbres del infiel espanto,
Que en respetar el tiempo se complace.

De los sepulcros nace, que entre tanto
Sepulcro de famosos campeones
De todas las católicas naciones,
Héroes hispanos guardan en su seno ;
Y en cuyas letras, que la edad no empaña,
Nombres de horror al torvo sarraceno,
Nombres de gloria á la guerrera España
Se ven, Silvas, y Caros, y Bazanes,
Y Borjas, y Girones,
Pimenteles, Quiñones,
Y Osorios, y Pachecos, y Guzmanes.
De estos, de estos las sombras conmovidas
Al eco de mi voz, se alzan gloriosas,
De Fernanda las dichas celebrando,
Y ledas presagiando
Héroes, que con sus hechos rivalizen
Y los insignes nombres eternizen.

¡ Oh gloria de Aragon y de Castilla !
¡ Qué lampo de celeste reverbero
Perdurable en sus rostros centellea !
¡ Qué fuertes armas de templado acero,
Do la cruz blanca refulgente brilla !
¡ Qué ricos mantos que el ambiente ondea !...
Tales por conquistar la tumba santa
Los vió lidiar Jerusalem, y tales
Hazañas inmortales
En Ródas, Chipre y Candia ejecutaron,
Y tales rechazaron,
Al inclito Valeta obedeciendo,

De estas peñas al turco furibundo,
Cuyo poder tremendo
Era entónces terror del ancho mundo.
Cércanme en torno por el aire vano....

Así los semidioses revolaban
En derredor del gran cantor troyano
Y su acento inmortal solemnizaban :
Así hendiendo la niebla, circundaban
Al bardo caledon las sombras leves
De los guerreros de Morven y Tura,
Cuando en la noche oscura,
Despreciando los vientos y las nieves,
Sobre los riscos de Loclin sentado,
Pulsaba el arpa al lado de Malvina,
Y la voz ronca del torrente hinchado
Sobrepujaba con su voz divina.

Malta, julio de 1823.

— o —
AL FARO DEL PUERTO

DE MALTA.

ENVUELVE al mundo extenso triste noche,
Ronco huracan y borrascosas nubes
Confunden y tinieblas impalpables
El cielo, el mar, la tierra ;

Y tú invisible te alzas, en tu frente
Ostentando de fuego una corona,
Cual rey del cáos, que refleja y arde
Con luz de paz y vida.

En vano ronco el mar alza sus montes,
Y revienta á tus piés, do rebramante,
Creciendo en blanca espuma, esconde y borra
El abrigo del puerto :

Tú con lengua de fuego *aquí está* dices,
Sin voz hablando al tímido piloto,
Que como á númen bienhechor te adora,
Y en ti los ojos clava.

Tiende apacible noche el manto rico,
Que zéfiro amoroso desenrolla,
Con recamos de estrellas y luceros,
Por él rueda la luna ;

Y entónces tú, de niebla vaporosa
Vestido, dejas ver en formas vagas
Tu cuerpo colosal, y tu diadema
Arde á par de los astros.

Duerme tranquilo el mar, pérfido esconde
Rocas alevos, áridos escollos
Falso señuelo son, lejanas lumbres
Engañan á las naves ;

Mas tú, cuyo esplendor todo lo ofusca,
Tú, cuya inmoble posicion indica
El trono de un monarca, eres su norte,
Les adviertes su engaño.

Así de la razón arde la antorcha,
 En medio del furor de las pasiones,
 O de alevos halagos de Fortuna,
 A los ojos del alma.

Desde refugio de la airada suerte
 En esta escasa tierra que presides,
 Y grato albergue el cielo bondadoso
 Me concedió propicio,

Ni una vez sola á mis pesares busco
 Dulce olvido del sueño entre los brazos,
 Sin saludarte, y sin tornar los ojos
 A tu espléndida frente.

¡ Cuántos, ay, desde el seno de los mares
 Al par los tornarán !.... Tras larga ausencia
 Unos, que vuelven á su patria amada,
 A sus hijos y esposa :

Otros, prófugos, pobres, perseguidos,
 Que asilo buscan, cual busqué, lejano,
 Y á quienes, que lo hallaron, tu luz dice,
 Hospitalaria estrella.

Arde, y sirve de norte á los bajeles,
 Que de mi patria, aunque de tarde en tarde,
 Me traen nuevas amargas, y renglones
 Con lágrimas escritos.

Quando la vez primera deslumbraste
 Mis afijidos ojos, ¡ cuál mi pecho,
 Destrozado y hundido en amargura,
 Palpito venturoso !

Del Lacio moribundo las riberas
 Huyendo inhospitables, contrastado
 Del viento y mar, entre ásperos bajíos,
 Vi tu lumbre divina :

Viéronla como yo los marineros,
 Y olvidando los votos y plegarias
 Que en las sordas tinieblas se perdían,
Malta, Malta gritaron ;

Y fuiste á nuestros ojos la aureola
 Que orna la frente de la santa imagen,
 En quien busca afanoso peregrino
 La salud y el consuelo.

Jamas te olvidaré, jamas.... tansolo
 Trocara tu esplendor, sin olvidarlo,
 Rey de la noche, y de tu excelsa cumbre
 La benéfica llama,

Por la llama y los fúlgidos destellos,
 Que lanza, reflejando al sol naciente,
 El arcángel dorado, que corona
 De Córdoba la torre.

Malta, setiembre de 1828.

A MI HIJO GONZALO 

DE EDAD DE CINCO MESES.

De tu madre en el seno
 Duermes, dulce amor mio,

Cual perla de rocío
Duerme en el seno de la tierna flor.

De mil encantos lleno
Reluce en tu semblante,
Cual sol en el diamante,
De una alma nueva el celestial candor.

Aun en la tierra impura
Tu pié no se ha estampado,
Ni han tus manos tocado
El crudo hierro y corruptor metal;

Ni ha ofendido á criatura
Esa boca süave,
Que aun pronunciar no sabe,
Y en que reina pureza angelical.

Ignoras lo que es muerte,
Y lo que es vida ignoras;
Mas en tanto las horas
Contigo mudas caminando van.

¿Y cuál será tu suerte?...
Qué te importa? Rísenlo
Gozas tranquilo sueño,
Sin darte el día de mañana afan.

Duerme, prenda adorada;
Pero de cuando en cuando
Despierta al beso blando,
Que te daremos, ó tu madre ó yo;

Y déjame encantada
Con tu risa inocente
El alma, que doliente
Del infortunio el cáliz apuró.

Sí, cuando te sonries
A mis tiernas caricias,
En un mar de delicias
Olvido cuanto ha sido y ha de ser:

¿Qué me importa, si ríes
Mirándome amoroso,
El ceño desdenoso
De fortuna y las iras del poder?

Mas no hay placer completo:
Ay!... siempre que te miro,
Se me escapa un suspiro,
Pensando cuál será tu porvenir.

Misterioso secreto,
Que como tú yo ignoro,
Que ni el saber, ni el oro,
Ni la fuerzá consiguen descubrir.

Un pimpollo de rosa
Cae al dulce arrolluelo,
Que apenas cubre el suelo,
Durmiendo manso entre una y otra flor.

¡Feliz, si en él se posa
Y entre sus juncias prende,
Y los tallos extiende
Bajo el abrigo del paterno amor!

Mas invisible, artera,
Con las flores jugando,
La corriente arrastrando
Lo va del rio al rápido raudal ;

Aun puede una ribera
Lograr en él, do viva,
Do un jardin lo reciba,
Y llegue á ser magnifico rosal.

Pero si el turbio rio
Lo lleva al mar, ay triste !
El huracan lo embiste,
Las olas lo arrebatan con furor ;

Y perece, hijo mio,
Bajando al hondo seno,
O en el salobre cieno,
Yaciendo al pié de escollo bramador.

Paris, enero de 1832.

EL DESTERRADO. (*)

Ax ! que surcando el mar en nave agena,
Huyo infelice de la patria mia,
Tal vez, ¡ oh cruda inexorable suerte !
Para nunca volver.... Aspero suena

(*) Esta pieza no se halla inserta en la primera edicion.

El austro abrasador y espira el dia.
¡ Y qué, á la nueva luz, ya no he de verte,
Hermosa Hesperia ! No : sañudo el viento
Me arrebatá violento
Y me aleja de ti. Ya no tus playas
Consolarán mis ojos, que anhelantes
Se perderán por las inmensas ondas....
Aquellas son las altas atalayas
De los Tartesios montes. No te escondas,
O sol : deten, deten tu carro de oro.
Deteno por piedad, y no tu lumbre :
Tan presto robes á la adusta cumbre
De las montañas del tostado moro.

Allí Cádiz, allí.... Salve, alta cuna
De libertad : esclarecida roca
Do se estrelló la bélica fortuna
Del Gran Napoleon : templo algun dia
De Pluto y de Citéres,
Emporio de riquezas y placeres,
Pompa y escudo de la patria mia :
Salve mil veces.... ¡ Pero cuán mudado
Lo mira el mar que lo adoró postrado,
Y cuán mudado yo !... Solo, desierto
Descubro el ancho puerto ;
El fortísimo muro destruido ;
Y al vago viento ó mengua ! desparcido
Pabellon extranjero en sus almenas,
De silencio, pobreza y luto llenas.
Siglo de execeracion !... ¡ Mas son aquellos
Apacibles collados

Los campos encantados,
Que de eterno verdor Flora entapiza,
Y por do Bétis claro se desliza?
Mis ojos no me engañan: sí, son ellos.
Guadalquivir aquel. Yo te saludo,
Y yo te adoro, ó rey de Andalucía:
Tu vista temple mi destino crudo.
Tu vista embarga, ay Dios! el alma mía.

La excelsa, poderosa y regia frente
Cines de oliva y lauro; tu corriente
De Turdetania espacia en las vegas;
Do quier jardines deliciosos riegas;
Por lo mejor del mundo se dilata
Tu copioso raudal, y siempre el cielo
En tus cristales puros se retrata,
Que nunca enturbia ni entorpece el hielo.
Oh cuán ufano al ancho mar te arrojas
Tú que apacible mojas
Y reverberas en remansos puros
Los de Córdoba insigne antiguos muros!
En ellos vi del sol la luz primera,
En ellos apacible la fortuna,
De oro y marfil me adormeció en la cuna,
Quién tan mudable entónces la creyera!
Allí inocente niño en sus orillas
Me viste recoger piedras pintadas,
Caracoles y hermosas florecillas:
Después joven lozano las pisadas
De ferviente bridon grabé en tu arena,
Recorriendo tus selvas encantadas.

Mayor después, mi citara escuchaste
Cantando hazañas, ó llorando amores,
Y tal vez, de mi acento te prendaste,
Y ceñiste mi cien de yedra y flores.
¡Ay, en tu margen bella,
Riqueza, amor, aplausos á porfía
Gozé, cuando mi estrella,
Su adverso influjo pérfida escondía!
Claro Guadalquivir, tú que me viste
Anegado en placeres, ahora (advierte
Lo inestable de la suerte)
Mírame pobre, desgraciado, triste,
Errante, peregrino
Surcar el ponto, huyendo sin destino.

Tal vez, en tu ribera
Aun habrá quien lamente mi infortunio
Compadeciendo mi desgracia fiera,
Y acaso entre tus ondas
Puede que algunas lágrimas escondas
Que habrá la amistad santa derramado
Al pronunciar mi nombre desdichado.

No mas, no mas: mi corazón mequino
Se desgarró en mil ásperos tormentos
Y sucumbe al dolor. Amargo llanto
Turba mis ojos.... ¡Pero ya qué importa
Si nada pueden ver? Indiferente
El sol á mi anhelar y humilde ruego,
Apagó ya su rutilante fuego
En los remotos mares de occidente.

Mas, ay ! aun con placer hiere en mi oído
 El estruendo lejano de las olas,
 Que se estrellan con hórrido bramido
 En las amadas costas españolas.

O patria !.... Ingrata patria!... Tú me arrojas
 Con furor espantoso de tu seno,
 Premiando así mi amor. Yo con mi sangre
 Torné las mieses de tus campos rojas
 Y salpiqué con ella tu terreno,
 Tu independencia y gloria sustentando.
 Yo combati constante contra el bando
 Del fanatismo bárbaro y sañudo ;
 Y mi labio, aunque humilde, tal vez pudo,
 Tu libertad preciosa defendiendo,
 Hacer temblar al despotismo horrendo.
 Plague al Destino qué risueño un día
 Torne á brillar en que tu oprobio veas,
 Y libre y grande y venturosa seas ;
 Mientras yo, errante, tu ignominia lloro,
 Y huyendo, ay Dios ! de tí, tu nombre adoro.

Para siempre, tal vez, para siempre
 Hoy te pierdo, ó mi patria querida,
 Y á arrastrar voy la mísera vida
 En destierro espantoso y cruel.

Por piedad, por piedad rauda viento,
 De tu soplo modera la saña,
 Que me aleja feroz de mi España,
 Impeliendo el velero bajel.

Calma pues, por lo ménos, piadoso
 Mientras tiende la noche su velo,
 Hasta que ardan las nubes del cielo
 Con los rayos del próximo sol.

Pueda entónces tornar anheloso,
 Aunque sea en confuso horizonte,
 A mirar de mi patria alguun monte
 Aun á ver el terreno español.

Mas no : redobra tu furor violento,
 Y de estas playas de terror y espanto
 Aléjame piadoso, rauda viento.
 No las torne yo á ver. Ni sobre ellas
 Vuelva á lucir el sol. Lóbrego manto
 De noche atroz envuelva eternamente
 Ese suelo de horror, y no le alumbre
 Mas que la opaca lumbre
 De rayos y de pálidas centellas,
 Que aborte negra tempestad rugiente.
 No es ya mi patria....No.—Patria ! No existe
 Donde solo hay opresos y opresores.
 España....España fué....recuerdo triste !
 Fué cuando independiente
 Tantos siglos brilló, y usos y leyes
 O mas ó ménos sabias la rigieron,
 Y á su temida frente
 Coronas de laurel siempre añadieron
 Sus fuertes hijos y sus nobles reyes.
 Mas ya, ó baldon ! cuanta virtud y gloria
 Albergaba en su seno

Huyó, desapareció, queda el terreno
 De tiranos poblado y de invasores,
 Y de esclavos indignos de memoria,
 Que el yugo vil merecen,
 Y el rigor y la afrenta que padecen.
 Quedan aun buenos?...vedlos fugitivos
 Por yermos y por ásperas montañas,
 No hallar, ni en las cabañas
 Asilo, humanidad. Vedlos gimiendo
 En bárbaras cadenas,
 O entre espantosas penas
 En infame patíbulo muriendo,
 Sin que nadie reclame la venganza.
 O vil degradacion!...No hay esperanza,
 Reparacion no hay ya. No; el fanatismo
 Su huella destructora ufano imprime
 Desde Calpe hasta el agrio Pirineo,
 Y hunde el nombre español en el abismo:
 Y es de los fieros déspotas recreo
 Ver cual la humanidad desmaya y gime.
 Vivan, gózense pues; su trono asienten
 En medio de los hombres degradados
 Que viles los aplauden y consienten,
 Y su furor redoblen los malvados;
 Redóblenlo, y los galos invasores
 Hagan de los traidores
 Que sus falanjes pérfidas llamaron,
 Infames siervos.....
 Multiplíquense horrores y delitos
 En ese suelo de terror y espanto,

Y del cielo malditos
 Sus habitantes todos,
 Infamia eterna, degradado llanto,
 Pobreza vil y deshonrosa muerte
 Su eterna sea, su inmutable suerte.

El austró abrasador sople ardoroso,
 Yermando las campiñas y llanuras,
 Y sus cosechas destruyendo opimas
 De la hambre y de la peste asoladora
 Seguido por do quier. Brame furioso
 El huracan en las enhiestas cimas,
 Y arrastre antiguas selvas y espesuras,
 Y hasta los brutos que en su seno pacen
 Y el Bétis, y el Ibero, y cuantos nacen
 De claras fuentes que la España riegan,
 Y su suelo infelice fecundizan,
 Rios y arroyos bienhechores, sean
 En sangre convertidos. Sus raudales
 Olas de sangre al mar lleven bramando,
 Las márgenes tornando
 Desiertos y espantosos arenales.

Tiemble la tierra, horrisona gimiendo,
 Y ciudades enteras en sí hunda.
 Entre lóbregas nubes se confunda
 La luz del sol, y en su lugar ardiendo
 Cometas espantables,
 La atmósfera turbando,
 Estén iras celestes presagiando.
 De los héroes los restos venerables

En las antiguas tumbas se estremezcan,
 Y las losas hendiendo
 Colosales espectros aparezcan,
 Y vuelen maldiciendo
 A sus infames nietos,
 A otra mansión donde el honor impere,
 Y do yazcan los sacros esqueletos,
 Sin que ignominia su reposo altere.

Y las de aquellos, que virtud y gloria
 Y amor de patria ilustres albergaron,
 Y libertad gritaron,
 Y por ella animosos combatieron,
 Hasta que abandonados y vendidos,
 Mártires de la patria perecieron,
 De un populacho necio escarnecidos
 El furor de los déspotas cebando.
 Sombras insignes en la noche oscura
 Cruzen los campos. Y hórridos gemidos
 Por las ciegas tinieblas derramando,
 Clamen *sangre y venganza* en largos ecos;
 Y los cóncavos huecos

Sangre y venganza horrendos resonando,
 Esa mansión de esclavos amedrenten,
 Y á sus tiranos turben y atormenten.

Y sople la discordia: sus furores
 Enciéndanse do quier. Guerra de muerte
 Sin fruto entre oprimidos y opresores
 Y déspotas y esclavos arda impia.
 Y nazcan nuevos crímenes y horrores

Y delitos sin fin, de día en día,
 Hasta que horrorizada
 Sus leyes interrompa
 Naturaleza, se estremezca y rompa
 La basa de diamante,
 Do estriba de Pirine la gran sierra
 Que del golfo Tirreno al mar de Atlante
 Los brazos tiende, y cual en tiempo antiguo
 A la infeliz Atlántida, hunda á España
 En los senos del mar, con cuanto encierra,
 Quedando solo escollos y bajíos,
 Do estrelle el ronco mar su hirviente saña,
 Y de que huyan medrosos los navíos.

Tiranos, invasores
 Y pueblos degradados
 No existan: sepultados
 Se miren en la mar.
 Y en ella se confunda
 El misero terreno,
 Que horrores en su seno
 Se atreve á tolerar.

¡ Mas qué afán delicioso alzarse siento,
 Que todo el corazón enseñorea,
 Y calmando un momento
 Mi espantoso martirio,
 Me arranca del delirio
 En que pudo arrojarme mi tormento?
 ¡ A dónde los fantasmas voladores

Que mi frente ardentísima cercaban?...
 Huyen, desaparecen, se deshacen,
 Y en pos llevan mis bárbaros furores ;
 Y objetos nuevos á mis ojos nacen.
 Madre!... adorada madre!... ¡ dulce nombre
 Que el alma me arrebató y enajena,
 Y de delicias mis sentidos llena!
 Ay!...vives y me amas,
 Y por mi triste! en angustiada pena,
 Lágrimas de dolor sin fin derramas.
 Hermanos, ay! hermanos que yo adoro
 Con todo el corazón, y á quien mi suerte
 Condena atroz á interminable lloro :
 Y tú, tierna beldad, que has encendido
 La llama en que he de arder hasta la muerte,
 Angélica divina, mas hermosa
 Que nace predilecta de Cupido,
 En el desierto purpurina rosa :
 Y vosotros también, fieles amigos,
 Dulcedumbre y consuelo de mi vida,
 Objetos todos de mi amor ardiente....
 En dónde, en dónde estais? — Pero qué escucho?
 Por la ferrada proa dividida
 Alguna onda rugiente
 Pudo tal vez al estrellarse.... Acaso
 El ronco viento entre la parda lona
 Y los mástiles....pudo.... ó gran portento!
 No es el silvar del viento,
 No es el hervir del mar. Es el acento
 De los objetos que mi amor implora....

No es ilusion : son ellos, corresponden
 A mi anheloso afán, y me responden :
 “ Infeliz! Aquí estamos, en España.
 En este suelo do la luz primera
 Te fué dado gozar, y ardiendo en saña,
 Ahora maldices con audacia fiera.
 Aquí estamos, aquí, y en las mansiones
 Que te vieron nacer ; y en los verjeles
 Donde tus dichas fueron,
 Y en ellas de consuno lamentamos,
 Y con nosotros mil y mil varones,
 Que del honor la senda no perdieron,
 La suerte desdichada,
 Que los hados crueles
 A ti, y á otros mejores previnieron.
 Y fervorosos votos levantamos
 Por ti, y por esta patria infortunada,
 No delincuente, no, si malhadada.
 Aquí, en España estamos,
 Do suena el dulce hablar que tú mamaste,
 Do las nobles costumbres que heredaste
 De tus mayores, viven,
 Y nuestro culto sin cesar reciben.
 En esta patria, en fin, que desconoces,
 Y para quien pidieron con estrema
 Rabia, tus labios bárbaros y atroces
 Al cielo vengador, el anatema.”
 No mas....ah! por piedad, no mas...; O acentos
 Que fuerais mi tesoro y alegría,
 Y en hórridos tormentos

Ahora despedazais el alma mía !!!
 Basta, basta, qué horror !.... Mi labio pudo ?.....
 ¡ Por qué furia infernal emponzoñado.....
 ¡ Y no se abre la mar, la nave se hunde,
 Y á mi, monstruo infeliz, traga y confunde ?
 Patria! patria!...perdon, patria!.... adorado
 Nombre !.... ¡ Y pude un momento yo insensible
 Ser á tu encanto celestial ?.... Mi pena
 ¡ A qué hondo precipicio y cima horrenda
 Me llegó á conducir !.... Desventurado !
 Patria! España infeliz, amada España,
 La sencillez de tus incautos hijos,
 No tu degradacion, causó tus males,
 Y pérfidos traidores
 Y tiranos, y alevos extranjeros
 Que uniendo contra ti su astucia y saña
 Tu libertad naciente te robaron,
 Y tu nombre y tu gloria mancillaron.
 Mas tiembren : que sus triunfos pasajeros
 Serán, aun no le faltan vengadores.
 Y ay ! de los cazadores
 Cuando el leon que ataron con injuria,
 Ruja, y ardiendo en poderosa furia
 Rompa los gruesos nudos opresores,
 Que sus miembros fortísimos ligaron,
 Porque hundido en la fiebre le encontraron.

Sí, patria, el Númen que á mi labio ardiente
 De su grandeza y poderoso aliento
 Por la etérea region lleva mi mente,
 A mis ojos patente

Pone tu suelo todo. No traidores
 Y cobardes lo pueblan solamente :
 No, millares de buenos y esforzados
 En él descubro, cuyos brazos fuertes,
 Aunque á duras cadenas amarrados,
 Aguzan el puñal de la venganza,
 Y en honra ardiendo, y fulminando muertes,
 Los hierros de ignominia quebrantando,
 Te limpiarán de inicuos extranjeros :
 Te limpiarán de tus tiranos fieros,
 A tus hijos espúreos castigando,
 Y tu nombre y tus glorias restaurando,
 Será ; que en el sagrado firmamento
 Lo tiene escrito el dedo Omnipotente
 De luz con caracteres inmutables.

¡ Decreto celestial, que el alma mía
 Embarga de placer y de esperanza !
 Ah ! De tu cumplimiento.
 ¡ Cuando en oriente brillará el gran día ?
 Ley sempiterna que los orbes mueve ,
 Haz que en espacio breve
 Las esferas girando
 Traigan su ansiada luz. Ah ! Llegue cuando
 Del ardor juvenil, que espira, aun llenas
 Latan con fuerza y robustez mis venas ;
 Y aun conserven mis brazos poderío, ®
 Para que esgrimiendo la fulminea espada
 El yugo de mi patria idolatrada
 Ayudar á romper con noble brio,
 Puedan en sangre infame de extranjeros

Y en el castigo atroz de los tiranos
Empaparse mis manos,
Y mis ojos saciarse los primeros.
¡ Cuán gozoso otra vez, ó patria mia,
Por ti mi sangre verteré, gritando
Libertad y venganza, y proclamando
Tus nuevas glorias! Y el hormoso dia
Que (cual en otro tiempo yo te viera
En San Marcial de lauro coronada)
Te admire Vidasoa en su ribera,
Volaré del riscoso Pirineo
A la cumbre de eterna nieve orlada,
Y con la sacra lira de Tirteo
Su triunfo cantaré, sobrepujando
La voz del huracan, á las naciones
Libertad anunciando,
Al tremendo rugir de tus leones.

Mas si la injusta embrevecida suerte,
O leyes inmutables del arcano
Alejan, ay! el suspirado dia
De la reparacion; ah! venga al ménos
Antes que airada la sañuda muerte,
De su guadaña con potente mano,
Descargue el golpe en la garganta mia.
De lágrimas de amor mis ojos llenos,
O dulce España, tus campiñas vean;
Aun cuando blancos los que ahora ondean
Rizos oscuros por mi cuello y frente,
De la Parca inclemente,
Miren alzada la cuchilla aguda,

Y abierto el lecho de la tumba muda,
Libre, rico, feliz, independiente:
Y aunque para mi yerno, sin amores,
Deudos ni amigos, sus sepulcros pueda
Visitar y regar con llanto y flores,
Y en la natal ribera
(Tal vez, ó Dios! entónces cuan mudada
A impulso de los años voladores)
Por do Guadalquivir manso camina,
A la luz silenciosa de Lucina,
Que resbala por plácidos alcores,
Y en la riza corriente reverbera;
Logre yo al aura dar la vez postrera
Mis últimas canciones,
Al son del arpa de marfil oyendo
A mi labio cantar, patria, tu gloria,
Los hombres que aun no son. Y maldiciendo
Con ellos la execrable atroz memoria
De tus hijos indignos y traidores
Que ya no existirán; de los tiranos
Que te destrozan pérfidos é insanos;
Y de los extrangeros invasores;
Romperé el arpa y moriré dichoso,
Bajando á hallar el eternal reposo
Al lado de mis inclitos mayores.

Bella Hesperia, patria mia,
Embriagado en la esperanza
De que has de tener venganza,
Mis pesares templaré.

Llegue el suspirado día,
Mírete yo venturosa,
Libre, triunfante y gloriosa,
Y contento moriré.

—o—
LA VUELTA DESEADA.

ROMANCE I.

ENTRE aquellos olivares
que Torreblanca domina,
y ciñen de un lado y otro
el camino de Sevilla,
Por un atajo atraviesa,
para llegar mas de prisa,
una carretela verde
con una gran vaca encima ;
Toda cubierta de barro,
tableros, muelles y viga,
de barro seco y reciente,
y de tierras muy distintas.
Cuatro andaluces caballos,
que en torno lodo salpican,
en humo y sudor envueltos
de ella presurosos tiran ;
Y del postillon las voces
con que los nombra y anima ;
del látigo los chasquidos,
que los acosan y ostigan ;

El son de los cascabeles,
y el de las ruedas que giran
rápidas, tras sí dejando
dos huellas no interrumpidas ;
Forman estruendo confuso,
y que viene posta avisan
á los carros y arrieros,
que acia un lado se desvían.

Dentro de la carretela
un hombre aun jóven camina,
que revuelve á todos lados
la desencajada vista.

Es Várgas : alegre torna
de su patria á las delicias,
despues de vagar seis años
emigrado en otros climas.

Antiguos amigos halla
en cuantos objetos mira,
y en árboles, tapias, lindes
dulces memorias antiguas :

Lo pasado y lo presente
anudando va, y delira
entre esperanzas risueñas
y entre ya pasadas dichas.

—o—
Trastornos, persecuciones,
desventuras, injusticias,
en sus mas floridos años
le arrancaron de Sevilla,
A abandonando riquezas,

honores, nombre y familia,
y dejándose allí el alma
en el pecho de Jacinta.

Jacinta, encanto y adorno
de toda la Andalucía ;

y por sus luengas pestañas,
por su apacible sonrisa,

Por los graciosos hoyuelos
que avaloran sus mejillas,
por su cuerpo primoroso
y por sus formas divinas,

Por su gracia y su talento
y su modestia expresiva ;
el hechizo de los hombres,
de las mujeres la envidia.

Diez y seis años contaba,
cuando Várgas, alta dicha !
logró conmovér su pecho
y agitar su alma sencilla,

Al par que el amable joven
ardió en la pasión mas viva,
al mirar á una doncella,
tan inocente y tan linda.

En sus puros corazones
creció desde la hora misma,
y el trato y correspondencia
acreció en pocos días,

Un primer amor de aquellos
que las estrellas combinan,
amor que de dos personas

el destino eterno fija.

En los lazos de Himeneo
á unirse dichosos iban,
con el aplauso felice
de sus contentas familias ;

Cuando se alzó tronadora
la borrasca embravecida,
que, infelices ! confundiólos
del infortunio en la sima.

—o—

Seis años, oh cuán eternos !
Várgas por tierras distintas
huyó infelice, luchando
del Destino con las iras,

Sin encontrar de consuelo
ni de esperanza mezquina
un solo sueño de noche,
un solo rayo de día.

Las extranjeras beldades
estatuas le parecían,
las ciudades opulentas
que el orbe humillado admira,

Desiertos... Ay ! pero puede
feliz llamarse en sus cuitas,
venturoso en su destierro,
afortunado en sus desdichas.

Creció el amor con la ausencia
en el pecho de Jacinta,
que la distancia y el tiempo,
al que es verdadero, afirman.

LA VUELTA DESEADA.

De cuando en cuando se cruzan
papeles que lo acreditan,
cartas trazadas con llanto,
cartas con el alma escritas.

—o—

ROMANCE II.

Todo en el mundo es mudable,
ni el bien ni el mal son eternos:
la apacible primavera
sigue al rigoroso invierno;

A la oscura noche el día,
y á la borrasca, que al cielo
empañó con densas nubes
y asustó con rudos truenos,

La calma serena y pura.
Así suelen á los tiempos
de desventuras y llantos
seguir de paz y consuelo.

Del Rin en la orilla helada,
abrumado de sí mismo,
Várgas proscrito gemía
su fortuna maldiciendo;

Cuando noticias recibe
de que la patria le ha abierto
las puertas.... Júzgalo absorto
ilusion de su deseo;

Mas Jacinta se lo escribe,
y cuanto ella dice, es cierto.
Otra carta de la madre

LA VUELTA DESEADA.

de Jacinta... que al momento
Vuele á Sevilla, le ruega,
en donde dará Himeneo,
el día de su llegada,
á tan constante amor premio.

—o—

No la paloma, que presa
llora en doloroso encierro,
si acaso un resquicio mira,
tiende apresurado el vuelo

Acia el palomar y nido,
en donde vió el sol primero;
ni el torrente, á quien contuvo
el malecon interpuesto,

En cuanto lo encuentra roto,
se arroja á su antiguo lecho,
y por él se precipita
acia la mar, que es su centro;

Tan veloces como Várgas
corre, sin tomar resuello,
á Sevilla: los instantes
Son para él siglos eternos.

Montes, llanuras, ciudades,
ríos, Estados diversos
atras deja, y los caballos
de tardos acusa y lentos.

Ya salva las altas cumbres
del nevado Pirineo;
entra en España, ya escucha
la lengua de sus abuelos....

LA VUELTA DESEADA.

Qué importa ? ni un solo instante
retarda su raudo vuelo.

Halla á cada paso amigos,
halla intereses y deudos :

No se para, corre, corre,
que tiene en Sevilla puesto
su afán, y hasta que descubra
la Giralda, no hay sosiego.

—o—

Apénas ha quince días
que en las márgenes del Reno
de su Jacinta la carta
leyó, juzgándolo sueño ;

Y los caños de Carmona
ve ya á la diestra creciendo,
y al frente la antigua puerta,
para él la puerta del cielo.

Cualquiera mujer que mira
en mantilla y de paseo,
que es Jacinta que le espera,
juzga, y le palpita el pecho.

Al llegar se desengaña,
y en otra que ve mas léjos...
Jacinta fuera de casa
está, si, sale á su encuentro.

Era en punto medio día :
entra por fin, y molestos
los guardas el carruaje
detienen corto momento.

Los maldice y les da oro,

LA VUELTA DESEADA.

por que le detengan ménos :
corre, al postillon le grita,
y torna á marchar de nuevo.

Por las retorcidas calles
echa pestes y reniegos
á cada lenta carreta,
á cada carro interpuesto,

Que á templar el paso obliga
de los caballos lijeros,
y anheloso á ver se llega
de la ciudad en el centro.

—o—

Oye de fúnebres cantos
el triste son desde léjos,
se aproxima, y por la calle
que va á tomar, un entierro

Pasa. Con hachas de cera,
pobres, vestidos de negro,
van de dos en dos ; los siguen
las cofradías ; á lento

Paso un féretro se acerca,
de un blanco paño cubierto,
con una palma y corona
de blancas flores... Agüero

Terrible ! que es de doncella
principal y de respeto
el funeral le parece...

Hierva taciturno el pueblo
En derredor. Manda Várgas,
turbado con tal encuentro,

LA VUELTA DESEADA.

que tome por otra calle,
al postillon. Revolviendo

Este los caballos, torna
por un callejon estrecho,
y á la casa ansiada llega
despues de corto rodeo.

Mucha gente en los balcones
está, mostrando en sus gestos
sorpresa de que en tal dia
llegue á la casa un vinjero.

—o—

Párase la carretela :
la puerta está abierta, yermos
el ancho portal y el patio ;
reina en la casa el silencio.

De un salto Várgas se apea ;
corre á la escalera presto ;
de ella por un lado y otro
de cera advierte un reguero

Reciente. Veloz la sube,
abre la mampara....Cielos !
colgada está la antesala
en reedor con paños negros.

Enlutada una gran mesa
mira colocada en medio,
y en sus cuatro ángulos arden,
sobre cuatro candeleros

De plata, cándidas velas
consumidas casi : el suelo
cubren deshojadas flores,

LA VUELTA DESEADA.

siempre vivas y romero.

Dios !....pobre Várgas ! absorto,
sin voz, sin alma, y en hielo
convertido, ni respira.

Ojos cual los de un espectro

Gira en derredor ; se ahoga
Sin respiracion su pecho.

Volviendo en sí un corto instante,
oye llorar allá dentro ;

Cuando se abre lentamente
una puerta que al mommento
se cierra, y un sacerdote
que por ella sale, lleno

De lágrimas el semblante,
(de dar en vano consuelo
viene á una madre infelice)
queda inmoble á Várgas viendo.

Várgas le mira, y no alienta ;
mas tras de breve silencio
rompe al cabo, y le pregunta
con un angustiado esfuerzo,

“ Dónde está ?”....Quedóse helada
su lengua. Fáltale aliento
al turbado sacerdote,
y con agitado aspecto

Alza el rostro, y levantando
la diestra, señala al cielo. ®

Várgas le comprende ; arroja
un alarido de infierno ;

Huye veloz, la escalera

LA VUELTA DESEADA.

baja delirante, ciego
 nada ve, corre cual loco
 Por las calles, y muy presto
 Desaparece.—En Sevilla
 la noticia cunde luego
 de su llegada: le buscan
 sus amigos y sus deudos.

Todo, todo en vano: algunos
 dan señas de que le vieron
 junto á la torre del oro,
 cuando el sol ya estaba puesto.

—o—
 En un remanso, que forma
 el Guadalquivir no léjos
 de Gélves, á las dos noches
 unos pecadores vieron,

A la luz de escasa luna,
 de un jóven ahogado el cuerpo
 vestido aun. Procuraron
 compasivos recogerlo;

Pero al llegar con la barca,
 y al agitar con los remos
 el agua, veloz corriente
 llevó el cadáver. Suspensos

Siguiéronle un corto rato
 con los ojos, y muy presto
 fué leve punto en las aguas,
 y de vista lo perdieron.

—o—

EL SOMBRERO.

ROMANCE I.

LA TARDE.

ENTRE Estepona y Marbella,
 una torre fulminada,
 hoy nido de aves marinas,
 y en otro tiempo atalaya,

Corona con sus escombros
 una roca solitaria,
 que se entapiza de espumas,
 cuando las olas la bañan.

A la derecha se extiende
 una humilde y lisa playa,
 cuyas menudas arenas
 humedece la resaca;

Y oculta entre dos ribazos
 forma una escondida cala,
 abrigo de pescadoras
 ó contrabandistas barcas.

A este temeroso sitio,
 mientras lento declinaba
 á ponerse un sol de otoño
 entre celajes de nácar;

Estando el viento adormido,
 la mar blanquecina en calma,
 y sin turbar el silencio

de las voladoras auras,
Sino el grito de un milano
que los espacios cruzaba,
y los de dos gaviotas,
cuyo tálamo era el agua ;
La divina Rosalía,
la hermosa de la comarca,
fugitiva y anhelante
llegó, sudosa y turbada.

Su gentil cabeza y hombros
cubre un pañolon de grana,
dejando ver negras trenzas,
que un peine de concha enlaza ;
Y de seda una toquilla,
azul, rosa, verde y blanca,
que las formas virginales
del seno dibuja y guarda.

Su gallardo cuerpo adorna
de muselina enramada
un vestido ; con la diestra
recoge la undosa falda,

Y el pié primoroso y breve,
que apenas su huella estampa
en la movediza arena,
mas limpio desembaraza.

Bajo el brazo izquierdo tiene
un envoltorio de nada,
cubierto con un pañuelo,
do el jalde y rojo resaltan.

Inocente Rosalía !
qué busca allí ?... Temeraria !
¿ Cuál su semblante divino,
lleno de vida y de gracia,
Desencajado se muestra !
qué palidez !... qué miradas !...
está haciendo, bien se advierte,
un grande esfuerzo su alma.

Sí, los ojos brilladores,
los ojos que tienen fama
en toda la Andalucía,
por su fuego y sus pestañas,

En el peñon, que lejano
apénas se dibujaba
entre la neblina, (seña
de mudarse el tiempo) clava.
Dos lágrimas relucientes
sus mejillas deslustradas
quemán, un hondo suspiro
del pecho oprimido arranca.

Queda suspensa un momento :
luego de pronto la cara
vuelve á Estepona, temblando :
juzga que una voz la llama.

Y la llama, es cierto.... Ay triste !
mas qué importa ? Otra, mas alta,
mas fuerte, mas poderosa,
desde Gibraltar la arrastra.

—o—
En el peñasco asentóse,

de la hundida torre basa, y
miró en torno, y de su seno
sacó y repasó esta carta:

“Sí, mi bien; sin ti la vida
me es insoportable carga;
resuélvete, y no abandones
á quien ciego te idolatra.”

“Contigo nada me asusta,
sin ti todo me acobarda.

Mi destino está en tus manos;
ten resolucion, y basta.”

“Resolucion, Rosalia,
cúmpleme pues tus palabras:
no tendrás que arrepentirte,
te lo juro con el alma.”

“En cuanto venga la noche,
volaré sin mas tardanza
al sitio aquel que tú sabes,
en una segura lancha.”

“Espérame, vida mia:
si no te encuentro, si faltas,
ten como cierta mi muerte.

Corro al momento á la plaza”

“De Estepona, allí pregonó
mi proscrito nombre, y paga
de mi amor será un cadalso
delante de tus ventanas.”—

Se estremeció Rosalia,
no leyó mas, y borraban
sus lágrimas abundantes

las letras de aquella carta.

Llévala á los labios frios,
la estrecha al seno con ansia,
mira al cielo, *Estoy resuelta*,
dice, y se consterna y calla.

—o—

Torna al peñon (que parece
una colosal fantasma
con un turbante de nubes,
de nieblas con una faja)

La vista otra vez. La extiende
por la mar, que muerta y llana,
fundido oro se diría
del sol poniente en la fragua.

Juzga ver un negro punto
que se mueve á gran distancia:
ya se muestra, ya se esconde.
Será?...oh Dios!...Será?...La escasa

Luz del crepúsculo todo
lo confunde, borra y tapa.

Con los ojos Rosalia
los resplandores, que aun marcan

La línea del horizonte,
sigue. Una nube la espanta,

que por el sur aparece,
oscura y encapotada;

Y aun mas el ver acercarse
por allí dos velas blancas,
cuyas puntas ilumina
del sol ya puesto la llama.

—o—

ROMANCE II.

LA NOCHE.

Entró la noche; con ella
despertándose fué el viento,
y el mar empezó á moverse
con un mugidor estruendo.

Las nubes entapizando
el oscuro y alto cielo,
la débil luz ocultaban
de estrellas y de luceros.

No había luna; densas sombras
en corto rato envolvieron
tierra y mar. De Rosalía
ya desfallece el esfuerzo.

Arrepentida, asombrada,
intenta... No, no hay remedio,
cierra los ojos, é inclina
la cabeza sobre el pecho.

La humedad la hiela toda,
corto abrigo es el pañuelo;
tiembla de terror su alma,
tiembla de frío su cuerpo.

Si cualquier rumor la asusta,
más sus mismos pensamientos;
pues ni uno solo le ocurre
de esperanza ó de consuelo.

Las velas que ha divisado
cuando el sol ya estaba puesto,

la atormentan, la confunden.
Las ha conocido: cielos!

Son, sí, las del guardacosta,
jabeque armado y velero,
terror de los emigrados,
de contrabandistas miedo.

—o—

Infelice Rosalía!....
á las ánimas de léjos
tocar las campanas oye
de la torre de su pueblo.
¡Oh cuánto la sobresaltan
aquellos amigos ecos!
Párecelle que son voces
que la nombran.—Gran silencio

Reinó despues largo espacio.
Las olas, que van creciendo,
llegan á besar la peña,
de Rosalía los tiempos

Piés mojan... y no lo advierte:
clavada está. Los destellos
de la espuma que se rompe,
secas algas revolviendo,

La deslumbran. De continuo
la reventazon inciertos
fugitivos grupos blancos
le ofrece del mar en medio,
Cual pálidas llamaradas.
Ella piensa que los remos

EL SOMBRERO.

y la proa de un esquife
las causan... Vanos deseos!

—o—

Así pasó largas horas,
cuando un lampo ve de fuego
en alta mar, y en seguida
oye al cabo de un momento

Poumb!... y retumbar en torno
como un pavoroso trueno,
que se repite y se pierde
de aquella costa en los huecos.

Ve pronto acia el lado mismo
otros dos ó tres pequeños
fognazos; mas no llega
el sordo estampido de ellos.

Otra roja llamarada....
Poumb! otra vez....Dios! qué es esto?
Repitiéndose perdióse
este son como el primero.

No hubo mas: creció furioso
el temporal, y mas recio
sopló el sudoeste; las olas
de Rosalía el asiento

Embisten, de agua salobre
la bañan; estar mas tiempo
no puede allí: busca abrigo
de la torre entre los restos.

La lluvia cae á torrentes,
parece que tiembla el suelo;

EL SOMBRERO.

dijérase ser llegada
ya la fin del universo.

—o—

ROMANCE III.

LA MAÑANA.

RAYA en el remoto oriente
una luz parda y siniestra;
á mostrarse en vagas formas
Ya los objetos empiezan.

Espectáculo espantoso
ofrece naturaleza,
las olas como montañas,
movibles y verdinegras

Se combaten, crecen, corren
para tragarse la tierra,
ya los abismos descubren,
ya en las nubes se revientan.

Rómpense en las altas rocas
alzando salobre niebla,
y la playa arriba suben,
y luego á su centro ruedan

Con un asordante estruendo:
silba el huracán, espesa
lluvia el horizonte borra,
y lo confunde y lo mezcla.

—o—

La infelice Rosalía,
toda empapada, cubierta
con el pañolon mojado,

EL SOMBRERO.

que ó bien la ciñe y aprieta,
 O agitado por el viento,
 le azota el rostro y flamea,
 volando ya desparcidas
 fuera de él las negras trenzas ;
 Falta de aliento, de vida,
 el alma rota y deshecha,
 asida de los sillares
 se aguanta inmóvil y yerta.

Aparición de otro mundo,
 Silfida, á quien maga artera
 cortó las ligeras alas,
 la juzgaran, si la vieran.

Tiende espantados los ojos
 por el caos : nada encuentra
 que socorro ó que consuelo
 en tal apuro le ofrezca.

Descubre que una gran ola,
 que tronadora se acerca,
 entre las blancas espumas
 envuelve una cosa negra :

De ella no aparta los ojos,
 ve que en la playa se estrella,
 que al huir deja un sombrero
 rodando sobre el arena,

Y una tabla.— Rosalia
 salta de las ruinas fuera,
 corre allá, mientras las olas
 se retiran. No la aterra
 Otra mayor, que se avanza

EL SOMBRERO.

mas hinchaha, mas soberbia.
 Ve en el madero lavado
 los restos de sangre fresca....
 Coge el sombrero.... infelice !
 Lo reconoce.... las fuerzas
 le faltan, cae, y al momento
 precipitase sobre ella

Una salobre montaña
 que la playa arriba entra,
 y rápida retrocede,
 no dejando nada en ella.

—o—

Cual si dar, tansolo objeto
 de la borrasca tremenda,
 lecho nupcial en los mares
 á dos infelices, fuera ;

A templar su furia ronca
 los huracanes empiezan,
 bajan las olas, la lluvia
 se disminuye, y aun cesa.

Rómperse el cielo de plomo,
 y por pedazos se muestra
 el azul, que ardientes rayos
 de claro sol atraviesan :

Ya se aclara el horizonte ;
 por el lado de la tierra
 fórmanlo azules colinas,
 que aun en parte ocultan nieblas.

Una línea verde, oscura,
 movible, lo forma y cierra

EL SOMBRERO.

del lado del mar, y asoma
la claridad detras de ella.

Aunque silba duro el viento,
aunque es la resaca recia,
torna al mundo la esperanza
de prolongar su existencia.

—o—

En esto una triste madre
y un tierno hermanillo llegan,
buscando á su Rosalía,
á aquella playa funesta.

Llenos de lodo, empapados,
muertos de cansancio y pena,
tienden en reedor los ojos,
y nada, oh martirio! encuentran.

Al retroceder las aguas,
unas femeniles huellas
de pié breve reconocen
estampadas en la arena...

“Rosalía!...Rosalía!!!”
Gritan, y no oyen respuesta.
Van á la arruinada torre,
y hállanse sobre una piedra

Un envoltorio deshecho
entre fango, espuma y tierra,
y un pañuelo rojo y jalde,
que le sirve de cubierta.

—o—

EL CONDE
DE VILLAMEDIANA.

ROMANCE I.

LOS TOROS.

ESTA en la plaza mayor
todo Madrid celebrando
con un festejo los dias
de su rey Felipe cuarto.

Este ocupa, con la reina
y los jefes de palacio,
el regio balcon, vestido
de tapices y brocados.

En los otros, que hermosean
reposteros y damascos,
los grandes con sus señoras,
y los nobles cortesanos

Ostentan soberbias galas,
terciopelos y penachos.

Las damas y caballeros
llenan los segundos altos,

Y de fiesta gran gentío
los barandales y andamios,
jardin do á impulso del viento
ondean colores varios.

Ante la panadería,
del balcon del rey debajo,

EL CONDE DE VILLAMEDIANA.
y de espalda á la barrera,
en la arena del estadio,

La guardia tudesca en ala,
parece un muro de paño,
rojo y jalde, con cornisa
hecha de rostros humanos,

Sobre la cual vuelan plumas
en lugar de jaramagos,
y brillan las alabardas
heridas del sol de mayo.

Los alguaciles de corte
con sus varas en la mano,
á la jineta, en rocines
están en fila á los lados.

El rey, la reina, los grandes,
las damas, los cortesanos,
los tudescos y alguaciles,
el inmenso pueblo, y cuantos

En la plaza están, los ojos
tornan de Toledo al arco,
por cuya barrera asoma
un caballero á caballo.

—o—

Vese en medio de la arena,
furia y humo respirando,
los ojos como dos brasas,
los cuernos ensangrentados,

Con la pezuña esparciendo
ardiente polvo, el mas bravo
retinto, á quien dió Jarama

EL CONDE DE VILLAMEDIANA.
yerba encantada en sus campos.

Aun no estrenó la almohadilla
de su cuello erguido y alto
hierro alguno, ni ha embestado
una sola vez en vano.

Entre capas desgarradas
y moribundos caballos,
se ostenta como el guerrero,
que se corona de lauro,

Entre rendidos pendones,
sobre muros derribados :
del Genio del exterminio
parece emblema y retrato.

—o—

En un tordillo fogoso,
de africana yegua parto,
que de alba espuma salpica
el pretal, el pecho y brazos ;

Que desdeñoso la tierra
hiere á compas con los cascos ;
que una purpúrea gualdrapa
con primorosos recamos,

De felpa y ante la silla,
en el testero un penacho,
la cabezada y rendaje
de oro y seda roja, y lazos

En el codon y en las crines
soberbio ostenta y ufano ;
á combatir con el toro
sale aquel señor gallardo.

Viste una capa y ropilla
de terciopelo, mas blanco
que la nieve, de oro y perlas,
trenzillas y pasamanos ;

Las cuchilladas, aforros,
vueltas y faja de raso
carmesi ; calzas de punto,
borceguies datilados,

Valona y puños de encaje ;
esparcen reflejos claros
en su pecho los rubies
de la cruz de Santiago.

Un sombrero con cintillo
de diamantes, sujetando
seis blancas gentiles plumas,
corona su noble garbo.

Con la izquierda rige el freno,
en la diestra lleva en alto
un pequeño rejoncillo
con la cuchilla de á palmo.

Acompañanle dos pajes
á pié, de uno y otro lado,
y llevan las rojas capas
prontas al lance en la mano :

Siguenle sus escuderos
y un gran tropel de lacayos,
los que por respeto al toro
se van haciendo reacios.

—o—
Puesto en medio de la plaza

personaje tan bizarro,
saluda al rey y á la reina
con gentil desembarazo.

Aquel, serio corresponde,
esta muestra sobresalto,
mientras el concurso inmenso
prorumpen en vivas y aplausos.

Era el gran don Juan de Társis,
caballero cortesano,
conde de Villamediana,
de Madrid y España encanto

Por su esclarecido ingenio,
por su generoso trato,
por su gallarda presencia,
por su discrecion y fausto.

Gran favor se le supone,
aunque secreto, en palacio,
pues susurran malas lenguas....
pero mejor es dejarlo.

De todos y todas dicen,
y es poner puertas al campo,
querer de los maliciosos
sellar los ojos y labios.

—o—
Valiente Villamediana,
cortas las riendas y bajo
del rejoncillo el acero,
vase al toro paso á paso.

Este cabecea, bufa,
la tierra escarba marrajo,

EL CONDE DE VILLAMEDIANA.
y espera instante oportuno
en que partir como el rayo.

El paje de la derecha
con grande soltura y garbo
á la fiera irrita y llama,
la capa ante ella ondeando.

Embiste pues, el ginete
tuerce el bridon, de soslayo
pasa el toro, el otro paje
con la capa hace un engaño,

Y lo revuelve, y de nuevo
lo pára. Determinado
le ostiga de frente el conde ;
torna á embestir rebramando

El jarameño ; parece
que el caballero y caballo
van á volar á las nubes,
cuando de la fiera intactos

En primorosas corvetas
se separan y con saltos.
Un punto el toro vacila
bramido ronco lanzando,

Y desplómase en la tierra,
haciendo de sangre un lago
con el torrente que brota
por la cerviz, do clavado

Medio rejon aparece ;
que el otro medio en la mano
del noble y valiente conde
va al concurso saludando.

EL CONDE DE VILLAMEDIANA.

Por balcones y barandas,
vallas, barreras y andamios,
formando una riza nube,
ondean pañuelos blancos ;

Y, *viva!* el pueblo repite,
y los caballeros, *bravo!*
y, *qué galan!* las mujeres,
haciendo lenguas las manos.

La reina, que sin aliento
los ojos desencajados
en jinete y toro tuvo,
vuelve, ansiosa respirando ;

“ Qué bien pica el conde ! ” dice,
y, “ Muy bien, ” los cortesanos
repiten. El rey responde :
“ Bien pica, pero muy alto ; ”

Y en el rostro de la reina
clavó los ojos un rato.
Esta demudóse, y todos
los señores de palacio,

En quienes opinion propia
fuera un peregrino hallazgo
repiteion, no sabiendo
lo que decían acaso,

Y de entrambas majestades
queriendo seguir el rastro :
“ Pica muy bien ; mas debiera
“ haber picado mas bajo. ”

—o—
Dos toros mas se corrieron,

EL CONDE DE VILLAMEDIANA,
en que caballeros varios
con gala y con valentía
gran destreza demostraron ;

Mas es pretender lucirlo
despues del conde gallardo,
exceso del amor propio,
cuyos esfuerzos son vanos.

Ser en punto medio dia
las campanas avisaron
de santa Cruz en la torre.

En su carroza á palacio

Retiráronse los reyes,
tras ellos los cortesanos,
y aquel inmenso gentío,
la plaza desocupando,

Se apiñó en arcos y puertas,
haciendo un todo compacto,
que por las primeras calles
rompió ; que luego en pedazos

Por otras mas dividióse ;
despues en grupos, que al cabo
reducidos á familias,
muy pronto se dispersaron.

Tal vez así se desagua
un artificial pantano,
cuando se abren las compuertas
del malecon, y apretados

Torrentes por ellas salen,
que luego en arroyos varios
se dividen, y se pierden

EL CONDE DE VILLAMEDIANA.
finalmente por los campos.

—o—

ROMANCE II.

LAS MASCARAS Y CAÑAS.

SIGUIÓ el festejo á la tarde,
y llenóse la gran plaza
con el pueblo y con la corte,
cual lo estuvo la mañana.

Magnificas son las fiestas
que la regia villa paga,
para celebrar el nombre
del poderaso monarca.

De clarines y timbales
al son que asorda las auras,
y al de orquestas numerosas
que entonan guerrera marcha,

En órden y á lento paso
numerosas mascaradas
entran por partes distintas,
y al rey y á la reina acatan.

De los reinos diferentes
que el reino forman de España,
ostenta cada cuadrilla
distintivos y antiguallas,

Arbolando un estandarte
con el blasón de sus armas ;
y de su música propia
al compas de las sonatas,

EL CONDE DE VILLAMEDIANA.

Mézclanse ligeras luego,
formando mímica danza,
en concertado desórden
de figuras ensayadas.

Los cascos y coseletes
de la indómita Cantabria,
de los fieles castellanos
las dobles cueras y calzas ;

Las fulgentes armaduras,
de los infanzones gala,
del ligero valenciano
los zaragüelles y mantas ;

De chistosos andaluces
los sombrerones y capas,
y las chupas con hombreras
y con caireles de plata :

Los turbantes granadinos,
jubas, albornoces, fajas ;
los terciopelos y sedas
de vestes napolitanas :

De la Bélgica los sayos
con sus encajes y randas ;
los milaneses justillos
con las chambergas casacas ;

Y las esplendentes plumas
teñidas de tintas varias,
con los arcos y las flechas
que el cacique indiano gasta ;

Forman un todo indeciso
que cubre la extensa plaza

EL CONDE DE VILLAMEDIANA.

de movibles resplandores,
de confusion bigarrada.

Parece que está cubierta
con una alfombra persiana,
cuyos matices se mueven
al conjuro de una maga.

Aquí añafiles moriscos,
allí tamboril y gaita,
mas allá trompas guerreras,
acá sonoras flautas :

Las antárticas bocinas
en un lado, las guitarras
y crótales, en el otro
los caracoles de caza,

Forman estruendo confuso,
en que ya el acorde falta,
y que llenando el espacio,
aun mas aturde, que halaga.

Por fin terminado el baile,
sepáranse las comparsas,
y acia lados diferentes,
en órden puestas, descansan ;

Y cada una se dirige,
segun la suerte la llama,
á saludar á los reyes
con solemnidad y pausa,

Y doblando la rodilla,
ofrecen á su monarca
un rico don de productos
de aquel reino que retratan.

Despejando luego todas,
el circo desembarazan
á los nobles caballeros,
que salen á correr cañas.

—o—

Por la izquierda y la derecha
á un tiempo entraron galanas
dos diferentes cuadrillas,
que á unirse en el centro marchan.

Compónese cada una,
compitiendo en garbo y gala,
de doce nobles jinetes
que de dos en dos avanzan.

El conde de Orgaz, mancebo
de gentileza y de gracia,
es caudillo de la una ;
de la otra es Villamediana.

Aquel, en caballo negro
enjaezado de plata,
de terciopelo amarillo
con celestes cuchilladas,

Vestido sale : figura
con argentinas escamas
peto y espaldar, y azules
lleva plumas y gualdrapa.

Este, en un caballo blanco,
cuya crin el oro enlaza,
ostenta un rico vestido
de terciopelo escarlata :

El arnes de hojuelas de oro

y de rica seda blanca,
con brillantes bordaduras
los afollados y faja.

Unidas las dos cuadrillas,
acia el regio balcon ambas
al paso la pista siguen
de los gefes que las mandan ;

Y el concurso en gran silencio
curioso la vista clava

de los dos gallardos condes
en las brillantes adargas,

Pues logrando de discretos
y de enamorados fama,
interesa á todo el mundo
ver las empresas que sacan.

Es la de Orgaz una hoguera,
de la que el vuelo levanta
el fénix con este mote :

Me da vida quien me abrasa.

Un letrero solamente
es la de Villamediana
que dice : *Son mis amores...*
y luego reales de plata,

Puestos cual si fueran letras,
con que aquel renglon acaba.

La empresa de Orgaz la entienden
todos, y aciertan la llama

Que le da vida y le quema.

La del de Villamediana
despierta mas confusiones,

EL CONDE DE VILLAMEDIANA.
aunque es en verdad bien clara.

Propension funesta tiene
el jóven galan que alcanza
favores de una señora,
á la par hermosa y alta,

De publicarlos al punto
y de sacarlos á plaza :
vanidad de enamorados
que en peligros no repara.

Muchos el sentido entienden
que las monedas declaran ;
mas por miedo disimulan
y de explicarlo se guardan.

Otros, necios, se calientan
los caseos por descifrarla :
" *Son mis amores dinero,*"
repiteñ ; pero no cuadra

Con el carácter del conde
esta explicacion villana.

" *Mis amores efectivos*
" *son,*" dicen otros : bobada !

Velasquillo el contrahecho,
enano y bufon que alcanza,
no sin despertar envidia,
gran favor con el monarca,

A disgusto de los grandes
en el balcon regio estaba,
malicias diciendo y chistes,
con insolencia y con gracia ;

Y ó por faltarle su astucia

EL CONDE DE VILLAMEDIANA.

entónces, ó porque trata
de vengarse del desprecio
con que la reina le acaba ;

O porque ve de mal ojo
al noble Villamediana,
ó por gusto de hacer daño,
que es de tales bichos ansia ;

Dijo : " Ta, ta ; ya comprendo
" lo que dice aquella adarga :
" *Son mis amores reales,*"
y soltó la carcajada.

Trérmulo el rey y amarillo
y conteniendo la saña,
" Pues yo se los haré cuartos,"
respondió al punto en voz baja.

Le oyó la reina, y quedóse
inmóvil como una estatua,
pálida como la muerte,
hecha pedazos el alma.

—o—

Las cuadrillas empuñando,
en vez de robustas lanzas,
de cintas y oro vestidas
leves quebradizas cañas,

Se embistieron.... Imposible
es ya que encuentre palabras
con que describir la fiesta :
mi atención la reina embarga.

Pobre señora ! tampoco
merece versos y fama

EL CONDE DE VILLAMEDIANA.
tal diversion, ya reflejo
débil, copia degradada

De las justas que ha dos siglos
los caballeros usaban
con gloria; que nunca gloria
en donde hay peligro falta,

Y en que las picas de guerra
dobles petos abollaban,
no los juncos inocentes
sedas, brocados y holandas.

—o—
ROMANCE III.

EL SARAO.

MIENTRAS que la monarquía
se desmorona y el borde
toca de una sima horrenda,
duermen en pueriles goces,

Entre placeres se aturden,
deleites solo conocen,
sin cuidarse del peligro,
el rey de España y sus nobles.

Así una casa se quema,
así desdichas atroces
sobre una infeliz familia
el ciego Destino pone;

Y en tanto el imbécil ríe,
duerme el embriagado joven,
y el niño con sus juguetes
es el mas feliz del orbe.

EL CONDE DE VILLAMEDIANA.

Si alegre fué todo el día
con públicas diversiones,
con saraos y luminarias
no lo fué ménos la noche.

El pueblo las anchas calles
en gozosas turbas corre,
para ver iluminadas
las casas de los señores.

En las plazas principales
suenan músicas acordes,
y farsas se representan
del rey celebrando el nombre.

—o—
Del palacio del Retiro
llenos están los salones
de todo el fausto y la gala,
que son honra de la corte.

En los soberbios jardines
brillan vasos de colores,
que en el estanque reflejan
formando guirnaldas dobles.

Un gran fuego de artificio
las densas tinieblas rompe,
y rastros de luz envía
á las celestes regiones:

De los rayos que le lanzan
los nublados tronadores,
dijérase, que la tierra
se estaba vengando entonces.
Varias encendidas ruedas,

girando luego veloces
en atmósfera de chispas,
parecen mágicos soles ;

Mas pronto en huecos tronidos,
de humo blanco alzando un monte,
se disipa y desaparece
aquel gigante enorme

De luz, que ofuscó los astros,
y que deslumbró á la corte,
como trasunto ú emblema
del orgullo de los hombres.

—o—
En el salon de los reinos,
donde el trono de dos orbes
de oro y terciopelo estriba
en colosales leones,

El rey está con las damas,
la reina con los señores,
y chocolate y conservas,
y helados pasan en órden,

En marcelinas de oro
y en bandejas cuyos bordes
lucientes piedras adornan
en caprichosas labores.

En seguida se bailaron,
al compas de alegres sonos,
las folias y chaconas,
y aun zarabandas ignobles.

De cada señora al lado
sitio un caballero escoge,

y en un cojin para hablarle
la rodilla izquierda pone.

Allí en animados grupos
lo mas rico y lo mas noble
de Madrid y España asiste,
y extranjeros de alto porte.

Estaban pues....¿ de qué sirve
que el tiempo perdamos, nombres
ya olvidados repitiendo,
y que alcanzaron entónces

Boga por riqueza y sangre,
mas que hoy ya nadie conoce ?
De conocidos hablemos,
de amigos nuestros, de hombres,

Que aun los vemos y tratamos,
aunque ha dos siglos que esconde
sus cenizas el sepulero,
sima que todo lo sorbe.

—o—
En un lado de la sala
estaba el famoso Lope,
el fénix de los ingenios,
con el cabello y vigote

Blancos como pura nieve ;
y al traves se reconoce
de sus clericales ropas
que fué guerrero de jóven.

La insignia adorna su pecho
de la hospitalaria órden,
y el fuego brilla en sus ojos

EL CONDE DE VILLAMEDIANA.
que hace á los mortales dioses.

Con él habla un caballero,
cabeza gorda, deformes
los piés, de negro azabache
melena y barba, mas noble
Aspecto; diciendo chistes
está, y resuenan conformes
carcajadas y aun aplausos,
en cuantos hablar le oyen.

Es don Francisco Quevedo,
á quien un clérigo torpe
ya por la edad, cecceando
y con malicias responde.

Ser el tal pronto se advierte
don Luis Góngora y Argote,
del nuevo estilo de moda
inventor, coluna y norte.

El padre Paravicino,
que de sabio alto renombre
goza, y á Madrid encanta
por sus peinados sermones,

Tambien es del corro; y luego
en él ufano ingirióse,
aun tan niño que en sus labios
ni bozo se ve que asome,

Don Estévan de Villégas,
español Anacreonte,
en versos cortos divino,
insufrible en los mayores.

En una pausa en el baile,

EL CONDE DE VILLAMEDIANA.
de Villamediana el conde,
que ha danzado con la reina,
alargó la mano á Lope,

Y como ingenio de marca
entre los otros mostróse,
Acaba de publicarse
su poema de *Factonte*,

En aquel tiempo un prodigio,
que hoy tiene apénas lectores;
obra de perverso gusto
y de hinchados clausulones,

Góngora, que envanecido,
un adepto de alto nombre
ve en tan claro personaje,
sus encomios prodigóle;

Y todos le celebraban,
aunque yo decir no ose,
si sus versos aplaudían,
ó su favor en la corte.

Don Francisco Manuel Melo,
en quien se juntan los dotes
de historiador y poeta
con los bélicos blasones,

Alli está, aunque taciturno;
sin duda abriga temores
de que el duque de Braganza
su osado intento no logre.

El gran don Diego Velázquez,
de pinceles españoles
gloria, tambien conversaba

EL CONDE DE VILLAMEDIANA.
con tan famosos autores;

Pero lo que dicen ellos,
parece que apenas oye,
porque de Rúbens los cuadros
con gran encanto recorre;

Y en aquel retrato ecuéstre
del Emperador, en donde
apuró Ticiano el arte,
los ojos árabes pone.

También el rey un momento
afable al corro acercóse,
hablando de una comedia
que salió al público entónces,

Y cuyo autor se nombraba
Un ingenio de esta corte.

A la cual, aunque por cierto
era un disparate enorme;

Todos dieron mil elogios
y de portento renombre,
pues que es obra del rey mismo,
no hay en Madrid quien ignore.

Ya muy tarde entró en la sala,
saludos y adulaciones
recibiendo del concurso,
con aire altanero y noble

El conde duque: se llegan
las grandes y embajadores
para hablarle, el rey Felipe
con gran cariño le acoge;

EL CONDE DE VILLAMEDIANA.

Y con él, y con el Nuncio
y un milanés enredóse
en importante coloquio,
que su atención regia absorbe.

La reina, que en gallardía
á todas se sobrepone,
y cuyos hermosos ojos,
brillantes como dos soles,

En Villamediana tuvo
clavados toda la noche;
viendo al rey y al favorito
con aquellos dos señores

Extranjeros en consulta,
que ha de ser larga supone
la conversacion, notando
que hay vivas contextaciones.

Más atenta al conde mira,
le hace una seña, y veloce,
aunque con gran disimulo,
de la sala retiróse,

De una danza numerosa
que empezó la gente jóven
á enredar aprovechando
la confusion y el desorden.

Conoció al punto la seña
el favorecido conde,
que amantes favorecidos
la mas pequeña conocen;

Peró no son ellos solos;

EL CONDE DE VILLAMEDIANA.
tambien, ay ! de ellas se imponen
los zelosos.... el monarca
la seña fatal recoge.

A salir Villamediana
siguiendo su amado norte,
iba por distinto lado
del salon, cuando turbóle

El ver al rey furibundo,
que con miradas atroces,
ojos cual los de un fantasma,
en él sin quitarlos pone.

Sobrecogido, de mármol,
ni á dar un paso atrevióse,
y trabó disimulando,
un altercado con Lope.

—o—
ROMANCE IV.

FINAL.

En aquella galería,
adornada de arabescos

y follajes primorosos,
con oro y esmaltes hechos,

Y cuya baranda rica
daba acia el jardin pequeño,
en que el caballo de bronce
estuvo por largo tiempo ;

Sin mas luz que la que esparce
la luna en mitad del cielo,

EL CONDE DE VILLAMEDIANA.
esperando á alguien la reina,
está turbada y con miedo.

Del concurso de la danza
y de la orquesta el estruendo,
que los salones ocupa,
oye resonar de lejos ;

Y aunque sabe que notada
ha de ser su ausencia presto,
por dar al conde un aviso
atropella todos riesgos.

Siglos los instantes juzga
con mortal desasosiego,
y en el barandal dorado
palpitante apoya el pecho.

Mira al ecuestre coloso,
inmóvil, oscuro, enhiesto,
entre laureles y murtas,
y tiembla infelice al verlo.

Alza á la pálida luna
los ojos de llanto llenos,
y se extravía su mente
por precipicios horrendos.

—o—
Sin rumor y de puntillas,
como fantasma ó espectro
en el corredor entróse,
la parte oscura siguiendo, ®

Un hombre embozado : llega
por detras en gran silencio
á la reina, que, de espaldas

EL CONDE DE VILLAMEDIANA,

estando, no puede verlo,

Y le tapa el noble rostro

con dos manos como hielo,

pero delicadas manos

que agita un temblor lijero.

¿Quién pudiera aproximarse

a dama de tal respeto,

sino el amante dichoso

con tan inocente juego?

Así lo pensó ella misma,

pues aunque al primer momento

de sorpresa lanzó un grito,

pronto sobre sí volviendo:

“Déjame, conde,” prorumpe

con dulces lánguidos ecos;

“no es esta ocasión de burlas,

“pues es de infortunios tiempo.”

“Déjame, y escucha, conde.”—

Libre la dejan en esto

las manos que la cegaban,

y se encuentra sola, cielo!

Con su marido, que arroja

por los ojos rabia y fuego.

Queda la infeliz difunta;

mas tienen el privilegio

Las hembras del disimulo,

y en los críticos encuentros

mucha mayor agudeza

que el hombre de mas ingenio.

Al oír que el rey pregunta

EL CONDE DE VILLAMEDIANA.

con voz como voz de infierno,

“Yo conde?... yo?”—En sí tornando

la reina, responde presto

“Sí, señor, de Barcelona....

y se complace mi pecho

en tal título, afirmado

con vuestro poder y esfuerzo,”

“Después que habéis reprimido

“la rebelion de aquel pueblo.”

Quedó pasmado el monarca:

“Discreta sois por extremo,

Repuso, y tras pausa leve,

“¿Mas qué infortunios tenemos?”—

Ya alentada la señora,

pues siempre el paso primero

Es el trabajoso, dijo:

“No faltan, señor, por cierto:

“dígalo Flándes perdida,

“y de Nápoles los reinos,”

“Donde un ambicioso intenta

arrebatarnos el cetro;

ó Milan, donde la peste,

está tanto estrago haciendo;”

“Y Portugal vacilante,

“do traidores encubiertos”....

Aquí atajóla Filipo

con voz de lejano trueno:

“Basta pues, basta, señora;

sois francesa, bien lo veo;

tenéis interes muy grande

EL CONDE DE VILLAMEDIANA.
en mi honor y en el del reino.”

“Veréis que uno y otro al punto
para aquietaros sostengo,
y que lavaré con sangre
la mancha que advierta en ellos.”—

Calló, y una atroz mirada
con el rostro descompuesto,
que pareció mas terrible
de la luna á los reflejos,
Clavó en la reina, mirada
que destrozó aguda el seno
de la infeliz, pues temblando
cayó sin sentido al suelo.

Como sin rumor ninguno
vuela ó se deshace un sueño,
desapareció el monarca :
fué á su cámara en silencio,

Tocó un silbato de oro,
que tuvo mágico efecto,
pues salió de los tapices,
al silbido obedeciendo,

Por una encubierta entrada
un humilde balletero,
cual espíritu maligno
que al conjuro está sujeto.

Era el favorito oculto
del rey : ambos un momento
hablaron con tal sigilo,
que el labio apénas movieron ;

EL CONDE DE VILLAMEDIANA.

Solo al irse el confidente,
se oyó decir al rey esto :

“Asegura bien el golpe,
y si has de vivir, secreto.”

Al sarao y á los salones
tornó Filipo muy presto :
aunque pálido el semblante,
tranquilo y tal vez risueño,

Volvió á hablar al conde-duque,
el cual como astuto y diestro,
que su señor encubría,
conoció cuidados nuevos.

Al cabo de corto rato
anuncióse que en su lecho,
la reina indispueta estaba,
y se dió fin al festejo.

Sucedió al bullicio alegre,
al son de los instrumentos
y á la confusion festiva,
el mas profundo silencio.

Los cortesanos al punto
las actitudes y gestos
dejaron de la alegría
y tomaron los del duelo ;

Y á vaciarse los salones
comenzaron del inmenso
concurso, que los llenaba,
de galas, vapor y estruendo.

Villamediana confuso,

EL CONDE DE VILLAMEDIANA.

de inquietud funesta lleno,
al retirarse saluda
al monarca con respeto.

Y este con una sonrisa
le deja aterrado y yerto ;
mientras afable despide
á los otros palaciegos.

—o—

De la desdichada reina
la favorita corriendo
sale por las antesalas,
busca al conde sin aliento,
Penetra la muchedumbre,
le hace señas desde lejos ;
al fin le alcanza, va á hablarle,
un papel lleva encubierto ;

Cuando se para y se hiela,
al rey de repente viendo :
tal queda liebre cobarde
de la serpiente al aspecto.

El gran tropel que desciende
las escaleras, violento
arrastra á Villamediana,
que va delirante y ciego.

Su carroza no parece...
en la de Orgaz toma puesto,
y ambos condes por las calles,
(que aun no estaban cual las vemos,

Alumbradas con faróles)
veloces van y en silencio.

EL CONDE DE VILLAMEDIANA.

Grita en una encrucijada
una voz *Conde!* El cochero

Pára al punto los caballos ;
pregunta Orgaz desde dentro :
“ A cuál de los dos ? ” De afuera,
“ Villamediana, ” dijeron.

Villamediana al estribo,
juzgando que es mensajero
de la reina quien le llama,
sacó la cabeza y pecho ;

Y al punto se lo traspasa
una daga de gran precio
con tal furor, que á la espalda
asomó el agudo hierro.

Cayó el herido en el coche
un mar de sangre vertiendo,
y de su amigo en los brazos
al instante quedó muerto.

—o—

DON ALVARO DE LUNA.

ROMANCE I.

LA VENTA.

En la ruta de Portillo
y en las márgenes del Duero,
hubo (aun escombros lo dicen)
una venta en otro tiempo.

A su puerta una mañana
estaba sentado un lego

DON ALVARO DE LUNA,
de san Francisco, tres mulas
de los ronzales teniendo.

De la venta en la cocina
se hallaban dos reverendos,
de una sartén apurando
magras con tomate y huevos.

De maestresala servía
sin caperuza el ventero,
que sólcito llenaba
las tazas de vino añejo.

Era el uno el padre Espina,
predicador del convento
del Abrojo, el otro un fraile
anciano, de ciencia y peso.

—o—
Aunque con buen apetito,
mustios ambos y en silencio
se mostraban, cuando el huésped
les habló así con respeto:

“¡Es verdad, benditos padres,
que el condestable está preso?...”

Anoche dió esta noticia,
que nos pasmó un caballero.”

Contextóle el religioso:
“Pues no os engañó, que es cierto.

Y continuó el padre Espina:
“Sí, desengaños son estos.”

“Que avisan á los mortales,
de que son perecederos
los bienes que nos da el mundo,

DON ALVARO DE LUNA.
y su grandeza embeleco.”

El villano, sin turbarse,
le cortó el sermón diciendo
“Y también de que castiga
“sin palo ni piedra el cielo.”

“Aun está fresca la sangre
de Alonso López Vivero.
Yo estaba al pié de la torre,
cuando el condestable mismo

“Le arrojó de ella: yo he visto
de oro las cargas á cientos
entrar allá en su palacio.
Dicen también, y lo creo,”

“Que hechizado el rey tenía,
“y aun añaden”...—“No debemos,”
dijo grave el religioso,
“dar á hablilla tal acceso.”

—o—
La ventera que hasta entonces
se estuvo callada al fuego,
con la mano en la mejilla,
mostrando gran sentimiento,

Y que era, aunque no muy verde,
fresca y limpia con extremo,
abultada de pechera
y con buen par de ojos negros;

Saltó súbita: “Envidiosos,
“que no sirven ni por pienso
“para descalzarle, han sido
“los que en trance tal le han puesto.”—
Dijole el marido: “Calla,”

y ella respondió: "No quiero...."

"Qué señor tan llano!...parte"

"el corazón!...Mes y medio"

"Hace que le vimos todos
tan galán en el festejo,

que se celebró en la plaza
de Valladolid....Qué diestro!"

"Qué valiente!...qué gallardo!"

"Fue el único del torneo."—

"Calla," con cólera grande
volvió á decir el ventero;

Y ella, en vez de obedecerle,
á continuar: "Qué discreto!"

"el oírle daba gusto...."

"Alfonso López Vivero"

"Era un vil que le vendía."—

"Calla," repitió de nuevo
más airado el hombre; y ella:

"No me da la gana: cierto"

"Es cuánto digo....El tesoro
lo ganó en la guerra, ó premio
es que el rey le ha dado en paga
de servicios que le ha hecho."

"La reina y los ricos hombres
"revoltosos y soberbios"...."

"Maldita tu lengua sea,"
clamó furioso el ventero.

"Tú porque allá te criaste
"en su palacio, y....yo necio"...."

Y ella prosiguió llorando:

"La tonta fui yo, mostrenco."—

Iban en el matrimonio
á poner paz y concierto
los padres, cuando, *ya llegan*,
gritó desde afuera el lego;

Y dejando á los esposos,
que sin duda prosiguiendo

la disputa, la acabaron
á puñadas, según temo,

Fuéronse á la puerta al punto,
sobre sus mulas subieron,
y aquella venta dejaron,
hecha un abreviado infierno.

—o—
ROMANCE II.

EL CAMINO.

Se alza una nube de polvo
de léjos por el camino,
y al tropel que la levanta,
borra y tiene confundido:

En ella relampaguean
reflejos de acero limpio,
y forman un trueno sordo,
herraduras y relinchos.

Dando lugar á que llegue,
los religiosos franciscos
á lento paso se ponen,
y otras miran de continuo.

—o—

Se acerca gran cabalgada,
y vese claro y distinto
que Diego Estúñiga, el jóven,
es de ella jefe y caudillo.

En una alazan fogoso
viene de hierro vestido,
la gruesa lanza en la cuja,
la luenga espada en el cinto,

Un penacho jalde y negro,
cual matorral sobre un risco,
ondea sobre su almete,
y da al sol variados visos.

El ancho dorado escudo,
de una cadena ceñido,
ostenta la banda negra,
timbre de su casa antiguo.

Vienen tras él diez jinetas.
de la cimera al estribo
armados de punta en blanco,
y en las lanzas pendoncillos.

Marchan todos en silencio
y en todos el sobrescrito
de gran duelo y gran tristeza
se ve de ballesta á tiro.

Se dijera ser la escolta,
no de un caballero vivo,
sí de un caballero muerto
que iba al postrimer asilo.

En medio de ellos venia,
cabizbajo y abatido,

caballero en una mula
con jaeces harto ricos,

Un insigne personaje,
de aspecto notable y digno,
de estatura no muy alta,
pero gallarda y de brio.

Un sayo de paño verde
con franjas de oro guarnido
es su traje, y lleva al hombro,
mas blanco que los armiños,

Un gran manto, en cuyos pliegues
la cruz roja, distintivo
de maestre de Santiago,
luce en recamo prolijo;

Y una toca de velludo
negro con bordados picos,
mas sin airon ni garzota,
es de su cabeza abrigo.

Era su mirar resuelto,
bien que apagado y sombrío,
y su aire tan de persona
de poder y de dominio,

Que por mas que se notaba
ser un preso, descubrirlo
sin sentir, era imposible,
cierto respeto sumiso. ^(R)

Don Alvaro era de Luna,
del rey don Juan favorito,
que á Castilla largos años
rigió sin freno á su arbitrio.

Cuando emparejó la tropa con los dos padres franciscos, paráronse estos, y humildes saludo cortes y fino

Hicieron al condestable, de quien eran muy amigos.

Don Alvaro contextóles tan galan como expresivo:

Ellos en la armada escolta se ingirieron de improviso, tomando del gran maestre á uno y otro lado sitio.

Largo rato caminaron todos en silencio hundidos; pero al cabo el padre Espina se resolvió, y así dijo:

“En verdad, señor, que valen poco del mundo mezquino las honras y los haberes para el varon de juicio.”

“El hombre cristiano y cuerdo debe acia norte mas fijo encaminar su esperanza, servir solo á Dios benigno.”

“Lo que nos da, lo mantiene, y al que busca en él asilo, para siempre se lo acuerda en eterno paraíso.”

Con grande atencion escucharon tan saludables avisos

don Alvaro, que engañado juzgó al salir, de Portillo,

Que iba á recobrar honores, favor, riqueza y dominio; y entreviendo en el instante su verdadero destino,

Se estremació á pesar suyo, cubrióse de sudor frio, y; “Voy á morir acaso?” preguntó como indeciso.

Contextóle el religioso: “Todos miéntras somos vivos, vamos á morir. El hombre que va preso... en mas peligro”....

—“Basta,” exclamó el condestable; y dando á su aspecto altivo gran dignidad y gran calma, y al semblante noble brillo,

“Basta,” siguió: “no es la muerte, cuando se sabe de fijo que llega tan espantosa como el vulgo vil lo ha dicho.”

“Venga pues: si el rey lo quiere, yo con gusto la recibo. Padres, hasta el duro trance no me dejéis, os suplico.”

Oyendo tales razones lloró Estúñiga escondido en su celada, y lloraron hasta los armados mismos.

Ambos buenos religiosos
cumplieron bien con su oficio,
consolando al condestable
con discrecion y con tino

Y él oyéndolos atento,
siguió la marcha tranquilo,
sin dar de dolor ni susto
en su noble rostro viso.

—0—

ROMANCE III.

LAS CALLES.—LA CAPILLA.—EL PALACIO

Para quien al día siguiente
mira la muerte segura,
el declinar de la tarde
solemnidad tiene mucha.

En el sol, que va á ponerse
y espeso vapor ofusca,
(semejante á un rey que el trono
á su pesar desocupa,

Y dignidad conservando
del mundo huye, y se sepulta
donde los hombres no adviertan
su dolor y desventuras)

Con honda atencion los ojos
clavó don Alvar de Luna.

Así que lo vió traspuesto,
lanzó un suspiro de angustia,
Como el que lanza el amante,
cuando el horizonte oculta

el bajel, en que su amada
los desiertos mares surca

Para no volver. Ansioso
lleva sus miradas mudas
á los montes apartados,
cuyas cumbres aun relumbran,

A los ya enlutados bosques,
á las calladas llanuras,
á los altos campanarios
que entre nieblas se dibujan :

Retardar el despedirse
de la perspectiva angusta
que presenta el universo,
parece que solo busca.

Y al notar que poco á poco
la luz menguante y confusa
del crepúsculo confunde
la escena que le circunda,

Piensa ya ver de la muerte
la terrible sombra, en cuya
oscuridad para siempre
corre á hundirse y se atribula.

Sus pensamientos penetran
los doctos frailes, y enduzan
con eternas esperanzas
su meditacion profunda.

—0—

Entre dos luces llegaron
á Valladolid, y turba
desordenada en las calles

con sordo rumor circula,

De Alonso López Vivero

por la calle y casa cruzan,

donde viven sus criados,

donde llora su viuda.

(Aquellos como canalla,

que si al poderoso adula,

en cuanto le ve caído,

feroz le escarnece y burla;

De la cabalgada el pasogal

atajan con ciega furia,

y con denuestos y voces

al ilustre preso insultan.

Este furioso (presente

el tiempo pasado juzga,

que aun conserva el poderío,

que aun domina á la fortuna)

Lleva soberbio la mano

á buscar en su cintura

la guarnición de la espada...

mas, ay! en vano la busca.

Va preso... espada no lleva...

Ah!... lo advierte, y furibunda

mirada va á dar al cielo;

mas se anonada y conturba,

Queda con los ojos fijos,

parece su faz difunta:

tiembla, y en sudor helado

sus miembros todos se inundan.

Delante se halla un espectro....

un espectro!... Sí: la mular

algo ve también; esquivo

se rezela; empina y bufar

De Alonso López Vivero

ha salido de la tumba

la sombra!—De qué el maestre

ante sí la vió, no hay duda.

En confesion se lo dijo

aquella noche con muchas

lágrimas al padre Espina.

de Dios la venganza es justa.

Con el cuento de la lanza

á palos abre la turba

Estúniga denodado,

y la atropella y asusta;

Y en salvo al ilustre preso

condujo á la casa suya,

en que estaba preparada

una capilla segura,

Donde pasó el condestable

con la espiritual ayuda

noche serena, pidiendo

á Dios perdon de sus culpas.

Cenó, durmió cortos ratos,

repitió tambien algunas

trobas del famoso Mena,

que pintan como locuras

Las mundanas ambiciones:

oró con fervor; en suma

fué un cristiano caballero,

DON ALVARO DE LUNA,
un hombre de fe y de alicurnia.

—o—
Entre tanto, el que parece
ser el reo, á quien la dura
sentencia estaba leida,

y á quien la cuchilla aguda
Del verdugo amenazaba,
era el rey... Misero! lucha

náufrago desventurado
en airado mar de angustias.

Ama á don Alvaro, mira
su sentencia como injusta:
de la reina y de los grandes
se la ha arrancado la furia.

Que su trono se desploma,
y hasta su existencia juzga,
y que al morir el maestre
abrazadas trán juntas

El alma de aquel amigo
y el alma afligida suya.

Grande mal es la flaqueza
en hombre que cetro empuña!

Revolcándose en su lecho,
rasgando sus vestiduras,
pascándose sin tino

por la cámara, que alumbrá

Una lámpara medrosa,
que en el cortinaje abulta
vagas sombras... infelice!

qué noche pasó!... Qué ocupa

DON ALVARO DE LUNA.

Ve un rincón de aquella sala,
de pié con la boca muda,
su físico Fernán Gómez.

A él se va las manos juntas,

Y suplicante le dice:

“Si es que mi salud procuro,

“anda á ver al condestable,

“así Dios te dé su ayuda.”

El bachiller respondióle:

“Le debo mercedes muchas,

“perdone vueseroría:

“no oso verle en tal angustia.”

Conmovido el rey, en llanto

rompió y en voces confusas,

que el alma á Gómez partieron,

según dicen cartas suyas. (13)

—o—

Entró al estruendo la reina

en la cámara, cual una

aparición, como maga

que viene á doblar astuta

Los encantos y conjuros

con que alto preso asegura,

y con que la empresa afirma,

de que pende su fortuna.

Calló el rey, quedó de mármol

al verla: ella le pregunta,

“Qué es esto!” y oyendo, “Nada,”

retiróse muy adusta.

Largo rato el rey estuvo

cual ligado por la oculta fuerza del prestigio. Luego torna á mas reñida pugna

De afectos: la amistad vence,
llama con voz resoluta
á Solis su maestra sala,
dicele: "Al momento busca
"A Diego Estúñiga, y dile"....

En su garganta se anuda
la voz, porque entra la reina
otra vez... calla y trasuda.

La reina á Solis llevóse,
y el rey abrió con presura
el balcon, cual si quisiese
gozar del aura nocturna;

Y el trono, cetro y corona
maldiciendo en voces mudas,
ojos de lágrimas llenos
clavó en la menguante luna.

ROMANCE IV.

LA PLAZA.

MEDIADA está la mañana;
ya el fatal momento llega,
y don Alvaro de Luna
sin turbarse oye la seña.

Recibe la Eucaristia,
y en Dios la esperanza puesta,
sereno baja á la calle,

donde la escolta le espera.

Cabalga sobre su mula,
que adorna gualdrapa negra,
y tan airoso cabalga,
cual para batalla ó fiesta.

Un sayo de paño negro
sin insignia ni venera
es su traje, y con el garbo
que un manto triunfal lo lleva;

Y sin toca, ni birrete,
ni otro adorno, descubierta,
bien aliñado el cabello,
la levantada cabeza.

Los dos padres franciscanos
se asen de las estriberas,
y hombres de armas en buen orden
le custodian y le cercan.

Así camina el maestro
con tan gallarda presencia
y con tan sereno rostro,
que impone á cuantos le encuentran.

Sus enemigos no osan
clavar la vista soberbia
en él, como consternados
ya de su venganza horrenda:

Sus partidarios parecen
decirle con mudas lenguas,
que aun morirán por salvarle
y encenderán civil guerra;

Y aquel silencio terrible

por todas las calles reina,
que ó gran terror, ó despecho
grande siempre manifiesta.

Silencio que solamente
de cuando en cuando se quiebra
con la voz del pregonero,
que á los mas valientes hiela;

Diciendo: *Esta es la justicia
que hacer el rey ordena
á este usurpador tirano
de su corona y su hacienda.*

Siempre que oye el condestable
este vil pregon, aprieta
la mano del padre Espina,
que en voz sumisa lo esfuerza.

—o—
Arriba á la triste plaza,
que ha pocos dias le viera
tan galan en el torneo,
con tal poder y opulencia.

El apretado concurso
el cuadrado espacio llena:
vese una masa compacta
de rostros y de cabezas:

Parece que el pavimento
se ha elevado de la tierra,
ó que casas y palacios
su basa han hundido en ella.

Un callejon, que tapiales
de hombres apiñados cierran,

serviéndole de linderos
lanzas en vez de arboleda,

Ofrece paso hasta donde
lecho de muerte descuella,
en mitad del gran gentío
que como la mar olea,

El reducido tablado,
enlutado con bayetas:
una gran tumba parece
que el pueblo en hombros sustenta.

Sobre él está colocado
un altar á la derecha,
de terciopelo vestido;
y entre amarillas candelas

Cuya luz el sol deslustra
y arder el viento no deja,
un Crucifijo de plata
en cruz de ébano campea.

Yace un ataúd humilde
colocado á la izquierda:
cerca de él se ve una escarpia
en un pilar de madera;

Y en medio, de firme, un tajo,
delante una almohada negra,
y una hacha en cuya cuchilla
los rayos del sol reflejan. ®

—o—
Al pié del cadaiso el reo
de la alta mula se apea:
fervoroso el padre Espina

con él sube y no le deja.

De pié ya sobre el tablado
tres personas se presentan
á las medrosas miradas
de la muchedumbre inmensa :

El ministro de la muerte,
el que lo es de vida eterna,
y el que dando al uno el cuerpo,
al otro el alma encomienda.

Turbado el tosco verdugo
de atreverse á tal alteza,
necio terror da á su frente,
que cubre jalde montera.

El religioso metido
en su capucha, se queda
de mármol ; cruza los brazos,
y con fervor mudo reza.

El condestable sereno
el pié al Crucifijo besa,
y luego tiende los ojos
por la turba que le observa ;

Y viendo junto al tablado
en actitud lastimera

á Moráles su escudero,
hecho de lealtad emblema,

Le llama, de oro un anillo,
que el sello de sellar era
de su puridad las cartas,
del pulgar quita, y le entrega
Diciéndole : " Amigo, toma,

" ya no conservo otra prenda."—

Después atisbó á Barrasa,
paje del príncipe, cerca,

Y así le habló en voz sonora :

" Dilo á tu dueño, que vea

" de dar á los que le sirvan,

" otra mejor recompensa."—

Viendo el pilar y la escarpia,

" Para qué ?" pregunta. Tiembla

el sayon, y le responde,

hablar no osando, por señas.

Y prosiguió el condestable
con una sonrisa acerba :

" Después de yo degollado,

" nada son cuerpo y cabeza."—

Entonces el padre Espina,

que piense sólo le ruega,

en Dios ; y él, " Padre, es mi norte

" y mi esperanza," contesta.

Se ajusta el traje, descubre

la garganta, ve que llega

el verdugo para atarle

las manos con una cuerda :

Saca del seno una cinta,

labrada con oro y seda,

y, " Atalus," le dice, " amigo,"

" si es necesario, con esta."—

De hincos en la almohada

se pone, el cuello presenta,

el religioso le grita :

“Dios te abre los brazos, vuela;”

El hacha cae como un rayo,
salta la insigne cabeza,
se alza universal gemido,
y tres campanadas sueñan.

—o—
EL ALCAZAR

DE SEVILLA.

ROMANCE I.

MAGNIFICO es el alcázar
con que se ilustra Sevilla,
deliciosos sus jardines,
su excelsa portada rica.

De maderos entallados,
en mil labores prolijas,
se levanta el frontispicio
de resaltadas cornisas;

Y hay en ellas un letrado,
donde, con letras antiguas,
Don Pedro hizo estos palacios,
esculpido se divisa.

Mal dicen en sus salones
las modernas fruslerías,
mal en sus soberbios patios
gente sin barba y ropilla.

¡Cuántas apacibles tardes,

en la grata compañía
de chistosos sevillanos
y de sevillanas lindas,

Recorri aquellos verjeles,
en cuya entrada se miran
gigantes de arrayan hechos
con actitudes distintas!

Las adelfas y naranjos
forman calles extendidas,
y un oscuro laberinto,
que á los hurtos de amor brinda.

Hay en tierra surtidores
escondidos; se improvisan,
saltando entre los mosaicos
de pintadas piedrecillas.

Y á los forasteros mojan,
con algazara y con risa
de los que ya escarmentados
el chasco pesado evitan.

—o—
En las tardes del estio,
cuando al ocaso declina
el sol entre leves nubes,
que de oro y grana matiza

Aquel trasparente cielo
con ráfagas purpurinas,
cortado por un celaje
que el zéfiro manso riza;

Aquella atmósfera ardiente,
en que fuego se respira,

EL ALCAZAR DE SEVILLA.

¡ qué languidez dan al cuerpo !
¡ qué temple al alma divina !

De los baños tan famosos
por quien los gozó, la vista,
la del soberbio edificio,
obra gótica y morisca,

Tétrico en partes, en partes
alegre, y en el que indican
los dominios diferentes
ya reparos, ya ruinas ;

Con recuerdos y memorias
de las edades antiguas
y de los modernos años,
embargan la fantasía.

El azahar y los jazmines,
que si los ojos hechizan,
embalsaman el ambiente
con los aromas que espiran ;

De las fuentes el murmurio,
la lejana gritería,
que de la ciudad, del río,
de la alameda contigua,

De Triana y de la puente,
confusa llega y perdida,
con el son de las campanas
que en la alta Giralda vibran ;

Forman un todo encantado,
que nunca jamás se olvida,
y que al recordarlo, siempre
mi alma y corazón palpitan.

—o—

EL ALCAZAR DE SEVILLA.

Muchas deliciosas noches,
cuando aun ardiente latía
mi ya helado pecho, alegres,
de concurrencia escogida

Vi aquellos salones llenos ;
y á la juventud cuadrillas
ó contradanzas bailando
al son de orquestas festivas.

En las doradas techumbres
los pasos, la charla y risas
de las parejas gallardas,
por amor tal vez unidas,

Con el son de los violines
confundidos se extendían,
acordes ecos hallando
por las esmaltadas cimbrias.

—o—

Mas, ay ! aquellos pensiles
no he pisado un solo día,
sin ver (sueños de mi mente!)
la sombra de la Padilla,

Lanzando un hondo gemido
cruzar leve ante mi vista,
como un vapor, como un humo
que entre los árboles gira :

Ni entré en aquellos salones,[®]
sin figurárseme erguida
del fundador la fantasma
en helada sangre tinta :

Ni en el vestibulo oscuro,

el que tiene en la cornisa
de los reyes los retratos,
el que en columnas estriba,

Al que adornan azulejos
abajo, y esmalte arriba,
el que muestra en cada muro
un rico balcón, y encima

El hondo artesón dorado,
que lo corona y atrista ;
sin ver en tierra un cadáver.
Aun en las losas se mira

Una tenaz mancha oscura....
ni las edades la limpian !
Sangre!!! sangre!!!!... ¡oh cielos, cuántos
sin saber que lo es, la pisan !

—o—

ROMANCE II.

QUINIENTOS años más joven
era el magnífico alcázar ;
aun lustrosas sus paredes,
su alto almenaje sin faltas,

Y lucientes los esmaltes
de las techumbres doradas,
mansión del rey de Castilla
orgullosa se ostentaba ;

Cuando del mayo florido
una apacible mañana,
en aquel salón que tiene
los balcones á la plaza,

Dos ilustres personajes
en grande silencio estaban :
un caballero era el uno,
el otro una hermosa dama.

—o—

Rica berberisca alfombra,
del rey moro de Granada
don ó tributo, cubría
las losas de aquella cuadra.

Un cortinaje de seda
con listas y flores varias,
matizado en el oriente,
que galeras venecianas
(Tal vez de su dux regalo)
trajeron á nuestra España ;
del abierto balconaje
el radiante sol templaba.

En el testero de enfrente
de maderas cinceladas
un rico oratorio había
con embutidos de nácar,

Y en él la imagen devota
de la Virgen soberana,
escultura harto mozquina,
mas no de atractivos falta,

De la cual era el adorno
una corona de plata,
reverberando en su cerco
ametistas y esmeraldas.

Un manuscrito precioso

con las oraciones santas,
ornatos de miniatura,
y de oro y marfil las tapas,
Colocado se veía
sobre un atril, que formaban
de un ángel mal esculpido,
aunque con primor, las alas;

Y de bracedo de oro
en el suelo una almohada,
mostrando por medio hundida,
de dos rodillas la marca.

En los muros blanqueados
con cal de Moron, de caza
pendían varios trofeos,
banderas y limpias armas;

Y en una mesa ó bufete
puesta en medio de la estancia
con un tapete cubierta,
cuyos picos arrastraban,

Un templado laud había,
un rico juego de tablas,
búcaros llenos de flores,
y un cofre de filigrana.

—o—

De un balcón sentóse cerca,
muy pensativa la dama,
en un gran sillón dorado,
cuyo respaldo formaba

Un dosel ó guardapolvo
en una curva gallarda,

de castillos, de leones
y de corona adornada.

Un vistoso brial de seda
verde, y con labores varias
de sirgo y perlas, y en torno
de oro recamos y franjas,

Era su traje; una toca
muy mas que la nieve blanca,
y un claro cendal cubrían
sus trenzas negras y largas.

Celestial era su rostro
y divina su garganta;
pero del color de cera,
que miedo y penas retrata:

Dos soles eran sus ojos
bajo las luengas pestañas,
donde dos perlas preciosas,
prontas á correr, brillaban.

Era una fresca azucena,
á quien cruda muerte amaga,
porque un corroedor gusano
ya su hondo cáliz desgarró.

Ora un blanco pañuelo,
con puntas bordado y randas,
revolvía con las manos
convulsas y deslustradas;

Ora absorta y distraida,
agitaba en torno el aura
con un precioso abanico
de ricas plumas de Arabia.

—o—

EL ALCAZAR DE SEVILLA.

Delgado era el caballero,
de estatura no muy alta,
vivaces ojos, la boca
inquieta, roja la barba,

Pálido y enjuto el rostro,
nariz corva y afilada,
noble su porte, y siniestras
y terribles sus miradas.

Envuelto en un rojo manto,
de oro bordado y con chapas,
y una gorra en la cabeza
puesta de lado con gracia,
De largo á largo media
con pasos lentos la estancia,
y pasiones diferentes
su mudo rostro mostraba.

A veces se enrojecía,
arrojando fieras llamas
por los encendidos ojos,
hechos del infierno brasas;

Luego extendía sus labios
sonrisa feroz y amarga;
ó en las doradas techumbres
fijaba atroces miradas;

Bien apresurado el curso
de pié á cabeza temblaba;
bien repuesto proseguía
su paso noble con calma.

Así he visto al tigre fiero,
ya tranquilo, ya con rabia,

EL ALCAZAR DE SEVILLA.

revolverse á todos lados
dentro de la estrecha jaula.

Marchando sobre la alfombra,
no se oían sus pisadas;
pero sordas le crujían,
siempre que se meneaba,

Canillas y choquezuelas.
Diz que el cielo (cosa rara!)
de igual rumor ha dotado,
allá en tierras muy lejanas,

Para que la evite el hombre,
á una serpiente que llaman
de cascabel, y que al punto
que se acerca, pica y mata.

Doña María Padilla
era la llorosa dama,
y el callado caballero
el rey don Pedro de España.

—o—
ROMANCE III.

CUAL de solitaria torre
en torno están revolando
fieras aves de rapaña,
cuando el sol baja al ocaso,

Así en torno de don Pedro
vuelan pensamientos varios,
cuyas sombras ofuscaban
de su semblante los rasgos.

Ya ocupa su airada mente

EL ALCAZAR DE SEVILLA.

el poder de sus hermanos,
á los que mató la madre,
y á quienes llama bastardos :

Ya de los grandes inquietos
la insolencia y desacato,
ó la mengua del tesoro
sin medios de repararlo :

Ya la linda doña Aldonza,
á quien tiene á buen recaudo ;
ó las sangrientas fantasmas
de inocentes que ha matado :

Ya una proyectada empresa
rompiendo la fe de un pacto
contra el moro granadino ;
ó una traicion, ó un engaño.

Mas, como las mismas aves
se van escondiendo al cabo
entre las almenas rotas
del castillo solitario,

Y solo constante queda,
en torno de él volteando,
la mas voraz, la mas fuerte,
la que no admite descanso ;

Así aquel tropel confuso
de pensamientos extraños,
en que se encontró don Pedro
envuelto pequeño rato,

En su pecho y su cabeza
fueron nidos encontrando,
y quedó despierta y viva,

EL ALCAZAR DE SEVILLA.

dándole gran sobresalto,
La imágen de don Fadrique,
el mejor de sus hermanos,
norma de los caballeros
y maestre de Santiago.

—o—

Del rey de Aragon acaba
don Fadrique el esforzado
de conquistar á Jumilla
con noble denuedo y brazo :

Deja en lugar de las barras
los castillos tremolando,
y viene á entregar las llaves
á su rey, señor y hermano.

Sabe el rey que no es rebelde,
que es su amigo y partidario,
y mas que á Tello y á Enrique
le está embravecido odiando.

Don Fadrique fué el que tuvo
de venir á Francia encargo
por la reina doña Blanca ;
mas tardó en llevarla un año.

Con ella en Navarra estuvo....
y un rumor corrió entre tanto
de aquellos que son ponzoña,
ora ciertos, ora falsos.

Doña Blanca está en Medina,
y en una torre pagando
las tardanzas del viaje,
las habilllas de palacio ;

Y el cuello de don Fadrique
está en los hombres intacto,
porque tiene gran valía,
poder mucho y nombre claro.

Mas ay de él!...es de las damas
el ídolo por su trato,
por su gallarda presencia,
y por su esfuerzo bizarro;

Y si no da sombra al trono,
porque es fiel, da, mal pecado!
al corazon duros celos;
y esto es peor, si aquello es malo.

Doña María Padilla,
cuyo entendimiento claro
del regio amante penetra
los mas ocultos arcanos,

Y en quien la bondad del alma
sobrepuja á los encantos
de su peregrino rostro
y de su cuerpo gallardo;

Vive víctima infelice
de continuo sobresalto,
porque al rey ama, y le mira
á mal fin tender el paso.

Conoce que sobre sangre,
persecuciones y llantos
no está nunca firme un trono,
nunca seguro un palacio;

Y tiene dos tiernas niñas,
que con otro padre acaso,

aunque ilegítimo fruto,
pudieran todo esperarlo.

Ve en el insigne Fadrique
un apoyo, un partidario:
sabe que llega á Sevilla,
y á voces le está indicando

De su fiero amante el rostro,
que viene en momento aciago;
y por aquietar sospechas,
ó darles punto mas alto,

Al fin rompiendo el silencio,
aunque con trémulos labios,
osó hablar, y estas palabras
entre los dos se mezclaron:

“¿Con que hoy llegará triunfante
“don Fadrique, vuestro hermano?”—

“Y por cierto que ya tarda
“en llegar aquí el bastardo.”—

“Bien os sirve!...si, en Jumilla
“como un héroe se ha portado:
“de su lealtad os da pruebas;
“es muy valiente.”—Lo es harto.—

“Ya estaréis, señor, seguro
“de su pecho noble y franco.”—

“Aun mas lo estaré mañana.”—
Enmudecieron entrambos.

ROMANCE IV.

GRANDE rumor se alza y eunde
de armas, caballos y pueblo
de Sevilla por las calles,
al maestro recibiendo.

Suenan los vivas unidos
con los retumbantes ecos,
que en la altísima Giralda
esparce el bronca hasta el cielo.

Vase acercando la turba,
pero se la escucha menos:
ya á la plaza de palacio
llega, y párase en silencio;

Que la vista del alcázar
gozaba del privilegio
de apagar todo entusiasmo,
de convertir todo en miedo.

Quedó pues mudo el gentío,
salto de acción y de aliento,
para pisar la gran plaza
con un mágico respeto;

Y el maestro de Santiago,
con algunos caballeros
de su orden, entra, seguido
de corto acompañamiento.

Dirigese acia la puerta,
como aquel que va derecho,
á encontrar de un buen hermano
el alma y brazos abiertos;

O como noble caudillo,
que por sus gloriosos hechos
de un rey á recibir llega
los elogios y los premios.

Sobre un morcillo lozano
que espuma respira y fuego,
y á quien contiene la brida,
si ensoberbece el arreo,

Muéstrase el noble Fadrique
con el blanco manto suelto,
en que el collar y cruz roja
van su dignidad diciendo;

Y una toca de velludo
carmesí lleva, do el viento
agita un blanco penacho
con borlas de oro sujeto.

—o—

Pálido como la muerte
el iracundo don Pedro,
en cuanto entrar en la plaza
vió al hermano desde léjos,

Como si de mármol fuera,
quedó del salon en medio,
y en sus furibundos ojos
ardió un relámpago horrendo;

Pero pronto en sí tornando,
salióse del aposento,
cual si del huésped quisiera
buscar afable el encuentro.

Así que volver la espalda

le vió la Padilla, lleno
el corazon de amargura
y de llanto el rostro bello,
Alzase y sale turbada
del balcón al antepecho,
al gallardo maestro indica
con actitudes y gesto,

Que llega en mal hora, y mueve
por el aire el pañizuelo;
diciéndole en mudas señas,
que se ponga en salvo luego.

Nada comprende Fadrique,
y por saludos teniendo
los avisos, corresponde
cual galán y cual discreto;

Y á la ancha portada llega,
do guardias y ballesteros
le dejan el paso libre,
mas no entrada á su cortejo.

Si no conoció las señas
de la Padilla, don Pedro
las conoció, pues paróse
aun indeciso y suspenso

De la cámara en la puerta
un breve instante, y volviendo
los ojos, vió que la dama
agitaba el blanco lienzo.

Oh Dios! ¿fue esta accion tan noble
de tan puro y santo intento,
la que llamó á los verdugos,

y la que firmó el decreto?

Apénas puso el maestro,
de dos solos escuderos
seguido, el pié confiado
en el vestibulo regio,

Donde varios hombres de armas,
y vestidos de doble hierro,
paseándose guardaban
de la escalera el ingreso;
Cuando á uno de los balcones,
como aparición de infierno,
el rey se asoma gritando:

Matad al maestro, maderos.

Siguió como en la tormenta
el súbito rayo al trueno,
y seis refinidas mazas
sobre Fadrique cayeron.

Llevó la mano al estoque,
pero en el tabardo envuelto
halló el puño, y fué imposible
desenredarlo tan presto.

Cayó en tierra, un mar de sangre
del roto cráneo vertiendo,
y lanzando un alarido,
que llegó sin duda al cielo.

Voló al instante la nueva
de tan horrible suceso;
apelaron á la fuga
los freiles y caballeros;

Huyó á esconderse en sus casas,
temblando de horror, el pueblo,
y del alcázar quedaron
los alrededores desiertos.

—o—
Diz que el ver sangre embravece
al tigre con tanto extremo,
que prosigue los destrozos,
aunque ya esté satisfecho

Su vientre ; porque se goza
en teñir de rojo el suelo.
Sin duda al rey de Castilla
le sacaría lo mismo :

En cuanto vió á don Fadrique
deplomarse en tierra yerto,
corrió por palacio todo
buscando á sus escuderos ;

Que trémulos y amarillos
de aposento en aposento
huyen, sin hallar amparo,
corren, sin hallar un puerto.

Por dicha logró fugarse
ó esconderse el uno de ellos ;
Sancho Villegas el otro
no fué tan feliz ó diestro.

Viendo que el rey le persigue,
entróse de espanto muerto,
donde estaba la Padilla
desmayada y en su lecho,

Asistida por sus damas,

2620 que están temblando de miedo,
y con sus niñas al lado
ángeles en alma y cuerpo.

Mirando allí el infelice
aun perseguirle el espectro
que en asilos no repara,
coge en sus brazos de presto

A doña Beatriz, que apenas
cuenta seis años completos,
hija por quien el rey tiene
el mas cariñoso extremo.

Pero, ay ! de nada le sirve...
En vano allá en el desierto
con la cruz santa se abraza
el peregrino, si recio

Brama el sur, si arde el espacio,
si olas de arena, creciendo
mar espantoso, confunden
la baja tierra y el cielo.

Con la niña entre los brazos
y de rodillas, el pecho
traspasóle furibunda
la daga del rey don Pedro.

—o—
Cual si no hubiese en palacio
nada ocurrido de nuevo,
se asentó el rey á la mesa,
como acostumbra, comiendo :

Jugó en seguida á las tablas,
salió despues á paseo,

EL ALCAZAR DE SEVILLA.
 fué á ver armar las galeras
 que han de ir á Vizcaya luego ;

Y en cuanto cubrió la noche
 con su manto el hemisferio,
 entró en la torre del oro,
 donde tiene en un encierro

A la linda doña Aldonza,
 á la cual del monasterio
 de santa Clara ha sacado,
 y á la que idolatra ciego.

Fué un rato á hablar en seguida
 con Levi, su tesorero,
 en quien tiene su privanza,
 aunque es un infame hebreo ;

Y muy tarde retiróse
 sin mas acompañamiento
 que un moro su favorito,
 hombre bajo por supuesto.

Entró en el tranquilo alcázar,
 llegó al vestibulo excelso,
 y en él paróse un instante
 la vista en torno moviendo.

Una lámpara pendiente
 del artesonado techo
 en derredor derramaba,
 ya sombras, y ya reflejos :

Entre las tersas columnas
 dos hombres de armas, dos negros
 bultos se veían solos,
 vigilantes y en silencio ;

Y en tierra aun tendido estaba,
 de un lago de sangre en medio,
 el maestro don Fadrique,
 en su roto manto envuelto.

Se acercó el rey, contemplóse
 con atención un momento,
 y notando que no estaba
 del todo su hermano muerto,

Pues aun respiraba acaso
 palpitante el hondo pecho,
 le dió con el pié un empuje
 que hizo estremecer el cuerpo ;

Desnudó la aguda daga,
 al moro la dió, diciendo,
Acábalo, y sosegado
 subió, y entregóse al sueño.

(1) Pagina 53.

Y no hallando el alcázar encantado.

El arzobispo don Rodrigo en el lib. III cap. 17, y despues de él la *Crónica general de España* que mandó componer el rey don Alonso el sabio, refiere así esta aventura en la parte segunda, capitulo 55: "En la ciudad de Toledo habie un palacio que estaba siempre cerrado tiempo habie ya de muchos reyes, é tenie muchas cerraduras; é el rey Rodrigo fizol abrir, porque euidaba que yacía y algun haber en él. Mas cuando el palacio fué abierto, non fallaron en él ninguna cosa, sinon una arca otrosí cerrada, é el rey mandó la abrir, é non fallaron en ella sinon un paño pintado, que estaban en él escriptas letras latinas que decían así: *Cuando aquestas cerraduras serán quebradas, é el palacio é el arca serán abiertos, é los que yacen, lo fueren á ver, gentes de tal manera como en el paño están pintados, entrarán en España, é la conquistarán, é serán ende señores.* E el rey, cuando aquello vió, pesol mucho, porquel palacio ficiera abrir, é fizo cerrar el arca é el palacio así como estaba de primero; é en aquél paño estaban pintados homes de caras, é de parescer, é de manera, é de vestidos, así como agora andan los alárabes, é

"teníen las cabezas cubiertas con tocas, é estaban caballeros en caballos, é los vestidos eran de muchos colores, é teníen en las manos espadas, é señas, é pendones alzados. E los ricos-hombres é el rey fueron espantados por aquellas pinturas que así habíen visto."

Uno de nuestros mas antiguos romances cuenta este caso del modo siguiente:

Vino gente de Toledo
por le haber de suplicar,
que á la antigua casa de Hércules
quisiese un candado echar,
como sus antepasados
lo solian costumbrar.
El rey non puso el candado,
mas todos los fué á quebrar,
pensando que gran tesoro
Hércules debía dejar.
Entrando dentro en la casa,
hallada otro fuera hallar,
sino letras que decían:
Rey has sido por tu mal;
que el rey que esta casa abriere,
á España tiene quemar.
Un cofre de gran riqueza
hallaron dentro un pilar,
dentro del nuevas banderas
con figuras de espantar:
alárabes de caballo

sin poderse menear,
con espadas á los cuellos,
ballestas de bien tirar.
Don Rodrigo pavoroso
no curó de mas mirar:
vino un águila del cielo,
la casa fuera quemar.

(2) Página 65.

Por tu gran mole que se eleva al cielo.

Las primeras octavas del canto tercero fueron escritas á bordo del bergantín inglés *Æschylus*, el mes de enero del año 1825, en el Estrecho de Gibraltar, viniendo el autor de Londres con objeto de detenerse pocos días en aquella plaza, y continuar su viage á Italia.

(3) Página 69.

Desde la fuga y el famoso día
En que Mahoma trastornó el oriente.

Taric ben Zeyad hizo la primera entrada ó reconocimiento en la costa de Andalucía, por órden de Muza, en la luna de Ramazan, año 91 de la hégira, es decir, en julio de 710; y la segunda, por la punta de Gezira Alhadra, que se llamó despues en honor suyo Gebal Taric (Gibraltar) ó monte de Taric, el dia cinco de la luna de Rageb del año 92. Así resulta de las crónicas árabes que recogió Conde en la *Historia de la dominacion de los árabes en España*; pero Mariana dice

positivamente que sucedió lo último el año 713 de J. C.

(4) Página 75.

Cuando discorda ntroz así los ciegos,
Que vuestra sangre sus palacetos riegue.

Sabido es, que la discordia de Zegries y Abencerrajes facilitó la conquista de Granada á los reyes católicos. Es digna de leerse la relacion poética de las disensiones de estas dos familias, que escribió, con el título de *Guerras civiles de Granada*, Gines Pérez de Hita en dos volúmenes en octavo.

(5) Página 76.

MI mente oyó gemidos aterridos,
Y creyó ver vagar su sombra helada.

En Córdoba se cuenta una conseja de un cierto moro Abhen-Hali, que dicen se mató por celos de su querida en los jardines del antiguo alcázar, hoy huerta de la Inquisicion. Añaden que está enterrado al pié de un antiquísimo naranjo que allí existe, junto al viejo muro y torreones, que por aquella parte dominan al rio.

(6) Página 97.

Y aunque el arnes no basta á dar demiedo,
Al vestirse los góticos varones,
Hácense jactanciosos é insolentes,
Jugándose invencibles y valientes.

“Juntóse á este llamamiento gran número de gente: los que ménos cuentan, dicen fueron padados de cien mil combatientes. Pero con la

“ larga paz, como acontece, mostrábanse ellos a-
 “ legres y bravos, blasonaban y aun renegaban ;
 “ mas eran cobardes á maravilla, sin esfuerzo y
 “ aun sin fuerza para sufrir los trabajos y incomo-
 “ didades de la guerra: la mayor parte iban desar-
 “ mados, con hondas solamente ó bastones.” MA-
 RIANA, lib. VI. cap. 23.

No se diferencia mucho lo que sobre el particu-
 lar cuentan las crónicas de los árabes, las cuales
 dicen, que llegó Ruderic (Rodrigo) á los campos
 de Sidonia con un ejército de noventa mil hom-
 bres, número cuádruplo del de los musulimes ; aun-
 que estos les llevaban gran ventaja en la discipli-
 na y armas. En la *Historia verdadera del rey
 don Rodrigo*, compuesta, á lo que suena, por Al-
 bucacim Tarif Abentarique, se aumenta el núme-
 ro de los árabes haciéndolos subir á ciento y ochenta
 mil hombres de á pie y cuarenta mil de á cabal-
 lo, sin mucha mas gente que servia en el ejército
 de lo necesario ; mientras el de don Rodrigo es
 solo de veinte y tres mil hombres de á caballo y
 ciento treinta mil infantes. Cito dicha *Historia*
 que anda en manos de todos, para hacer ver cuán
 justamente la calificó Conde de absurda fábula,
 publicada por el morisco Miguel de Luna, que la
 fingió, manifestando su ignorancia en la materia y
 su impudente osadía literaria.

(7) Página 115.

Y desde el carro de marfil y acero,

De rico arnes de claro reverbero,
 Y de plumas y joyas adornado,
 Cual era entre los godos uso antiguo.

“ El rey Rodrigo andaba entónces con su coro-
 “ na de oro en la cabeza, é vestido de paños de
 “ peso en un lecho (*Mariana lo llama carro*) de
 “ marfil que llevaban dos mulos ; ca así era en-
 “ tónces costumbre de andar los reyes de los go-
 “ dos.” CRÓNICA GENERAL, parte segunda, cap.
 55. Las de los árabes dicen tambien, que en la
 batalla de Guadalete el rey se presentó los prime-
 ros dias al combate en un carro bélico, adornado
 de marfil, tirado de dos robustos mulos blancos,
 llevando su cabeza ceñida de una corona ó diade-
 ma de perlas, y con una clamide de púrpura bor-
 dada de oro.

“ En carro de marfil, envuelto en sedas,
 La frente orlada en oro, y mas dispuesto
 Al triunfo y al festin, que á la pelea,
 El sucesor indigno de Alarico
 Llevó tras sí la maldicion eterna.”

QUINTANA en la tragedia de *Pelayo*.

(8) Página 120.

Iguat á cada parte el sol fulgente
 Cinco veces miro la lid reñida.

Sigo en esto á fray Luis de Leon, cuando dice
 en la *Profecía del Tajo* :

“ El furibundo Marte
 Cinco luces las haces desordena,

Igual á cada parte :
La sexta, ay ! te condena,
O cara patria, á bárbara cadena."

Segun Mariana, fueron siete los dias que duró la pelea, ó las escaramuzas, como él lo entiende, y al octavo se dió la batalla campal, conformándose con la *Crónica general*, cuyas palabras son :
"Así comenzaron la fazienda, é duró ocho dias, que nunca hicieron simon lidiar de un domingo hasta otro."

Ni nuestros poetas ni nuestras crónicas van de acuerdo con lo que refieren los árabes en las suyas, pues ellos solo dan la duracion de tres dias á la pelea.

(9) Página 123.

Y mirando á su lado á los traidores,
Tornanse de vencidos vencedores.

"La victoria estuvo dudosa hasta gran parte del dia sin declararse; solo los moros daban alguna muestra de flaqueza, y parece querian ciar y aun volver las espaldas, cuando don Opas (oh increíble maldad!) disimulada hasta entonces la traicion, en lo mas recio de la pelea, segun que de secreto lo tenia concertado, con un buen golpe de los suyos se pasó á los enemigos." *MARIANA en el lugar ántes citado.*

Coinciden las crónicas árabes en cuanto dicen que estuvo indecisa la victoria tres dias, y que el tercero, viendo Taric que flaqueaban los suyos, los exhortó á morir peleando; con lo que anima-

dos, consiguieron un completo triunfo, persiguiendo despues otros tres dias á los restos del ejército cristiano.

(10) Página 133.

Queda Rodrigo solo; y su postrera
Fortuna, envuelta en misterioso manto,
El cielo quiso que ignorada fuese.

"Mas los cristianos lidiando é seyendo ya los mas dellos muertos, é los otros fuidos, no sabe home que fuese fecho del rey don Rodrigo en este tiempo deste comedio; pero la corona, é las vestiduras é la nobreza real, é los zapatos de oro é de piedras preciosas, é el su caballo, al cual decien Orella, fueron fallados en un tre-medal cerca del rio Guadalete sin el cuerpo." *CRÓNICA GENERAL en el capítulo arriba mencionado.*

Dicha *Crónica*, Mariana y otros historiadores añaden, que en Visco de Portugal se halló doscientos años despues el sepulcro de don Rodrigo, por donde se entiende, que salido de la batalla, huyó á aquel reino. Difiere de esta la relacion de los árabes, que dan por cierto haber muerto Taric por su mano, el tercer dia del combate, á don Rodrigo, á quien conoció por el caballo y las insignias, mandándole cortar la cabeza, que envió en presente á Muza.

(11) Página 133.

Del insigne Mirisco al dulce lado.

Mirisco es el nombre que tiene entre los árca-

